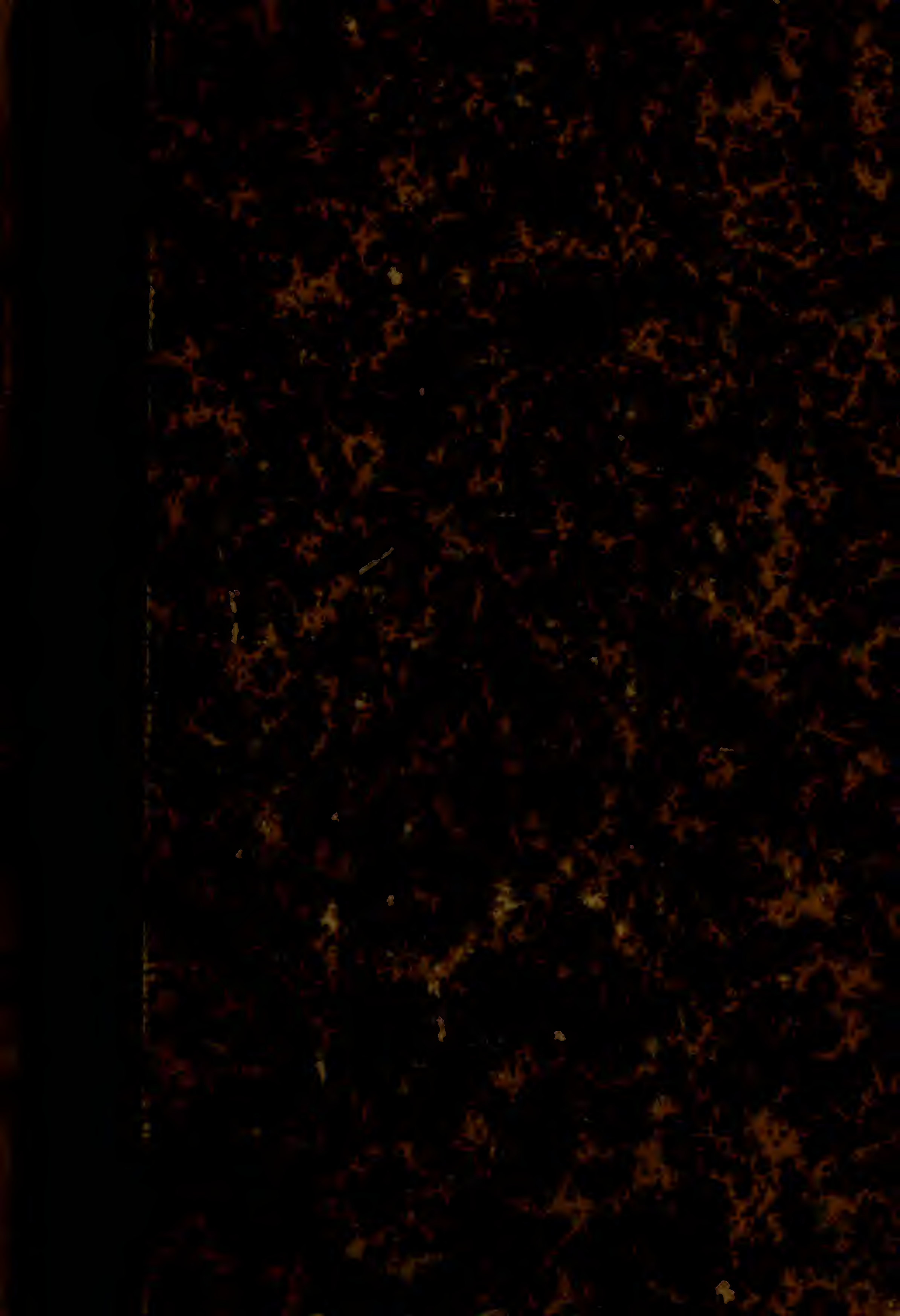
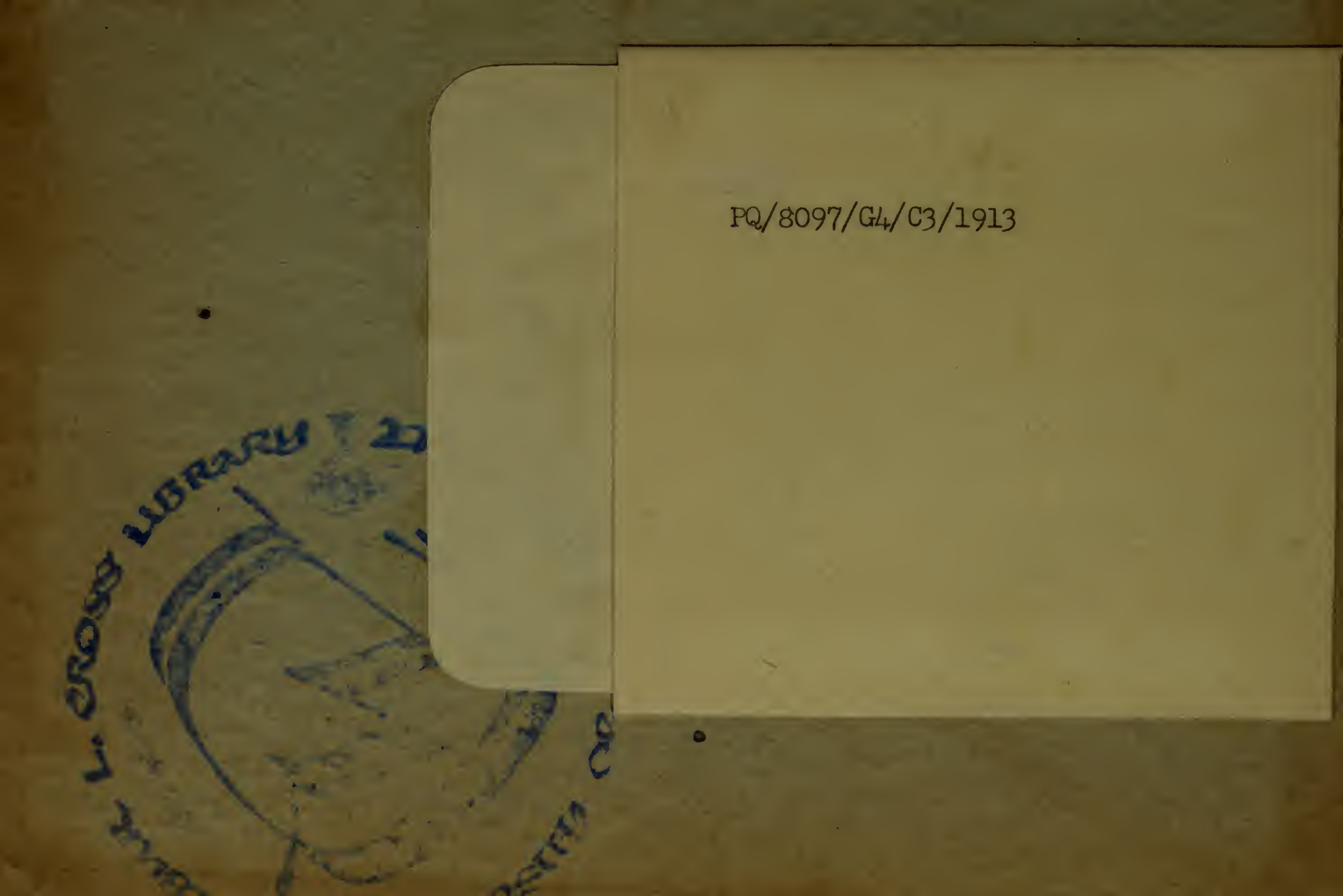
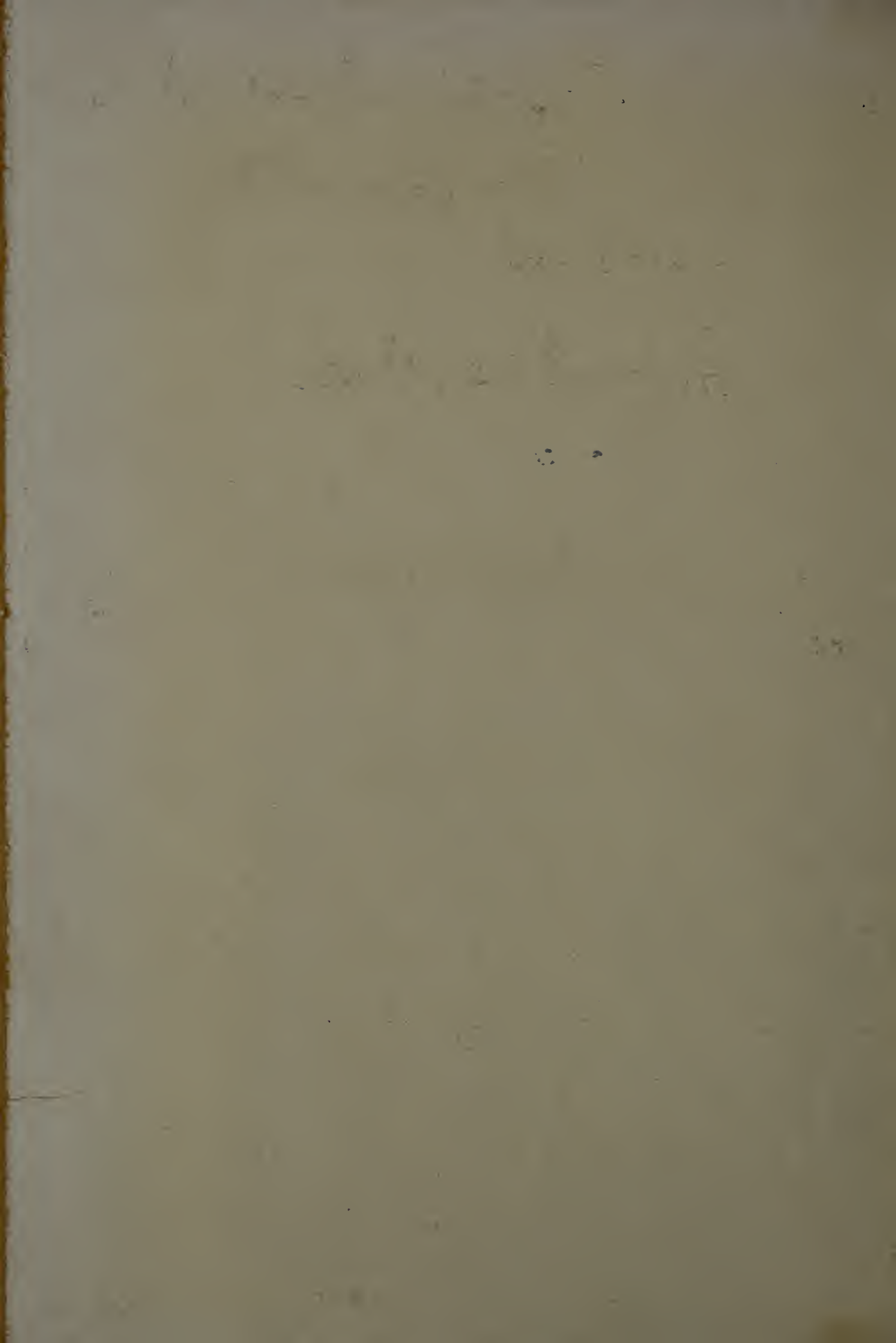



PQ/8097/G4/C3/1913






La
Cachetona
NOVELA
DE COSTUMBRES CHILENAS
Segunda Edición
T. GATICA-MARTINEZ



La Cachetona

TOMAS GATICA MARTINEZ

La Cachetona

NOVELA DE COSTUMBRES



SANTIAGO DE CHILE
TALLERES DE LA EMPRESA ZIG-ZAG
666, Teatinos, 666
1913

Del mismo autor

ENSAYOS LIRICOS, Poesías.

PENSATIVAS, Poesías,

GRAN MUNDO, Novela.

METRICA CASTELLANA, Texto adquirido por el Supremo Gobierno para el uso de los Liceos de la República.

LA CACHETONA, Novela.

Próximamente

HISTORIA DE LA LITERATURA

LOS FIGURONES, Novela.

En preparación

EL PECADO VENIAL, Novela.

Porque tengo fe sincera en el talento maravilloso del eminente autor de la "Filosofía de la educación"; porque creo que él, en nuestra época, es una rara muestra de pureza de intención y de firme voluntad, y porque su buena amistad me honra, quiero ofrecer esta obra que alienta pretensiones de novela psicológica.

Al señor don Valentín Letelier.



Yo había estudiado el mundo en los poetas, y no es como ellos lo pintan.

Madame de Staël.



I

Las ampolletas eléctricas, guarnecidas de pantallas color violeta, que transparentan la luz, esparciéndola sobre los muebles, irisándola en las lunas biseladas de los espejos, difundiéndola en el verde pálido de los muros, repletan de fulgores el artístico cuarto de vestirse.

El ligero mueblaje con tapiz de raso blanco, muestra las epilépticas contorsiones del llamado "arte nuevo", y apenas consta de un sofá repleto de mullidos cojines, de un confidente y de cuatro butacas de brazos encima de las cuales puede verse diseminadas las vaporosas camisas de *foular* con encajes *valençiennes,* los cubre-corsés de seda, los atorciopelados botines de gamusa y los enormes sombreros de moda asomando, en las cajas a medio abrir, sus opulentas flores de promisión, sus gentiles *aigrettes* del Paraíso o sus inmensos plumones de avestruz.

En las paredes, dos telas al óleo, paisajes de autores desconocidos, mediocres en valorización artística, y varias acuarelas—flores casi todas—manojos de lilas, pensamientos y violetas, todo obra de la gentil señora de la casa que había obtenido el segundo pre-

mio de pintura durante su curso de arte y labores de mano en el excelente colegio de los Sagrados Corazones.

En uno de los ángulos del cuarto, se vé una pilastra de metal, con chapitel jónico, sobre la que se destaca una escultura de mediano tamaño. Es una mujer desnuda que sonríe coquetamente, mientras un Cupidillo mofletudo la corona de flores. En el pedestal, grabada en una placa de bronce, ostenta la respectiva inscripción francesa: "Le Printemps". Del mismo modo pudo llevar "L'Amour", "La Poesie" o cualquiera otra. Esa "Printemps" es una muestra de la estatuaria adocenada y anónima que repleta las vitrinas de las joyerías de lujo y que llegó a manos de Valentina en calidad de regalo de bodas, obsequiado por un tío medio avaro y enteramente solterón. Sobre el ligero tocador de nogal tallado, con su amplia cubierta de mármol rosa, se aglomeran los numerosos útiles que requiere la coquetería femenina: rociadores de cristal, polvoreras, encrespadores, horquillas, peinetas, lociones, esencias y los cien cosméticos que inventa diariamente el arte diabólico de los perfumistas.

Valentina, frente a uno de los espejos, termina la ardua tarea de su "toilette", ajustándose el opulento traje de *macramé* de seda, que, por el amplio escote, dá salida al cuello blanco y sedoso, puro de líneas en la sobriedad graciosa de su corte helénico.

Valentina y su marido están invitados a comer en casa del diputado Arratia, que ofrece un banquete a sus relaciones, y la familia Arratia es magnífica en sus agasajos, pues su respetable e insólita fortuna,

que sólo data del fallecimiento de la tía doña Justa, heredada *ab-intestato,* la ha colocado repentinamente, sino en primera fila, en orden más o menos inmediato entre la estirada aristocracia santiaguina.

La cortina, que se mueve al abrir la puerta, hace oscilar, con un leve soplo de aire, la llama azuleja en que se caldean los encrespadores, y Hernán Vidal, el marido de Valentina, aparece en el cuarto correctamente embutido en su frac—vástago legítimo de Grote o de Pinaud—con el ligero abrigo de primavera sobre los hombros.

—Convendría que te apuraras, dice a su mujer. Son las siete y media. Y se echa en el sofá, apoyando la cabeza sobre uno de los cojines.

—Dentro de cinco minutos me tienes lista. Pero, tú ¿qué tienes? Te noto muy displicente, responde Valentina, fijando en su marido una mirada de cariñosa interrogación.

—Ya sabes que esa gente me es sumamente antipática.

—Pero ya está aceptado el convite y no es posible que vayas a llegar allá con esa carita de juez del crimen.

—¡Qué quieres! En este instante no puedo disimular mi fastidio. Además, sin acordarme de tal convite, había dado mi palabra para asistir hoy a una comida en el Club.

—¿Con qué motivo?

—Con cualquiera, dá lo mismo. El objeto es comer en confianza y a gusto, que es como entra en provecho.

—Lo de siempre: comidas de hombres solos para

fraguar desatinos que te retienen fuera de tu casa hasta horas inconvenientes.

—¡Fraguar desatinos! repite Hernán burlonamente, enderezándose en su asiento. Siempre has de estar viendo visiones y pensando mal. ¡Qué majadería! El hombre es de la calle; esos maridos caseros resultan siempre unos tipos empalagosos.

—Puedes hacer cuenta que no te he dicho nada, responde Valentina, mientras finge poner en orden las ropas esparcidas sobre las sillas.

—Deberías pensar lo que hablas.

—Es que tú ya no eres el mismo. Has cambiado mucho, Hernán.

—Ah! Claro! He cambiado mucho porque después de dos años de matrimonio, sería estupendamente ridículo que continuase con las mimosidades de novio, de esa época de semi-demencia porque uno atraviesa cuando menos lo piensa. Vamos, no seas tonta!

—Ahí tienes tú la prueba. Ahora el cariño es para tí una ridiculez. Tú ya no me quieres. Esa es la verdad. Pero debías fingirlo siquiera, debías engañarme para mantener la ilusión, responde Valentina, tratando de ocultar la emoción que la traiciona en las inflexiones temblorosas con que modula algunas palabras.

—Volvemos a las mismas: que he cambiado mucho, que no te quiero, que te engaño, que si hubieras sabido esto no te habrías casado, que...

—No te he dicho tanto.

—Pero lo piensas, que dá lo mismo.

—Y por qué me dejas pensarlo?

—¡Qué curioso! Porque no puedo encadenar tu imaginación, tus ridiculeces, mejor dicho.

—Eso dices tú; pero ¿qué quieres que piense cuando veo que ahora todo lo prefieres a mí... hasta irte a comer al Club? Tú ya no me quieres, no me quieres...

—Déjate de tonterías y despachémonos pronto, dice Hernán, levantándose para dar un beso a su mujer que ha continuado en su fingida ocupación de poner en orden el revoltijo del cuarto. ¡Sólo por tí voy a soportar a esas gentes, y todavía dices que no te quiero!

Valentina, entre mimosa y resentida, encadena con sus mórbidos brazos blancos el cuello de su marido y fijando en él sus inmensos ojos verdes y acariciadores, le dice con ingenua coquetería de recién casada:

—¿Entónces siempre me quieres lo mismo?

—¡Qué pregunta! Anda, tontuela... Ahora te quiero más, mucho más...

—¿De veras?

—Indudable.

Valentina, plenamente satisfecha con esa declaración, estrecha con más intensidad a su marido, y en el instante que suena un beso prolongado, sello definitivo de la alianza, una sostenida vibración de la campanilla eléctrica de la puerta, hiere los nervios de los esposos que se desunen apresuradamente, como si temieran ser sorprendidos por ojos indiscretos.

—¡Diablos! ¿Quién será el intempestivo?

—No te inquietes, visitas a estas horas no pueden ser...

—La puerta del cuarto se abre de súbito y la aristocrática figura de la señora de Peña se destaca en el umbral, vestida con sencillo traje azul que sienta admirablemente a su adorable belleza rubia.

—¡Adriana! exclama Valentina, abrazando a su amiga. Si te demoras un minuto más, no nos encuentras. ¿Vienes sola?

—Es claro... Yo no tengo la suerte tuya de manejar al maridito a la pretina.

Hernán estrecha la mano de la visitante, disparándole un piropo adocenado, que Adriana apenas escucha, y se retira, diciendo desde la puerta:

—Los espero en el *hall.* Son más de las ocho.

—Vamos enseguida, responde Adriana, cogiendo de un brazo a su amiga y, sentándose con ella en el sofá. ¡Ay! Déjame respirar. ¡Qué cansada vengo, cansada de divertirme, hija! Figúrate que acabamos de tener un... ¿cómo te diré? un... pequeño *five o'clock* delicioso en una quinta cercana con muchas flores y con unos cenadores monísimos. Fuí con la Marta, invitadas por Arturo Zamora y Pancho Moreno. ¡Qué reírnos, hija! Ese Pancho es una delicia: sabe las historias más divertidas del mundo. También nos acordamos de tí. Arturo me declaró que te encontraba la mujer más ideal de Santiago.

—¿Sí? dice involuntariamente Valentina.

—De veras, responde Adriana. Y él es muy simpático ¿no es cierto? Luego lo verás en casa de Arratia.

—¿Y tu marido?

—Bueno. Gracias.

—Pero ¿qué dice tu marido de esos paseos? Porque supongo que él tendrá noticias...

Una carcajada cristalina, que llena el cuartito de vibraciones metálicas, abre los labios rojos y sensuales de Adriana que, pegando a su amiga una maliciosa palmadita en las rodillas, le dice sin concluir de reírse:

—¡Eres una hermanita novicia de lo más encantadora! Y se comprende: apenas hace dos años que te casaste y con un hombre buen mozo, inteligente...

—No seas loca, Adriana.

—Ya verás si tengo razón. Yo, al principio, fuí tan necia como tú, tan cándida como también lo eres tú, hasta que me convencí de que los hombres...

Pero, es una barbaridad que estemos haciendo esperar tanto al honorable señor Arratia y a su distinguida familia, agrega, levantándose.

—Y el pobre Hernán ya se habrá dormido en el *hall*...

—¡El pobre Hernán! La pobre eres tú, cándidamente enamorada todavía. Déjate de esos compadecimientos, niña. Con seguridad, Hernán no es una excepción y tú lo mimas demasiado. Ese no es modo de querer a los maridos: así se les echa a perder. Si tú deseas mantenerlo siempre sumiso, no lo halagues tanto, dale tu puntito de celos, y verás...

—¡Eres muy divertida! Ahí tienes espejos y todo el *boudoir* a tu disposición, dice Valentina, poniéndose, también, en pié.

Adriana se acerca al mueble de *toilette* y cosquillea levemente su cara con uno de los blancos plume-

rillos de las polvoreras, rozándose después las pestañas y las cejas con una esponja húmeda.

Mientras tanto, Valentina se rocía con esencia de begonia blanca y ofrece el bote a su amiga que, después de usarlo, coge los demás frascos del tocador y dice, vertiendo los perfumes en su traje:

—En esto me parezco a Sarah Bernhardt. Me gusta la mezcla de las esencias. Resulta un aroma indefinido, pero exquisito. Vas a verlo, agrega, desparramando las mismas esencias sobre el vestido de Valentina. ¿Sientes? ¿Qué te parece?

—Tienes razón. Exquisito. Pero, no nos atracemos más. Ya esto es un horror, dice, mirando el reloj, son más de las ocho, y el señor Arratia puede dejarnos debajo de la mesa.

⚜ ⚜

La familia del diputado Arratia, como ya se ha dicho, hállase hoy por sus relaciones sociales últimamente conquistadas, en un ambiente de relativa distinción, y a esto le dan derecho legítimo los millones heredados en valiosas pertenencias salitreras y en predios rústicos y urbanos, fuera del dinero contante y sonante que formaban la cuantiosa fortuna de doña Justa Ramírez, tía materna de la familia y viuda, sin descendencia, de don Calixto Ravanales, seis o siete veces millonario.

Antes de recibir esta herencia, los Arratias no sonaban ni tronaban, como casi todos los numerosos parientes de doña Justa cuya existencia era, como se comprende, mirada con ansias malévolas por cuantos

pretendían llegar alguna vez a contarse en el número de sus herederos; ansias, a mi ver, muy justificadas en su maledicencia, porque, según era público y notorio, la buena señora nunca fué capaz de estirar la mano para socorrer a los menesterosos de su familia, reduciéndose su caridad, muy apreciada públicamente, a obsequios y donaciones para cualquier fin, siempre que el sacrificio de su avaricia encontrase honroso comentario en las columnas de los periódicos solícitos para entonar ferviente salmo a la "reconocida filantropía de la distinguida señora Ramírez de Ravanales".

Hizo muy bien, pues, la apreciable señora en morirse sin ordenar sus disposiciones testamentarias, porque, de otro modo, su fortuna habríase desparramado en presuntuosos legados y múltiples donaciones, olvidando, sin duda, a la mayor parte de su angustiosa parentela.

Los Arratias, mediante el anhelado fallecimiento de doña Justa, hallábanse al fin, después de una larga éra de sufrimientos y privaciones, disfrutando con furia de todas las comodidades y goces que puede proporcionar el dinero; pero todo en forma tan locamente rápida, tan atropellada, tan bulliciosa, que hizo más fuerte, aún, el contraste y no dejó de provocar comentarios burlones y mal intencionadas sátiras.

De un día a otro, los Arratia, substituyeron su modesto domicilio de la calle del Rosal por una elegante casa-palacio de la calle de los Huérfanos, que, en un instante; fué amoblada con lujosos menajes, en profusión abigarrada, con mezcla de estilos altisonantes, satisfaciendo así los gustos un tanto chillones de

don Miguel, las ambiciones de las muchachas y la ampulosidad de la señora que se sentía muy oronda por tener ya su vajilla con monograma, sueño acariciado desde muchos años como complemento de su felicidad, caso de alcanzar fortuna. Y ya no faltaron diariamente el enorme automóvil con su estirado *chauffer* y el flamante victoria con su auriga de librea, frente a la puerta de la opulenta mansión.

Sobre todo durante el primer tiempo, los Arrátias derrocharon el dinero con tanto entusiasmo y con tanto apuro, como si temieran que aquella fortuna tan fácil y venturosamente adquirida, se esfumase de sus manos por vías de algún maligno hechizo o encantamento.

Las niñas Arratias, con los semblantes radiosos, repletas de una felicidad inmensa que les asomaba en el brillo extraño de las pupilas, entraban y salían a las tiendas, a las casas de modas, a las joyerías; mudaban trajes y sombreros dos veces al día, frecuentaban los teatros y paseos y trocaban su antigua modestia de sencillas burguesas por una magnífica *pose* aristocrática.

De sus viejas relaciones no conservaron ninguna, negando hasta el saludo a numerosos amigos que fueron sus contertulios íntimos en la calle del Rosal y, aún desconociendo a personas que, en más de una apremiante ocasión, habían sido su generoso refugio. En resumen, los Arratias, por obra y gracia de la herencia de doña Justa, habíanse tornado inconmensurablemente fátuos y pedantes. Pero, no tenían ellos solos la culpa de esa metamórfosis, sino la misma cultísima sociedad tan pródiga de

favores cuando la seducen brillantes apriencias.

Con presteza inusitada brotaron al señor Arratia y familia numerosos y distinguidos amigos, multiplicados en número y en afecto cuando el señor Arratia, a instancias de sus desinteresados correligionarios políticos, consintió en presentar su candidatura a diputado por uno de los pueblos australes y obtuvo la primera mayoría en las urnas electorales.

¿Qué papel iría a desempeñar el señor Arratia en el honorable Congreso?

Eso era lo de menos: ni él sería el único miembro de la Cámara que conservase su lengua virgen de todo parlamentario discurso, reduciendo su importante papel de representante del pueblo, exclusivamente a dar su concienzudo voto, según las indicaciones del presidente del partido, y a balancear su arrogante figura, con irresistibles seducciones de millonario improvisado, en los pasillos de la Cámara y en las calles centrales de la capital en donde cosechaba respetuosos descubrimientos de cabeza y cordialísimos apretones de mano, que hacían dibujar en sus labios, bajo el espeso fleco de sus enormes bigotes, una deliciosa sonrisilla de satisfacción que daba inusitado esplendor a sus diminutos ojos de color caoba.

⚜ ⚜

Cuando Hernán Vidal y su mujer, acompañados de Adriana de Peña, entran al salón de la familia Arratia, los convidados se disponen a pasar al

comedor; de manera que, tras un breve saludo y unas cuantas presentaciones de estilo, todos se dirigen a la mesa, a la suculenta mesa con que el honorable diputado y familia festejan a sus distinguidas relaciones.

El comedor, una sala amplísima, artesonada con verdadero gusto artístico, presenta un aspecto espléndido con su enorme profusión de flores y de luces y con sus relucientes plaqués y finísima cristalería que irradia facetas multicolores, herida por los fuertes reflejos de las lámparas.

En rededor de la opípara mesa del banquete, han tomado asiento políticos prestigiosos, correctos diplomáticos y bien seleccionado elemento joven de ambos sexos: todo gente "comm' il faut", salvo uno que otro compromiso ineludible de que los Arratias no han podido desprenderse y que mantiene, sobre todo a las niñas de la casa, en una suprema excitación de nervios.

El "menú" constituyelo una lista portentosa de viandas delicadas y de excelentes manjares y de soberbios vinos de legítimas cepas borgoñesas que son paladeados con fruición de artista por más de un comensal que se las dá de eximio catador, como el exdiputado don Belarmino del Naranjo, figura de alto relieve en el mundo social y de éxito decisivo entre el bello sexo. según íntima, sincera y tenaz creencia del propio interesado; y hombre sapiente y cultísimo, según lo delatan su locuasidad y aplomo para echar juicios y comentarios críticos lo mismo sobre una página de Ibsen, que sobre el fomento de las razas caballares, lo mismo sobre un bloque de Au-

gusto Rodin que sobre la construcción de alcantarillas: un flamante enciclopédico a la violeta.

Mezclados a las dulcísimas armonías de la orquesta, resuenan allí, como murmullo de colmenar, las voces graves o afónicas de los políticos que comentan la última votación de la Cámara; el eco alegre de las charlas femeninas y las carcajadas con que se celebran los chistes y "calamboures" con que los calaveras cosquillean el oído de las mujeres, y entre los que dá la nota alta el simpático Rafael Gormaz, muchacho alegre, vividor, embustero, muy leal con sus amigos, feliz poseedor de un incomparable don de gentes, invitado imprescindible de toda fiesta y el más conocido "habitué" de teatros y de clubes.

También don Belarmino del Naranjo, ex-diputado, como ya se ha dicho, y miembro conspicuo del foro, tienta de echarlas de espiritual, aplicando humorismos *extraídos* del "Manual de la risa" y que, a veces, por lo enormemente inoportunos, llegan a provocar tempestuosas carcajadas.

Ni deja de divertir su poquillo la actuación ejercida por doña Clemencia, la esposa del diputado don Miguel Arratia, y a quien el rápido cambio de ambiente social la ha tomado más de improviso que a sus hijas y que un tanto cohibida y manateada entre tanta gente parlanchina y bulliciosa, acostumbrada a ese elegante desparpajo y soltura de maneras que sólo dan el constante roce y trato social, reduce su relevante papel de dueño de casa a celebrar a todos los comensales con la misma frase eternamente repetida:

—¡Qué gracioso es lo que dice el caballero! o ¡Qué divertido es lo que cuenta la señora!

Como se comprende, este comentario había de resultar algunas veces poco alusivo a las circunstancias, y así fué como casi se amosca el ex-diputado don Belarmino quien, al quejarse de que los facultativos han desahuciado a su señor padre que padecía de una vieja afección pulmonar, escucha a la señora Arratia que le replica sonriente:—¡Qué gracioso es lo que dice el caballero! mientras los que se dan cuenta del caso comprimen los labios para no estallar en risa y el ex-diputado le responde, forzando una sonrisilla para disimular su molestia:

—Señora, usted me dispensará que yo no lo halle tan gracioso como Ud. lo encuentra.

Y es doña Clemencia de Arratia lo que puede llamarse una hermosa hembra: fornida, recia en su complexión de mujer sana, con un cuerpo correctamente modelado, de curvas suaves y blandos contornos. Sus ojos obscuros, sombreados por largas pestañas, semejan enormes perlas negras engastadas en la rósea porcelana del rostro sedoso y fresco.

De sus hijas, solo Merceditas, la menor, había heredado la hermosura de la madre: el mismo cuerpo esbelto, la misma cutis aterciopelada, los mismos inmensos ojos de suavísimo mirar; la otra, Rosario, la primogénita, familiarmente llamada Chayito, era el retrato vivo de don Miguel: ojillos pardos y bailones, nariz escandalosamente respingada y boca grande, muy grande, pero de labios finos y bien cortados, boca graciosa que muestra dos collares de dientes blancos y apretados.

Ambas hermanas coinciden, sí, en el afán de lucirse, de figurar, de sentirse admiradas, de frecuentar salones de alto coturno, de crearse distinguidas relaciones, de verse incluídas en esas interminables listas bobas de nombres aristocráticos que aparecen diariamente en la "Vida Social" de los periódicos para dar noticia de los concurrentes al teatro, a la exposición, al parque, al paseo de la Alameda o a cualquiera parte.

Y hermosa una de las niñas y, puede decirse, llanamente fea la otra, no dejaron de arrastrar fervorosas admiraciones masculinas en cuanto se las vió amenazadas de tan respetable dote, como lo indicaba la herencia de que se encontraba en pleno usufructo el ya tantas veces honorable diputado don Miguel Arratia.

Entre los más caracterizados comensales, figuran, también, el señor Ministro de Relaciones Exteriores, que lo es, a la zazón, el joven y prestigioso político don Aurelio Belmonte, cuya actuación en los arduos problemas internacionales con el Perú ha sido unánimemente aplaudida por la opinión pública y aún por la misma prensa de oposición al Gobierno, que siempre tenaz en sus propósitos rara vez llega a conceder cuartel y que, en esta ocasión ha extendido su generosidad hasta presentar en sus columnas el retrato del Ministro con elogiosos artículos al pié; los senadores Aguafuerte y Villaseca: prepotente "leader" del partido el primero de éllos; excelente persona el segundo, popularmente conocido por sus interminables alocusiones parlamentarias con las que siempre invita a dormir o, cuando menos, a sonreír com-

pasivamente a los venerables padres conscriptos del honorable Senado, mientras las galerías prorrumpen en prolongados aplausos y burlonas manifestaciones de aprobación que Villaseca agradece desde su sillón con una cómica genuflexión de bailarina de circo, lo que duplica el entusiasmo hasta que el Presidente agita con furia la campanilla para llamar al orden a las barras indisciplinadas.

También lucen allí sus inmaculadas solapas el Ministro Plenipotenciario de. . . con su rostro de charol escrupulosamente rasurado y con sus constantes gesticulaciones y extrañas contorsiones de dorso: el mismo señor que, diariamente, en el portal, en la plaza de Armas o en el pórtico del Correo incita la curiosidad del público que rinde sonriente admiración a sus luminosos gabanes e inmaculadas polainas; y el Encargado de Negocios de X., delicioso embrión diplomático, que tienta de la risa con su escandalosa manera de pronunciar las *jotas* y que, a medida que los alcohólicos vapores le inundan el cerebro, aumenta su tropical elocuencia. desbordándose en amorosas declaraciones contra el bello sexo.

Fuera de esto, puede contarse hasta una docena de diputados entre los cuales figura Hernán Vidal, acompañado de su esposa y de la seductora Adriana Peña, cuyo marido consagrado de lleno a las faenas agrícolas, sólo baja a la ciudad por acontecimientos trascendentales que requieran su presencia, dejando entretanto, a su mujer en pleno goce de una libertad que colma sus aspiraciones y en que asoman marcados ribetes de rebelión contra la fidelidad conyugal.

El elemento femenino está, además, brillantemen-

te representado por la señora del doctor Méndez, cuya semejanza con la popular y triunfante Cleo de Merode a quien, según muchos, aventaja en la corrección de las líneas y en la expresión dulzona de la mirada, le valía decididas admiraciones que, durante el último tiempo, habían dado no escaso paño que cortar a las afiladas tijeras de la malévola chismografía social.

Valentina sólo la conocía de vista y, en más de una ocasión, aún estando de novia, le había molestado que Hernán se expresase de élla en forma demasiado entusiasta. Los celos empezaron, pues, a intranquilizarla cuando vió que la señora de Méndez era la compañera de mesa de su marido.

Adriana, que se ha dado cuenta de la situación de su amiga, levanta la cabeza para decirla:

—No seas tonta, hija! Vas entendiendo ahora lo que te decía en tu casa?

—¡Qué ocurrencia! Si no me estoy preocupando de lo que tú piensas... Se me ha clavado un dolor en las sienes...

—¡Vaya! ¡Qué lástima! Pero, me parece que Arturo puede recetarte; si no recuerdo mal, creo que fué estudiante de medicina.

—Tiene mucha razón Adriana: yo fuí estudiante de medicina, y en este caso el tratamiento es muy sencillo: levantarse y dar un paseo por la galería. Esta atmósfera está horrorosamente caldeada.

—Decídete, hija, insiste Adriana, empujándola con la mirada: levántate y anda...

—¡Qué bíblica te has puesto!

—Y te parece mal? La Biblia es el gran libro,

y tú bien sabes apreciarlo, modelo de virtud. y yo lo mismo ¿no es cierto, Pancho? interpela Adriana al simpático amigo que tiene a la izquierda y con quien ha sostenido, durante toda la comida, una elocuente comunicación telegráfica por debajo de la mesa.

—¿Quién puede dudar de lo que Ud. diga, Adrianita? responde Pancho Moreno, fijando en los ojos de su amiga una mirada intensa y larga.

Entre los círculos sociales no son un misterio las cordiales simpatías entre la señora de Peña y el joven Moreno. Sólo el marido de Adriana debe ignorarlas, porque es la ley ineludible de esas pobres víctimas. El señor Peña es amigo íntimo de Pancho Moreno.

—Y usted, Valentina, todavía no se decide a aceptar el remedio que le indiqué? dice Arturo, endulzando amablemente las inflexiones de su voz.

—Gracias, Arturo. Son dolores nerviosos que pasan solos... Ya me siento mejor.

—Me alegro.

—Y yo también...

—Volvamos, entonces, a nuestro tema de denantes.

—¿Cuál?

—¡Cómo! Ya ha olvidado Ud. que hablábamos del matrimonio.

—Ah!

—Yo creo tener, al respecto, ideas propias. Para mí el matrimonio debe ser una asociación amistosa que se mantenga mientras haya reciprocidad... ¿No le parece?

—A mí sólo me parece que, probablemente, todas esas ideas son muy hermosas, o, más bien dicho, muy cómodas; pero que en el terreno de la práctica acarrearían funestas consecuencias.

—¿Por qué?

—Por de pronto no creo que Ud. pueda sostenerlas delante de su mujer.

—Las sostengo.

—Entonces es Ud. muy valiente....

—Sincero, querrá Ud. decir.

—Pero, hija, sírvete algo... No has comido nada.—Esas croquetas están deliciosas, dice Adriana.

—Si ya he comido una barbaridad...

—Pues yo no te he visto sino discutir con tu vecino, sin saber cuál ha vencido.

—Creo que los dos; cada uno con sus ideas...

—Por mi parte me sentiría feliz en declararme vencido por un enemigo tan adorable.

—¡Dios mío!

—Y, pasando a otra cosa, ¿irá Ud. el domingo al corso de flores del Parque?

—Probablemente.

—Es a beneficio de la Sociedad de Santa Filomena. Me parece que el objeto no puede ser más de su agrado.

—Sin duda.

—Irá conmigo, dice Adriana, que fingiendo no preocuparse, ha estado atentísima a la conversación.

—Veo que Ud. dispone de Valentina.

—Es mi amiga más íntima, como fué mi compañera de colegio más querida.

—Cierto; nos queremos como hermanas.

En otra de las luminosas mesas del banquete, paladeando con fruición los buenos vinos franceses, Martín Ponce delira con insinuarse amorosamente a Chayito, la primogénita de la familia Arratia:

—Convénsase Ud., la simpatía vale mucho más que la hermosura...

—Si; pero...

—Eso es... pero cuando ambas cualidades se reunen en una persona, como en usted, el conjunto resulta lo más encantador que puede soñarse.

—¡Pero, qué cosas está usted diciendo! No me juzgue tan tonta para creerle. Con razón tiene Ud. fama de bromista, responde Chayito Arratia que, durante toda la comida, ha resistido los requiebros galantes de Martín, un tunante de la *jeneusse doreé* que se proponía la conquista de la chica, según lo había declarado a sus amigos:—¡Al fin y al cabo era *simpaticona* y, qué diablos! Merceditas "estaba tomada" por el bellaco de Rafael Gormaz que ya había borrado la clásica inscripción de una sortija que usaba en el anular y que produjo escándalo de carcajadas a los que lograron conocerla.

—Hace muy mal en no creerme, Chayito.

—Son tan pícaros los hombres...

—Está usted en un enorme error. Los hombres somos los seres más ingenuos...

—Y los más embusteros.

—¡Qué ideas! En fin, uno no puede responder por todos. Pero, créame Ud., que no es la primera vez que se lo digo, Ud. es una mujer adorable...

—¡Qué divertido!

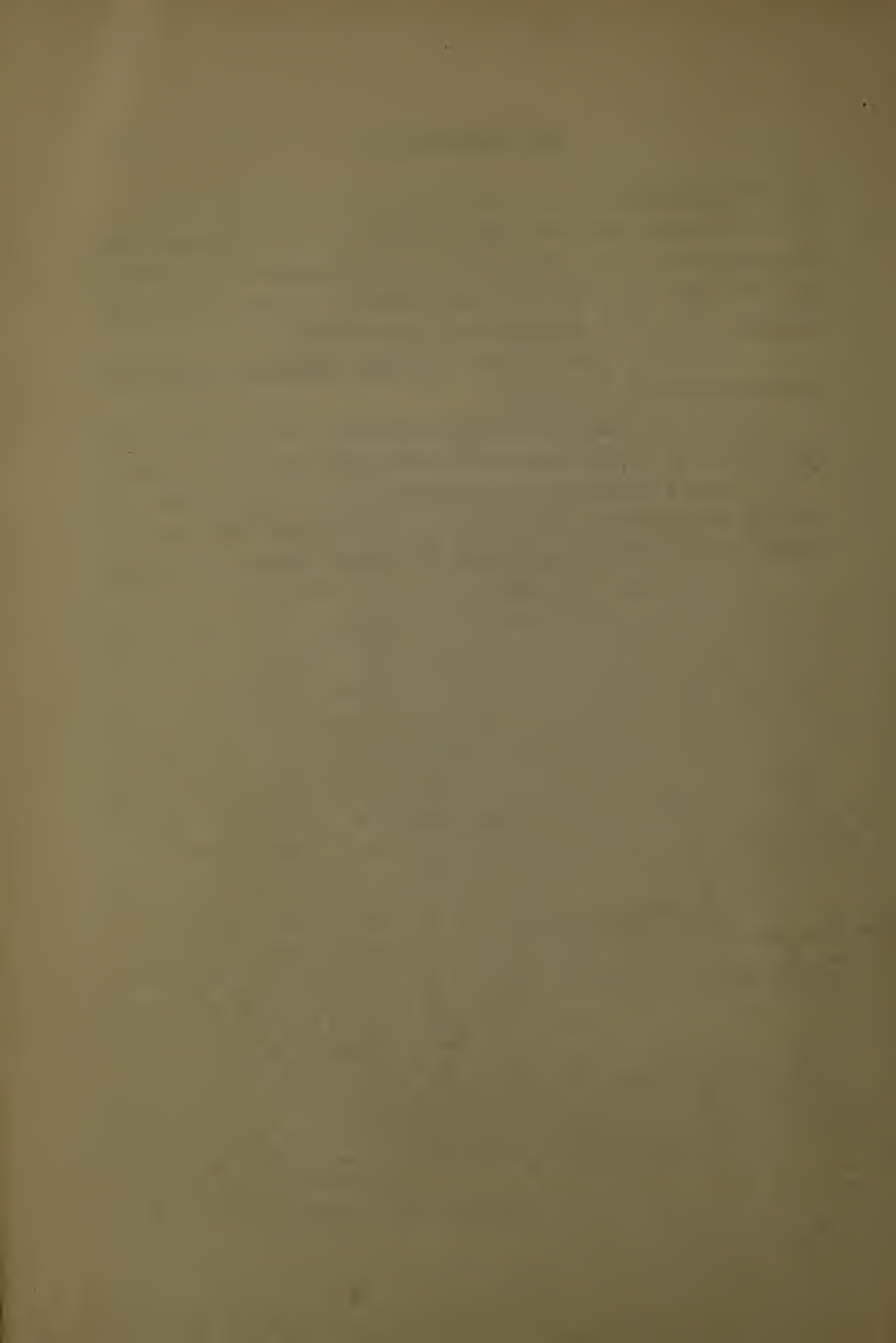
—Una mujer encantadora...

—¡Dios mío!

—Y aunque sea una audacia, debo alguna vez confesarle lo que, desde el primer instante que la ví, ha luchado por salir de mis labios... que estoy enamorado de Ud., locamente enamorado...

—¡Martín, por Dios! exclama Rosario, bajando pudorosamente los ojos.

Martín Ponce, vástago legítimo de la aristocrática ralea de los García de Ponce, calavera consumado y no menos consumado analfabeto, e importador de modas novísimas, era todo un ideal para la deslumbrada y aturdida heredera de doña Justa Ramírez.



II

Ya en la soledad de la alcoba matrimonial, de regreso del banquete ofrecido por el diputado Arratia, Valentina, sentada al borde del lecho, contemplando a su marido que bosteza recostado sobre un sofá, no puede dominar la exitación producida por los celos que le han oprimido la garganta como un estrecho anillo de acero, durante toda la comida, y se desborda en quejas lacrimosas, en suspiros ahogados, sin conseguir que Hernán abandone su indolente posición, ni dé explicación alguna, ni responda una palabra siquiera, hasta que el espasmo nervioso estalla en un raudal de lágrimas y Valentina cae de rodillas delante de una hermosa imagen de la Virgen María que, suspendida entre los elegantes lechos de nogal, preside la alcoba matrimonial: una madona adorable, de sublime expresión mística en el conjunto de su rostro bellamente humano: rostro en que el pintor había idealizado la hermosura triunfante de una famosa artista de ópera, que, durante largo tiempo, enloqueció al público masculino del Teatro Municipal, y con quien el pintor había cultivado cariñosa intimidad.

—¡Qué desgraciada soy, madre mía! exclama Valentina, fijando en la Virgen sus dolientes ojos verdes, húmedos de angustia.

Hernán, acostumbrado a estas incidencias de su vida conyugal, y dando tiempo a que la tensión nerviosa de su mujer agote un poco de su excesiva energía, se levanta tranquilamente, dá unos cuantos paseos por la pieza, con los brazos cruzados, en actitud resignada, y espera, aún, que su mujer lo interpele directamente, hasta que ésta, exasperada por el silencio y arrancando los últimos bríos a su dolor, a su angustioso dolor de esposa que se siente abandonada y herida, enjuga rápidamente sus lágrimas, se levanta con agilidad, vá a sentarse en una butaca de brazo y murmura con cierta vaga expresión de cólera:

—¡Eres horriblemente cruel, Hernán! Nada te importa que sufra, que llore, que me muera... Está bien. Tú eres dueño de hacer lo que te plazca; pero no vayas a arrepentirte algún día...

Hernán se detiene, todavía con los brazos cruzados, y mirando largamente a su mujer, responde con una forzada sonrisa de ironía:

—¡Hola! ¡Qué buenas noticias! Eres originalísima. Pero no comprendo esa amenaza que dejas, desde hoy, suspendida sobre mi cabeza de marido... Vamos, quieres decirme ¿a qué viene todo esto? Por qué lloras? Por qué te desesperas? Te confieso francamente que estas ridículas escenas que tan a menudo provocas, me hacen el efecto de una petipieza de malísimo gusto.

—Tú me engañas.

—Ese es un delirio de tu imaginación.

—¡Cómo! ¿Quieres negarme lo que has hecho esta noche, lo que yo misma he visto?

—¿Y qué has visto? Cuál es el delito, el crimen...

—Todos se han dado cuenta de que tú estabas ensimismado, mirando a esa cínica...

—¡A esa cínica!

—Sí; a la mujer del doctor Méndez...

—¡Valentina!

—Todo el mundo conoce los enredos escandalosos de esa coqueta...

—Ser una mujer agradable, insinuante, no es ser coqueta; es ser bien educada nada más... Lo que tú has oído, es el clamor impotente de la calumnia...

—¡Y todavía la defiendes! El corazón no me engaña. Tú te has enamorado de esa mujer...

—No seas ridícula.

—Me has hecho sufrir demasiado.

—Eres intransigente; y esa no es manera de vivir. Así nos vamos a hacer la existencia insoportable.

—¡Y qué quieres, entonces!

—Que tengas un poco de criterio; que te despojes de esos celos estúpidos que te ofuscan y te enferman.

—Si tengo celos, es porque te quiero...

—El amor no los necesita.

—Te equivocas.

—Es lo racional.

—Donde hay celos, hay amor. Esa es la verdad, aunque te empeñes en demostrarme lo cantrario. Yo

lo siento así y sé que no me engaño. El día que no tenga celos de tí, será el día que no te quiera...

—¡Qué lógica! Donde hay celos, hay desconfianza, nada más: una desconfianza ciega, obstinada, ridícula, como la tuya...

—De manera que tú jamás sentirás celos de mí?

—Jamás.

—¿Jamás?

—Sin motivos justificados...

—Ah! Luego concedes que con motivo...

—Sí, motivo razonable, efectivo; no fantasmas ni visiones, como los que crea tu imaginación.

—Motivo justificado tengo ahora...

—Lo que tú tienes es un desconocimiento absoluto de la vida una pasmosa excitabilidad de nervios, Deberías usar bromuro todos los días. De otro modo, vamos a concluir mal, pues te advierto que si hasta aquí he tenido calma, puede ser que otra vez no la tenga y...

—Hernán, tú sabes cuánto te quiero. No me hables así, dice Valentina, levantándose y deseosa ya de provocar la reconciliación. Si tengo celos de tí, es porque te adoro. Créemelo.

—Si me quisieras tanto, tratarías de no molestarme, responde Hernán, esquivando a Valentina con un gesto de fastidio y volviendo a sus mesurados paseos por la pieza.—¡No deja de ser gracioso esto de repetirle a uno, diariamente, que lo adoran y, enseguida, no economizar ocasión para darle un mal rato...!

—Perdóname, Hernán.

—Y para qué? Para que mañana o pasado volvamos a las mismas y tenga que verte representar este mismo ridículo sainete?

No. Es necesario que comprendas alguna vez que no tienes derecho ni razón para constituirte en inquisidor... Me parece que soy mayor de edad y que nadie me ha declarado demente, aún. Por lo tanto, soy libre, bastante libre, señora, y responsable de mis actos.

—No me hables así...

—Ese continuo estado de sospechas en que vives, ese afán de crear fantasmas para espantarte de ellos; todo eso, Valentina, es inaceptable, imposible, y te diré con franqueza: estoy aburrido de escuchar a diario las mismas quejas, las mismas recriminaciones, los mismos cargos, los mismos lamentos y suspiros. Ya es necesario que me dejes un poco de la mano, que no me molestes así, que no me hagas odiosa la casa, en fin...

—Yo no exijo más que tu cariño; pero tu cariño de antes... ¿No es cierto que no volverás a hablar nunca con esa mujer?

—¡Eres insufrible! responde Hernán malhumorado. ¿Hasta cuándo con exigencias ridículas? Esa mujer es una señora de quien nadie tiene nada que decir... Pues bien, te diré que no estoy dispuesto a soportar imposiciones de esa naturaleza...

—¡Dios mío! exclama Valentina, cayendo de nuevo en el sofá.

—No pretendas impresionarme con ataques histéricos. Estoy resuelto, continúa Hernán, a no ceder más, cuando se trate de caprichos ridículos Hoy

llevamos tres disgustos con sus respectivos acompañamientos de lágrimas y de lamentos; y este ha de ser el último, el último, Valentina...

Y demostrando una violenta agitación, Hernán saca nerviosamente su reloj y dice a su mujer:

—Son las tres de la mañana. Creo que no tendrás interés en amanecerte discutiendo. Puedes acostarte. Yo pasaré a mi escritorio; estoy nervioso, y la cama me ahogaría...

Y, dicho esto, Hernán se dirige a la puerta que dá al vestíbulo, la abre y, antes de cerrarla tras de sí, dice secamente desde el umbral:

—Buenas noches.

Valentina se levanta, corre a llamar a su marido cuyos pasos resuenan en el "parquet" de la galería hasta perderse en la mullida alfombra del escritorio, y, sin decidirse a seguirlo, queda en la puerta del dormitorio, espiando con loca inquietud los rumores que el silencio agranda, las siluetas que en la sombra engañan la vista alucinada; y sin poderse contener, apretándose el corazón que le palpita con extraña vehemencia, atraviesa, también, la galería, ahogando misteriosamente el ruido de sus pisadas.



Es esta la primera ocasión en que las contiendas conyugales de Hernán y Valentina asumen tales proporciones, y la joven esposa, herida ya más por la dura tenacidad y las frases violentas de su marido, que por el punzante aguijón de los celos, empieza a sentir las primeras desilusiones del amor y a entre-

ver la vida tal como ella es en realidad, repleta de crueldades y amarguras; empieza a meditar, durante sus largas horas de ociosa soledad, en el desencanto de sus mejores sueños, de sus deliciosos sueños de novia, forjados en la cándida ignorancia de su inocencia y en los inconscientes estremecimientos del deseo; y las conversaciones sostenidas con Adriana Peña, conversaciones en que ésta, con su crudo desparpajo de mujer de mundo, le muestra los recursos con que se puede alegrar la vida, no le parecen ya tan extrañas, tan monstruosas como sonaron antes a sus oídos, porque siente encima de sí un malestar inmenso que le agobia el alma; porque su corazón vacila ante la realidad fría, absurda, de una existencia que empieza a hacerse inútil, para concluír, sin duda, por trocarse en odiosa; porque, desde ahora, todas las ternuras de su marido serán fingimientos hipócritas, pues aún resuenan en sus oídos las palabras de Hernán: "Es necesario que no me molestes, que no me hagas odiosa la casa..."

¿Y es esto posible?

¿Cómo Hernán, su adorado Hernán, el mismo que tantas veces le había repetido, entre apasionados besos, que ella era su vida, podía decirle ahora que no le hiciese odioso el hogar, sólo porque élla, quería tenerlo siempre a su lado, reclamándolo con su legítimo derecho de esposa?

¡Qué horrible desencanto!

Y todo esto cuando apenas se cumplían dos años de matrimonio... ¿Qué sería después? ¡Dios mío! Más valía no pensarlo. Ah! Los hombres eran todos lo mismo. Ella se había engañado, soñando un

ideal irrealizable: uno de esos portentos de amor que engendra la fantasía de los poetas para honesto entretenimiento de las doncellas...

¡Oh tú, glorioso y bienaventurado Bernardino de Saint-Pierre, descansa en paz!

⚜ ⚜

Hace falta ahora conocer el ambiente moral en que se desarrolló el carácter de Valentina y la educación que concluyó de moldearlo, para valorizar las influencias que tan importantes factores han de ejercer en el desarrollo de su vida.

Valentina fué el segundo vástago habido en el apreciable matrimonio de don Ramón Mendoza con doña Eduvigis Pérez, cuya prole, entre varones y hembras, alcanzó a siete herederos, familia demasiado numerosa, tal vez, para otros que no hubiesen tenido la robusta fortuna de los esposos Mendoza-Pérez.

Valentina fué, también, la primera mujer y esperada con ansias, después del arribo del primogénito, sobretodo por doña Eduvigis que ansiaba una compañera para la vida íntima del hogar, porque según su frase textual, "los hombrecitos eran harina de otro costal".

Así fué como, desde su llegada al mundo, la niña disfrutó de las apasionadas mimosidades maternales; que, a decir verdad, doña Eduvigis era una madre ejemplar, totalmente consagrada al cuidado de sus hijas con una solicitud y ternura dignas del mayor encomio.

El hogar de los esposos Mendoza-Pérez, era lo

que comunmente se llama "un buen hogar cristiano". La señora pertenecía a numerosas asociaciones y cofradías, frecuentaba los sacramentos, mantenía en su misma casa un oficio religioso cuotidiano al que debían concurrir todos los domésticos a su servicio y cultivaba relaciones de suma confianza con un canónigo de la Metropolitana, prebendado de campanillas que gozaba de general preponderancia en el más encumbrado elemento social femenino. Dicho canónigo era considerado casi como miembro de la familia y allí concurría, por lo menos dos veces a la semana, a probar los exquisitos sorbetes fabricados especialmente por la dueña de casa y a echar su "manita de "poker" con don Ramón.

Era don Ramón Mendoza miembro conspicuo del partido conservador al cual, en épocas pasadas, había representado, en más de una ocasión, en el Municipio de la capital; y en cuanto a observancia de los preceptos religiosos, no dejaba ventajas a su señora esposa, pues no había procesión en que el apreciable caballero no tomase el sagrado palio para acompañar al Santísimo, o, cuando menos, desfilase con su robusta vela de cera detrás de las andas o junto a la cruz alta: laudabilísimas prácticas, sin duda, y dignas de encomio, si correspondiesen a un convencimiento sincero y si en todos los actos de la vida moral, se obrase en conformidad con la doctrina; pero abominable hipocrecía cuando, sin ser muy escasa excepción, pasaba lo que a don Ramón Mendoza le acontecía con todos sus sonoros golpes de pecho y rosarios indulgenciados, pues era público y notorio que tan pulcro y honesto señor visitaba diariamente

a una elegante mundana y que en la mesa de noche de su cuarto de dormir había quedado muchas veces olvidado su opulento reloj de oro con monōgrama en relieve: todo lo que no era obstáculo para que el apostólico caballero remitiese al infierno, en voz muy alta y airada, al primer prógimo de quien se susurrase el más ligero deslíz.

Esta caritativa intransigencia para la más leve sombra de pecado, valíale a don Ramón, en los círculos católicos, su apreciable reputación de hombre severo y virtuoso, especie de embrión beatífico que acaso moriría con su cierto olorcillo de santidad.

Las más altas obras de beneficencia cristiana, contaban a don Ramón en su seno y, al mismo tiempo que síndico de un convento de monjas, él era miembro de la V. O. Seráfica de San Francisco de Asís.

¿Quién, conocedor de tales títulos, podía dudar un ápice de la sinceridad de su virtud, de la firmeza de su honra?

Había que verlo los días festivos, concurriendo a la última misa en Santo Domingo, a donde penetraba con los ojos bajos y los brazos cruzados sobre el pecho, haciendo genuflexiones a diestra y siniestra, y, antes de tomar colocación definitiva, arrodillándose al pié del altar del milagroso Nazareno que con su túnica roja, su pesada cruz sobre los hombros y la corona de espinas hincada sobre las sienes emerge entre centenares de ampolletas eléctricas y de soberbios candelabros.—Es un hermoso rostro el de ese Nazareno de mirada intensamente dolorosa, con los labios entreabiertos como para exhalar una queja honda y silenciosa.

Allí don Ramón, con los brazos en cruz, tenía su corto soliloquio, y con la cabeza inclinada sobre el pecho y el rostro perdido en la selva espesa de su negra y abundante patilla, parecía dormitar plácidamente delante del altar, causando la admiración de los fieles que, conocedores de su buena fama, se lo figuraban, cuando menos, en un éxtasis divino...

Mas, tan excelentes prácticas no dejaban escrúpulos a don Ramón Mendoza para facilitar, por intermedio de sus agentes, gruesas partidas de dinero, al módico interés del 25 y 30%; y no faltaban datos para asegurar que su fortuna debíase, en gran parte, a la falsificación de un testamento de cuya autenticidad él había respondido con solemne juramento ante los Tribunales de Justicia.

⚜ ⚜

Durante sus cinco años de internado en el colegio de las monjas francesas, Valentina no alcanzó sino ese barniz de ilustración semi-enciclopédica con que, al fin del curso, se despacha a las alumnas, con sus deliciosas cabecitas repletas de tecnicismos y de ecuaciones, para que salgan a sociedad a conversar enfáticamente de cosas que no han alcanzado a entender o para que diserten sobre el extenso tema que constituye la más grande e intensa de las atracciones femeninas: los trapos.

Es necesario observar a la mujer en todos sus actos para darse cuenta cabal del predominio absoluto, despótico, que el arte de vestirse ejerce sobre ella. Jamás puede resolverse una conversación feme-

nina, sin que los trapos hayan tenido su correspondiente comentario, ya sea la hechura de la falda, el color del encaje, la forma del sombrero, la modista, el figurín, etc.

Hoy, la educación femenina es, sin duda más completa que la de antaño, en cuanto a suma de conocimientos científicos, literarios, artísticos y, aún, domésticos, como las clases de cocina que han alcanzado gran boga durante los últimos años, según puede constatarlo la matrícula del "Cordón bleu". Pero todo eso, siendo de grande interés y de trascendental importancia, no constituye lo esencial en la educación femenina.

Es la educación moral la que debe primar sobre toda otra noción en la ardua tarea de formar a la mujer: el concepto claro y preciso del deber, el límite de sus atribuciones dentro del hogar, y el afán, que ha de ser preocupación constante, de conservar al marido todo el encanto de la primera ilusión, para cuyo fin a la mujer le es lícito, más bien dicho, le es moralmente obligatorio usar de todas las seducciones posibles, estudiándole su carácter y sus tendencias.

El hombre, por naturaleza, es inconstante, menos, tal vez, en sus afectos que en sus aficiones, y necesita o un gran caudal de criterio frío y razonador, muy difícil de encontrar, o el incentivo de un halago nuevo que cada día satisfaga su instinto, para mantenerse tranquilamente en el límite de sus deberes.

Y no es que el marido infiel no ame a su mujer legítima. Es que, generalmente, la esposa no tiene el arte de engañar su sensibilidad; de hacerle olvidar

que lleva sobre el cuello una cadena, trocándole la prisión en nido amable y risueño. Es que la esposa, a los pocos meses de casada, se convierte, casi siempre, en *buena señora de la casa,* y nada más, despojándose de todas esas imprescindibles coqueterías ejercitadas para agradar al novio y que, enseguida, el marido ha de echar de menos...

No es aventurado afirmar que si a la mujer se le ilustrase en esta forma, inculcándole lo que verdaderamente significa para su marido, los matrimonios desgraciados, las *dolorosas parejas legales* hastiadas por el desencanto, disminuirían en más de un cincuenta por ciento.



Vuelta a la casa paterna, al dejar el colegio de las monjas, Valentina continuó respirando el ambiente místico de su hogar, si ambiente místico puede llamarse al que formaban las hipocresías religiosas de don Ramón, las prácticas rutinarias de doña Eduvigis y los mal reprimidos instintos de sus hermanos que ya habían descubierto el "quebradero de cabeza" de su señor padre y se creían, por tanto, autorizados para acometer sin temor contra la honestidad de las domésticas, mientras la mamá se preocupaba todavía, con incansable ahinco, de cubrir con lápiz rojo el escote de los figurines que traían los periódicos de modas y los desnudos de una edición de la "Divina Comedia" con ilustraciones de Gustavo Doré... Todo para evitar que los niños tuviesen malos pensamientos!.

¡Oh deliciosa ingenuidad maternal!

Doña Eduvigis era lo que puede llamarse un alma de Dios: sencilla, caritativa, crédula e ingenua hasta el extremo de tener una alta idea de su marido a quien suponía su estrecha comunión con la corte celestial. Jamás doña Eduvigis delinquió deliberadamente, ni siquiera en una leve mentira, ni menos en pelambres al prójimo, que, sobre esto, la excelente señora tenía tan noble cuanta escasa idea y no toleraba que en su presencia se hablase mal de nadie, refrenando siempre su lengua con la cuotidiana oración que fervorosamente dirigía a San Nepomuceno, glorioso mártir que se había dejado arrancar la lengua antes de divulgar los secretos de la confesión.

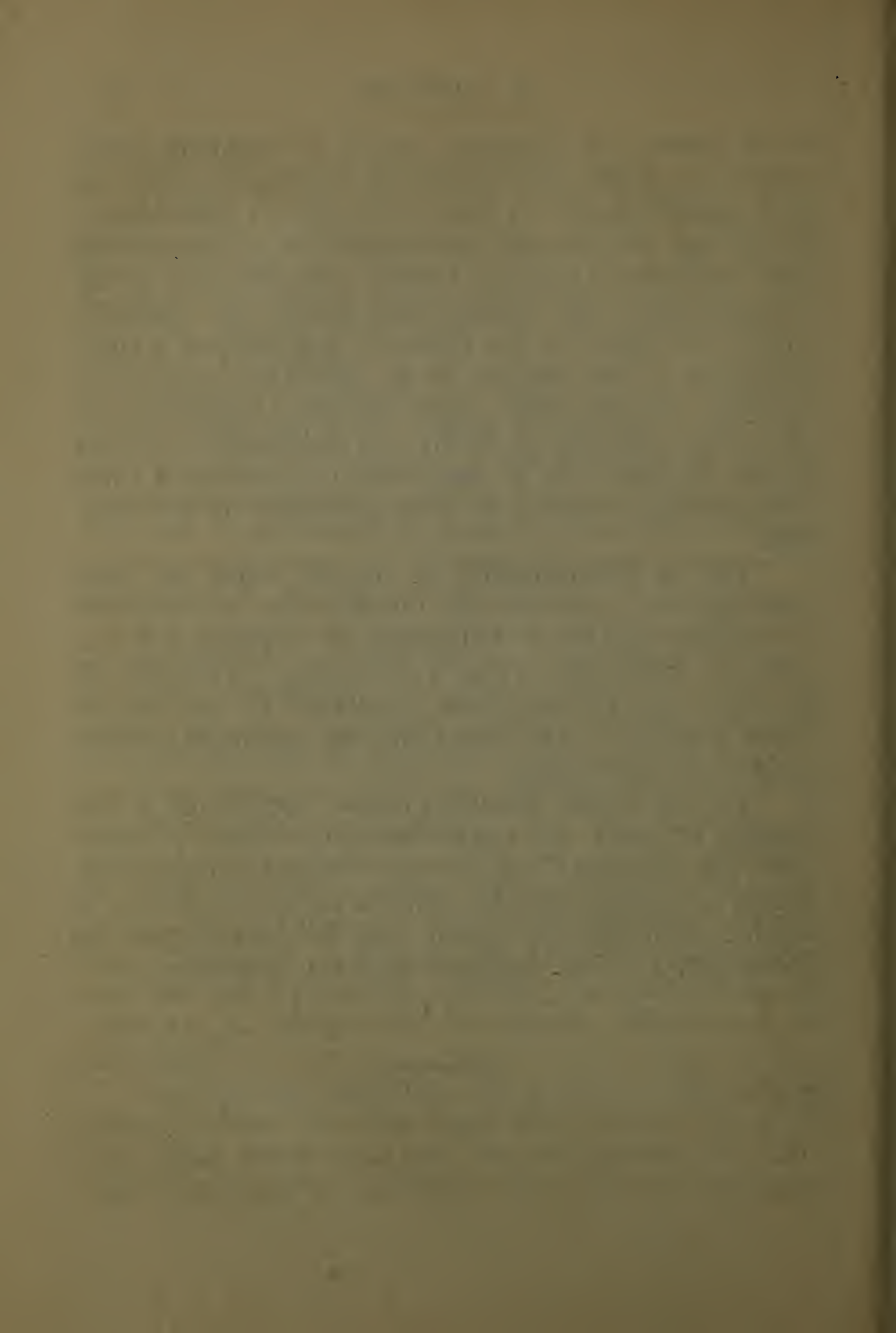
El concepto de la vida que Valentina pudo formarse antes de su matrimonio, no fué sino un concepto vago e indefinido; un criterio vacilante, y, aún su misma sincera fé católica, heredada tradicionalmente de sus mayores, sin racional e indispensable convencimiento personal, sufrió las vulneraciones de la hipocresía porfiada del padre y del fanatismo intransigente de la madre, y así el sentimiento religioso de Valentina fué el mismo de gran parte de las mujeres que, a fuerza de mal entendido celo, convierten en ridícula caricatura la sublime y maravillosa doctrina del Cristo, sin entender sus grandiosas enseñanzas ni comprender el espíritu altísimo de su divinidad.

La vida de Valentina, fué la misma vida frívola de casi todas las niñas, repartida entre la ociosidad del hogar dentro del cual era la *regalona;* la automática asistencia al templo, con el libro de oraciones

en la mano y el elegante rosario de amatista encadenado al brazo; las visitas, los teatros, las carreras y el parque, fuera de dos o tres amores insustanciales de uso permanente, personificados en muchachos que desfilaban frente al balcón, mientras élla corría pudorosamente los visillos para mirar con disimulo; que la *flirteaban* en los paseos y que se iban a colocar junto a una pilastra de la iglesia en la misa dominical.. El más audaz había llegado a escribirle por el correo interior, es decir, por intermedio de una de las sirvientes de la casa, siempre solícitas a estos menesteres, mediante el óbolo generoso de los galanes.

Tal es, generalmente, la vida de todas las niñas santiaguinas: vida sin más objetivo que la conquista del marido que ha de redimirlas de la inicua soltería: vida de muchachas ricas y hermosas, halagadas de continuo con los adjetivos confitados de los analfabetos sociales. Y así crecen en una espiritual promiscuidad de sensaciones.

En tan escasa situación moral, sorprendió a Valentina el amor: un apasionamiento rápido y fervoroso por Hernán Vidal a cuyos requerimientos cedió, desde el primer instante, vencida en buena lid por la figura simpática del galán, por su talento, por las seducciones de su carácter alegre y expansivo...



III

Nunca Valentina había confiado a nadie los secretos de su vida conyugal, ahogando siempre en lo mas recóndito del corazón sus fuertes impulsos de expansión: tendencia poderosa y eminentemente humana que nos induce a buscar otra alma para entregar las confidencias de la nuestra, como un alivio arrancado a la angustia propia; tendencia más poderosamente sentida en el alma expansiva y sentimental de la mujer.

Pero, después de su última querella con Hernán, que si vino pronto la reconciliación, tardaron, más que de costumbre, en suavizarse las asperezas del disgusto, Valentina sintió el impulso vehemente, la irresistible decisión de comunicar sus penas, de buscar el alivio que produce el deshago, y, para esto, no podía elegir mejor confidente que su amiga íntima, su compañera de colegio y asidua visitante Adriana Peña, la esposa del acaudalado agricultor don Teófilo Peña.

Adriana figuraba en el valiente círculo de señoras que, sacudiendo lo que se ha dado en llamar añejas preocupaciones, entraron en la conquista de las

libertades del sexo, luchando, sin duda, por acortar la distancia que las separaba del hombre; círculo irrespetuosamente calificado con cierto adjetivo que alguna de esas mismas damas descompuso en los epítetos franceses *cachet* y *ton,* y que tuvo su principal centro de acción en los elegantes salones de un club; círculo de gente rica y de señoras bonitas, hastiadas de la monotonía aburridora de la existencia burguesa y ansiosas de aire parisién; círculo que levantó los escrúpulos de las timoratas quienes en la alegre franqueza de aquellas reuniones, vislumbraban, talvez, un atentado contra la tranquilidad conyugal.

Fácil es, entonces, suponer cómo recibiría Adriana las melancólicas revelaciones de Valentina a quien, diariamente, trabajaba por sacudir "el polvo del Monasterio", frase con que denominaba sarcásticamente las timideces e ingenuidades de su amiga.

—¡Eres una tonta! concluyó, cierto día, por decirle: una tonta archi-ridícula que te vas a envejecer a escape si continúas con esos sentimentalismos de colegiala. ¿A quién se le ocurre pasar horas de horas llorando porque el marido se entretiene fuera de casa? Solo a tí. ¡Jesús, qué muchacha!

—¡Qué quieres tú! Si no puedo ser de otra manera...

—Si puedes, hija. Es simplemente que no quieres... que no pones nada de tu parte...

—Yo no puedo dejar de quererlo.

—Pero el mal está en que lo quieres con exceso y todo exceso es vicio y todo vicio es pecado... Vamos a ver: ¿él, te quiere mucho?

—Esa duda me mataría, Adriana.

—¡Qué divertido! Y entonces ¿de qué te quejas?

—Ya lo ves: de las desavenencias, de los disgustos que no me dejan ser feliz...

—Y qué llamas felicidad? Pasarse eternamente al lado del marido, en ardorosa contemplación, y luego llenarse de familia para irle echando cada día, un nuevo eslabón a la dulce cadena conyugal?

Si eso es tu ideal, te confieso que me resulta muy empalagoso.

—Pero, dime ¿cómo se puede ser dichosa, entonces?

—Sabiendo vivir, hija mía. Esa obscura existencia doméstica que antes vivía la mujer, pasó ya de moda, como la crinolina, las cabelleras empolvadas, las pavanas y el minué. Hoy, felizmente, aunque los hipócritas se escandalicen, disfrutamos de bastante libertad y de medios suficientes para no dejarnos morir ahogadas entre cuatro paredes. ¡No faltaba mas! Sacrificarse como tú te sacrificas, es tomar el rábano por las hojas...

—Hablas muy bien, hija: veo que conservas, en toda su plenitud, tus facultades oratorias del colegio, cuando perorabas, subiéndote a la cátedra de la madre Escolástica... ¿te acuerdas? Pero te diré, Adriana, que mi manera de pensar...

—¡Tu manera de pensar! Si tú no has pensado nunca en estas cosas; si tus ideas son las que te inculcó tu buena mamacita, agena a las exigencias de la vida moderna.

—Yo sólo he querido contarte mis penas.

—Y yo sólo pretendo aliviártelas. Es necesario

que sacudas tantos escrúpulos ridículos... ¿Me dices que quieres mucho a tu marido?

—Mucho... responde ansiosamente Valentina, prolongando la reticencia con un suspiro.

—Perfectamente. Pero, resulta que el caballerito, como todos los hombres (óyelo bien, como tődős) repite Adriana, acentuando las palabras, no te guarda la fidelidad jurada...

—Eso...

—Nó: eso te lo aseguro yo... Pues bien ¿qué debes hacer, entonces, mi encantadora Valentina, para volver al redil a esa oveja descarriada? Ya te he insinuado, en otras ocasiones, que, para mantener a los maridos sumisos, es indispensable darles su puntillo de celos; pero a tí te aterroriza la conciencia la sola idea de poner en práctica mis consejos... Y esto porque siempre tienes tiempo de meditarlos, pues en el instante mismo de tus disgustos con Hernán, de seguro que te has de sentir con ánimo para todo... ¿No es así? Confiésalo con franqueza.

—Cierto... dice Valentina, sonriendo al verse descubierta por la perspicacia de su amiga.

—Ya ves cómo no me equivoco. Si eso es lo natural, si eso es lo humano... No seas cobarde: échate a pasear un poco: tu salud lo reclama. Necesitas aire, movimiento, luz, amigos, charla, etc....

—Mi situación es muy diferente a la tuya.

—¿Por qué?

—Tu marido apenas viene una vez al mes a visitarte. No sé, francamente, cómo has podido habituarte a esa separación.

—Y qué quieres que haga!

—Yo, en el caso tuyo...

—Ah...! Tú en el caso mío te habrías marchado al campo, a ver ordeñar las vacas y a divertirte estrepitosamente con los placeres de la siembra y de la cosecha. ¿No es eso?

—Sin duda.

—Pero yo me habría muerto en esa soledad. Mi temperamento, mi carácter no son para eso. El campo está bueno para uno o dos meses de vacaciones y siempre que una esté bien acompañada y haya sus entretenimientos...

—Tu marido te deja una libertad absoluta.

—Ni más ni menos que el tuyo... Esa es una de las más preciosas garantías que nos dá el matrimonio: la libertad en el hecho, apareciendo cautivas en la forma. Toda mujer casada tiene derecho para salir sola... ¿Qué más quieres? Dime ¿qué habría sido de mí, unida desde hace siete años al cariñoso yugo de ese buen señor Peña con quien me decidieron a casarme por mero interés a sus millones, y excúsame la franqueza; qué hubiera sido de mí—repito—si me hubiese echado a morir o a desesperarme? Sin duda estaría hoy convertida en un mamarracho, en algo así como poltrona vieja o que sé yo... En cambio, con mi sistema, aquí tienes a tu amiga Adriana con sus modestos veintiocho años encima, fresca, gentil, liviana, envidiada por muchas mujeres y admirada por todos los hombres. ¿Qué tal?

—Admirable, en verdad.

—Aprovecha la experiencia.

—Pero...

—Déjate de tonterías. Tus confidencias no han sido una novedad para mí...

—¿Cómo...? Entonces...

—Yo, como muchos, sé que tu marido hace vida de Club y que, por lo menos, se porta muy rehacio para salir a paseo con su mujercita. Hoy no se te vé en las carreras, ni en el parque, ni en el teatro siquiera...

—¿Y...?

—Nada... Que mañana en la noche me acompañas al Parque...

—No seas loca.

—¿Irás?

—Pero, hija... ¿Qué vamos a hacer al Parque en la noche? Hernán no querrá acompañarme...

—Ni hace falta. Vamos a escuchar un poco de música, a ver gente, a respirar aire... Yo pasaría a buscarte en mi auto.

—¿Y Hernán?

—¿Que no se vá al Club todas las noches?

—Sí.

—¿Entonces?

—Pero, si llega a saberlo...

—Vamos, hija Qué miedo le tienes a tu marido. Ni que fuera un ogro. Supongo que no te mandará guillotinar porque vas al Parque.

—Nada me diría, tal vez, pero...

—Pero qué!

—No le agradaría...

—Ah...! Y a tí te agrada que él, noche a noche, se vaya al Club a divertirse con sus amigos y te deje aburriéndote en un rincón de la casa?

—Tienes razón. Voy contigo. Después de todo, nada tiene de extraño salir a respirar un poco de aire en estas noches de noviembre.

⚜ ⚜

No escasas vacilaciones conmovieron el corazón de Valentina durante la noche y el día que precedieron al paseo proyectado con Adriana.

Sin saber por qué, mientras se acercaba la hora, sentía que una inmensa tristeza invadía todo su sér y debilitaba sus nervios como en la flaxidez de una fatiga. Muchas veces, arrepentida de su compromiso, decidíase a no ceder, a mantenerse firme en el propósito de sufrir en silencio, sacrificándose por Hernán hasta que éste comprendiera cuánto lo quería.

Los consejos de Adriana, vueltos a meditar largamente, le parecían imposibles de aceptar. Su naturaleza sana se rebelaba con violencia ante la idea de exponerse al peligro y de consumar la más leve infidelidad de pensamiento. ¿Cómo resolverse a engañar a Hernán, a traicionarlo, dejándose galantear, buscando amigos con quien divertirse? ¡Imposible! Ella no podría vivir un minuto tranquila, sintiendo en su conciencia el peso de tamaña culpa. ¿Qué le diría enseguida, el canónigo Ahumada, su confesor e íntimo amigo de su familia, cuándo ella le contase semejante desacato?

Otros instantes su corazón sentíase movido por valerosos impulsos de rebelión. ¿Qué era la vida, al fin, para estarse dejando abatir por sufrimientos imposibles de remediar?

Al parecer, Adriana era muy feliz. Nunca la había oído quejarse de su suerte, y esto que, según parecía, no era tan adorada de su marido que éste no pudiese pasar hasta tres y cuatro meses sin verla.

Pero ¿en qué consistiría la felicidad? Indudablemente, la cuestión era tan ardua como relativa. La felicidad no es más que la persuación íntima de sentirse feliz. Casi podría decirse que la felicidad es el triunfo de la imaginación: una pura fantasía que nos emborracha de ensueño.

Y, por último, si todos los hombres eran lo mismo, como su amiga se lo decía con la profunda convicción de una prematura experiencia; si ninguno era capáz de guardar la fidelidad jurada en los altares; si el amor, ese apasionado amor, tantas veces repetido, sólo era, al fin, el grito vehemente del deseo que había de extinguirse, o, por lo menos, de languidecer, a medida que el tiempo, ese sañudo y torvo tiempo devastador, fuera tendiendo la red de sus días y de sus años; si el matrimonio idealmente soñado por su rosada imaginación juvenil, no era el capullo que reventaba en flor para repletar de aromas la existencia, sino el pétalo mustio de una bella rosa marchita al nacer; si todo lo que había visto, en fin, al través del velo azul de las primeras ilusiones, no era más que el sutil polvo de oro que la mariposa deja en la mano del niño afanoso que la persigue ¿qué quedaba que hacer, entonces, para ser feliz?

Adriana tenía razón: era necesario buscar medios de divertirse, de ahogar las penas, de no dejarse doblegar por los sufrimientos que traen vejeces prema-

turas: la palidez enfermisa del rostro y el hundimiento opaco de las pupilas.

¿Por qué Hernán, conociendo sin duda, la vida, y con experiencia suficiente, la dejaba en el desaliento de tamaña soledad, luchando sola con su lozana juventud, con sus celos, con las insinuaciones de sus amigas y el galanteo persistente de los amigos a quienes él conocía de sobra?

Con que el Club, los billares, la charla, eran los que tan poderosamente llenaban su pensamiento y su voluntad, arrastrándolo, noche a noche, fuera del hogar!

¡Dios mío! Si sería cierto que todos los hombres eran infieles...

⚜ ⚜

Al terminar la sobremesa de la comida durante la cual sólo se había conversado de unas cuantas trivialidades, Valentina, aguijoneada por sus inquietudes y ansiosa de conocer el efecto que produciría a su marido la noticia de que ella saldría a paseo, decidió provocarlo, preguntándole:

—¿Vas a salir?

—Ya lo sabes: un rato al Club...

—Yo pienso irme al Parque.

—¿Sí? Qué te vaya bien...

—Adriana me ha convidado para salir a tomar un poco de aire.

—Perfectamente.

—Y tú ¿no querrías acompañarnos?

—Nó.

—Claro! Prefieres irte solo. Jamás puedes sacrificar una noche para tu mujer.

—No me agradan esos paseos.

—Ahora nada te agrada... conmigo...

—Puedes pensar lo que te plazca...

—Que a tí nada te importa ¿no es cierto?

—Quizás...

—¿Hasta cuándo eres así, Hernán?

—¿Qué llamas *ser así?* Explícate.

—Bien lo comprendes tú...

—Te equivocas.

—Me haces sufrir demasiado... me desesperas, dice Valentina, sin lograr el dominio de sus nervios excitados por la indiferencia burlona de su marido que sonríe, despavezando su habano en el cenicero de bronce.

—Y en resúmen ¿qué es lo que quieres de mí? pregunta Hernán.

—Que vuelvas a ser el mismo de antes...

—¡Qué afán de molestarte y de molestarme! ¿Por qué no has de vivir tranquila? Por qué pasas creando motivos para apesadumbrar la existencia? No lo comprendo, Valentina. Ni veo para que te deshaces en quejas porque no deseo acompañarte al Parque, a aburrirme soberanamente y a escuchar los pelambres insulsos de tu amiga Adriana.

—¿No te agrada que salga con ella? Dímelo...

—Ni me desagrada tampoco. Sé que tú la quieres y...

—Y qué?

—Y sé que tu criterio es firme; que conoces muy bien tus deberes...

—Si te parece, no voy.

—Nó, hija. Anda no más. Diviértete.

—Tú lo deseas...

—Sin duda.

—Pero yo deseo ir contigo.

—No insistas. Te he dicho que no quiero ir a aburrirme...

—Sí. Ya lo sé. Todos los hombres son lo mismo; todos, concluyen por aburrirse... por engañarnos...

—¡Qué experiencia tan formidable! ¿En dónde te la has cogido, hija?

—Ahora empiezas a burlarte de mí. Veo la necesidad de convencerme de que sufrir así es una candidez... Desde hoy, no seré más tonta. Trataré de imitarte...

—Gracias...

—Tú quieres convencerme de que todas las noches las pasas en el Club.

—Yo no pretendo convencerte de nada.

—¡Qué sé yo donde irás a meterte! Pero bien comprendo que eso del Club no es mas que una pantalla que han inventado los hombres para colocar ante los ojos de sus mujeres... Ahí es donde organizan sus programas de diversión... Si ya no me engañas con tus juegos de carambolas...

—¡Qué divertido! exclama Hernán, riendo con una carcajada sonora. Veo que has recibido excelentes lecciones, porque estas no son cosas tuyas, indudablemente...

—Nadie tiene que enseñarme lo que estoy viendo día a día, responde Valentina, sin poder reprimir ya la vehemencia de sus nervios que la aguijonean. ¡Tú no

me quieres...! No me quieres...! agrega desolada.

Y tras unos cortos instantes de silencio en que sólo se oye, como un sollozo ahogado, la respiración angustiosa de Valentina, ávida de una caricia de su marido, Hernán se levanta contrariado, coge su sombrero y, sin despedirse siquiera, sale, meneando filosóficamente la cabeza.

⚜ ⚜

¡Qué nuevo desencanto! A Hernán no le inquietaba que ella se fuese a pasear donde quisiese y con quien se le antojase. La idea que tenía de Adriana no era muy halagadora; sin embargo no le inquietaba que saliera con ella, escudándose en que "conocía bien sus deberes".

¿Qué prueba más evidente de que el cariño de su marido se había extinguido? El no sentía celos: no los sentiría jamás. Y ¿cómo era posible concebir un amor sin celos? Sin duda que había otra mujer a quien él amaba, y allí se iría todas las noches a pasar alegremente las horas, prodigándole sus ternuras, mientras ella, en la soledad del hogar vacío, se consumía de pena, logrando rara vez detenerlo en casa para que la acompañara al teatro o a visitas. ¡Y para esto se había casado! ¿Si sería verdad lo que Adriana le decía, que todos los hombres eran lo mismo? ¡Qué horror! El matrimonio, entonces, no era más que una solemne mentira, una farsa, una iniquidad dolorosa... ¿Cómo su madre, que tanto la adoraba, no se lo había prevenido y, muy al contrario, la entregó gustosa al sacrificio?

Y, sin moverse de la mesa en donde Hernán la había dejado al salir, echada hacia atrás en la silla, con las manos enlazadas sobre la cabeza, Valentina permaneció largo rato en silencio, aún, dejando vagar su imaginación excitada, resucitando los recuerdos de sus felices días de noviazgo y de su "luna de miel", entornando los párpados para abstraerse mejor, para evocar detalles y sentirse refrigerada con los tibios besos de la ilusión.

Y del contraste de sus recuerdos, iluminados por su fantasía soñadora, con la realidad fría, imperiosa, incontrastable, surgía en su espíritu un nuevo estado de ánimo que bien podía considerarse como la primera crísis de su vida conyugal, pues su voluntad, vacilante hasta ahora, se erguía decisiva, impulsada fuertemente por la indignación que había provocado en su alma el comportamiento agrio de su marido, vigorizando sus resoluciones en que asomaba, también, el clamor del orgullo herido.

Su espirítu apacible, dulce, acariciador, tomaba insólitos bríos y quizás hasta donde podría llegar en esta justa rebelión en que el corazón movíase en lógica revancha, bajo el imperio efectivo de una ley natural y esencialmente humana.

Era necesario cambiar de sistema: guardar sus ternezas y sus mimos en el fondo del alma; mostrarse indiferente, fría, indolente, para que Hernán pudiese apreciar la diferencia y darse cuenta de su obra, ya que él era el único responsable si ella, vencida en la lucha, tomaba tan nuevas y extrañas orientaciones, pues él la abandonaba a sus propias fuerzas en medio del peligro, sin preocuparse jamás de ayudarla,

ni siquiera de desvanecer las sospechas que su actitud displicente y su alejamiento del hogar, habían engendrado en su alma.

Ya no volvería a quejarse más, ni nunca pediría a Hernán explicación alguna, ni se devanaría los sesos pensando en aquel ingrato que no sabía corresponder la inmensa ternura con que lo amaba, con que habría dado hasta su misma vida por él.

¿Hasta cuándo agotar su naturaleza, dejando que las angustias fuesen amortiguando su juventud, desgajando su belleza, para convertirla en un trasto viejo e inservible, como se lo pronosticaba su buena amiga Adriana?

Los años volaban, y Hernán no tardaría en advertir el desgaste de su cuerpo, estableciendo comparaciones con otras mujeres; y si ahora que conservaba toda su lozanía y su frescura no alcanzaba suficiente dominio sobre la voluntad de su marido ¿qué sería después?

Y en una extraña alucinación imaginativa, Valentina hacía transcurrir los años para verse envejecida ya, con el cútis amarillento y quebrajado, con las pupilas ahitas y empañadas por las sombras de amargas pesadumbres, y con todas sus esbeltas formas deshechas, inspirando, si no repulsión por lo menos esa compasión miserable y lastimosa que ha de ser infinitamente mas amarga para una mujer...

¡Qué desgracia era, después de dos años de matrimonio, no tener un hijo, un nudo que la atara a Hernán, o, aunque así no fuese, que sirviera de objetivo a su vida, que concentrase todos sus pensamientos, todos sus afectos, todas sus ternuras...

Ah!... Por ese hijo cándido y ardorosamente soñado, ella sacrificaría con gusto su vida entera. ¿Por qué Dios no se compadecía de su angustiosa soledad y le enviaba ese ansiado fruto de bendición?

¡Quien sabe!

¿Quién puede juzgar los altos designios de la Sabiduría Infinita?

Acaso el pobrecito iría a resultar un desgraciado...

Pero, nó; no había razón alguna para pensar así. Ella deseaba tener ese hijo que sería el retrato vivo de Hernán con sus grandes ojos voluptuosos y su ensortijado cabello castaño. Y con los párpados entornados, Valentina continuaba soñando: ya escuchaba los vaguidos del niño, ya se veía asomada a la cuna, espiándole sigilosamente el sueño, cogiéndolo en los brazos para oprimirlo contra su pecho... Y, dilatando la visión del porvenir, seguía forjándose quimeras, amables ilusiones...

Pero, qué tontería seguir discurriendo así, como una enferma en el delirio de la fiebre!

Todo eso era pura fantasía, buenos deseos: nada mas.

Acá estaba lo real, lo innegable, lo cruel: su soledad dentro del hogar, su aislamiento, el abandono en que su marido la dejaba, los muchos disgustos que agriaban su existencia, que le estaban enfermando el ánimo, que la consumían en una tenaz aspiración de algo imposible.

Su marido era ya para ella un sér extraño con quien no podía compartir la vida; y todo parecía inútil para resucitar los antiguos días de sus primeros

amores: aquellas íntimas caricias, aquellas enloquecedoras ternuras.

Hoy, como de costumbre, se acababa de marchar al Club...

¿Al Club?

Ojalá fuera allá. Pero no sabía por qué el corazón le avisaba que no era el Club el que tan poderosamente lo atraía.

Sin duda, en todo eso había un misterio, pero un misterio fácil de adivinar: alguna traición mezquina a la fidelidad conyugal.

—*That is the question...!* exclama, por fin, enderezándose en su asiento y rememorando sus incipientes nociones de gramática inglesa. Es necesario resolverse. ¡Adelante! Y, para afianzar su resolución, se echa al cuerpo un buen trago de excelente vino francés...

IV

Cuando Hernán Vidal, después de año y medio de noviazgo, se decidió a casarse, fué porque se sentía sinceramente enamorado.

La triunfadora belleza de Valentina le había hecho prisionera el alma, su alma sensible y buena, su maravillosa alma de artista, movida por ingénitas rarezas,—por esas tendencias dislocadas, tal vez,—que dominan en ciertos espíritus, pero que forman, sin duda, el distintivo de los que sobresalen del mezquino nivel de las vulgaridades bien organizadas.

Su actuación en la Cámara fué, en toda ocasión, sino fecunda, cuando menos lucida y oportuna, pues su palabra fácil y su dicción galana y rotunda, le conquistaron siempre muchos aplausos.

En todos los debates parlamentarios, el diputado Vidal tenía su participación propia, aunque más no fuese la de una oportuna interrupción para zaherir graciosamente al contendor de su causa, clavándole el dardo agudo de su ironía.

Su reputación de hombre de talento conquistada ya en buenas lides literarias y particularmente periodísticas, afianzóse, pues, con sus triunfos parlamentarios; y así el nombre de Hernán, a la época de su matrimonio, sonaba como una bella esperanza para

el país, abriéndole los retraídos círculos sociales que aún lo miraban de soslayo por su origen provinciano.

Y así su alianza matrimonial con Valentina, una preciosa heredera en la aurora de los veinte años, aunque llenó de asombro a muchas viejas apergaminadas, fué generalmente aplaudida.

⚜ ⚜

Los primeros meses de matrimonio, distribuídos entre el viaje de novios, que constituyó una gira por casi todos los balnearios de moda, y las preocupaciones de su instalación en Santiago, pasaron como un sueño mágico, en un idilio constante, como si el amor hubiese plantado su tienda para cobijarlos eternamente.

Por un capricho de Hernán, la casa no había sido arreglada antes del matrimonio, y, al regreso del viaje de bodas, la gentil pareja tuvo que ocupar un departamento en el hotel, para dedicarse, enseguida, a preparar el nido.

Las aficiones de Hernán, no de muy buen grado compartidas por Valentina en esta ocasión, lo decidieron a escoger un agradable "chalet" en la Avenida Pedro Valdivia, una de las más amplias y hermosas de Santiago, con sus pintorescas construccione rodeadas de jardines: dos hileras de "chalets" de variadísimos estilos arquitectónicos y donde se puede ver desde el legendario torreón muzárabe hasta la ligera y económica casucha escocesa.

La mansión escogida por Hernán, era una arro-

gante fortaleza de piedra, festoneada de enredaderas y que, exteriormente, presentaba el aspecto de un castillo medioeval, al pié de cuya ojiva, en las argentadas noches de luna, parecía vagar la sombra errabunda de un trovador galante con su lira a la espalda.

En pleno contraste con el aspecto exterior, las habitaciones de la casa eran de riguroso estilo moderno, y el rico mobiliario fué escogido a entero gusto y satisfación de Valentina, cuyas aficiones repletaron los salones, de extraños artefactos *art nouveau* y de graciosos muebles a lo Luis XV: todo escogido con afanosa premura, porque la vida de hotel los tenía ya suficientemente hastiados y necesitaban respirar tranquilos en el ambiente de su casa.

Pero, aunque la nueva mansión era confortable y lujosa, aunque allí nada faltaba para la mas absoluta comodidad, Valentina habría escogido, sin duda, otra situación para instalarse: cualquiera calle central con mas vida, con mas movimiento.

Aquella avenida tan ancha, con sus "chalets" deslindados por muros sombríos; aquella avenida solitaria en donde sólo, de hora en hora, resonaban monótamente las vetustas armazones del ferrocarril de sangre que la recorre en toda su extensión; aquella inmensa avenida, aislada del centro de la ciudad, la apenaba el alma, y sólo por no contradecir los entusiasmos de su marido, se resignaba a vivir allí. Pero ya adivinaba ella lo que iría a ser en el invierno ese castillo de piedra, irguiéndose inmóvil y solitario en la melancolía de los días grises y de las noches de lluvia.

⚜ ⚜

Instalados en su flamante mansión, Hernán y Valentina empezaron su vida de hogar, disfrutando de una apacibilidad maravillosa, a lo que contribuía el otoño que ya se avecinaba y que, anticipadamente, mandaba sus brisas tibias para desgajar las hojas amarillentas.

Los primeros días de quietud fueron deliciosos. No querían moverse a parte alguna, cansados de los vaivenes del tren y del bullicioso movimiento de los hoteles de que habían sido víctimas desde el mismo día de su matrimonio.

El "chalet" era espacioso y tenía jardines vastos y bien cuidados, con multitud de flores, especialmente de rosas y crisantemos. Había, también, allí un añoso parronal que ofrecía deliciosa sombra bajo el toldo de sus inmensas hojas verdes, tonificadas, en suavísima gama, con manchas de siena y de oro.

Valentina, paseándose con su marido por las plácidas avenidas del jardín, y respirando con ansias el aroma de los juncos y de las rosas, casi encontraba razón a Hernán en preferir el "chalet" a las estrechas casas centrales en donde el aire se vicia y los ruidos ensordecedores de la ciudad que se mueve en sus agitaciones diarias, cansan los oídos y fatigan el cerebro. Ahí, en su "chalet", estaban dentro de la misma ciudad, pero rodeados de las ilusiones campestres: dilatando la mirada en ámbitos mas amplios, dominando libremente los paisajes del horizonte; la magnífica cordillera con sus fantásticos torreones de nieve, derrumbándose en opulentos arabescos por la falda azuleja.

Así transcurrieron dos o tres meses, y el invier-

no monótono y triste se descargó con sus fríos y sus aguaceros; y los arrullos del amor empezaron a fatigar los labios de los recién casados que, sin confesarse el pecado, mútuamente se aburrían, sentados uno al frente del otro, horas largas, muy largas, conversando de insulsas trivialidades, o en paciente silencio para escuchar el ruido sordo de la lluvia que cuando arreciaba, al caer sobre los techos de zinc, sonaba como el galope de una cabalgata.

Entonces se recurrió a los paseos: visitas y teatros formaron la parte más interesante del programa de vida. Pero todo esto no remediaba el mal, y el cansancio se acentuaba, descomponiendo el humor para producir los primeros disgustos: querellas sin trascendencia alguna, motivadas por cualquiera nimiedad.

Valentina empezó a hacerse negligente, descuidando esos detalles, talvez banales, de la vida, sintetizados para la mujer en el afán de agradar y seducir; pero detalles que importan muchas veces, y para ciertos hombres, particularmente, la victoria o el fracaso decisivo de su estado conyugal.

La intimidad y la confianza que, al compartir el mismo hogar, se desarrollan y, naturalmente, crecen cada día entre el marido y la mujer, deberían tener su límite; pues esa confianza y esa intimidad llegan a un extremo perjudicial, concluyendo por desvanecer no sólo la recíproca ilusión, sino hasta el amor mismo que, si no muere de consunción, se convierte, cuando menos, en esa desastrosa *estimación* o *amistad cariñosa* que, si en algunos casos basta para mantener la unión, en muchas ocasiones sólo produce el

hastío y, como consecuencia lógica, las mas agrias desventuras conyugales.

La mujer casada se figura que, con la bendición sacramental, ha adquirido la posesión y dominio absolutos del marido que pasa a sus manos como un codiciado botín de guerra, de esa guerra sin cuartel que toda mujer emprende, instintivamente, en conquista del varón. Entra, por eso, al hogar con mas aficiones domésticas que preocupaciones ideales; y ya no se cuida de aparecer ante el marido con cualquier desaliño de "toilette", desaliño que jamás se hubiese perdonado en su calidad de novia; ya no se preocupa de esconder a su vista cuanto constituye la prosa burda de la vida; ya no alienta inútiles empeños en seducir al marido...

⚜ ⚜

El temperamento de Hernán no era para resignarse a esa buena vida doméstica que forma el ideal de los que llaman hombres equilibrados y el encanto de gran parte de las mujeres: vida en estrecha sujeción al deber en toda su imperiosa rigidez; vida normalmente distribuída en todos los quehaceres y atenciones de la casa; vida uniforme, constante, tranquila, sin que jamás asome el diablillo tentador, haciendo sus muecas malévolas.

Por mi parte, he pensado muchas veces si ese tipo de hombres será hecho *ad-hoc;* si habrá una pasta especial de la que se fabrican esos adorables caracteres y si no tendrán una señal externa para reconocerlos al nacer y consagrarlos irremisiblemente al hi-

meneo, como los sacerdotes egipcios consagraban al buey Apis cuando traía la mancha triangular sobre la frente.

Mi admiración se rinde ante esos seres dichosísimos que jamás han sentido el aguijón de ninguna rebelión contra el orden ni la ley. ¡Bienaventurados ellos y mil veces bendita y fecunda su excelente generación!

Pero Hernán—como ya se ha dicho—estaba muy lejos, para desventura suya y de su mujer, de poseer las buenas condiciones del marido modelo; y así su naturaleza no tardó en protestar contra la dulce estabilidad conyugal, y su alma empezó a asfixiarse en la atmósfera estrecha del hogar en donde su mujer se esperezaba soñolienta, con su primorosa cabeza vacía de toda idea, y un tanto desencantada, también, de lo que era el matrimonio.

Hernán hubiese querido hallar en su mujer un espíritu más vibrante, mas sensible, más en armonía con sus tendencias y con sus gustos: un criterio más amplio, un entendimiento más razonado.

Las creencias religiosas de Hernán eran cristianas y sinceramente respetuosas; pero lo exasperaba el fanatismo intransigente de su mujer que, siguiendo las tradiciones de sus padres, consumía largas horas en el ejercicio de prácticas rutinarias, sin noción ni conciencia alguna, en la más completa ignorancia dogmática: fanatismo vulgar que domina, con absoluta intemperancia, el criterio de muchas mujeres y que es una enfermedad religiosa de malsanas consecuencias; fanatismo que, con la fuerza imperiosa del hábito contraído, empuja al sagrado templo a to-

da esa falange de gentes de beatífico talante que llegan a postrarse en las gradas de los altares, para repasar las cuentas del rosario y repetir mecánicamente las oraciones, con la misma inconsciencia de cualquier aparato fonográfico, fanatismo que convierte la casa de Dios en teatro de sacrílegas representaciones en que actúan los fariseos, los mismos del templo de Jerusalén y los mismos mercaderes que fueron desde allí arrojados por las manos divinas del Redentor.

La mujer necesita ser eminentemente cristiana, ya que al cristianismo debe la mas alta conquista de sus derechos; pero la mujer necesita, también, saber en qué funda su creencia, por qué ejercita sus prácticas y no cerrar su entendimiento ante los poderosos argumentos de la razón: no encastillarse ciegamente en el baluarte de la intransigencia.

Es Dios mismo quien desea que nuestra adoración sea consciente, y San Agustín quien ha dicho bellamente que la "fé necésita ser un homenaje razonable".



Empezaron, pues, los disgustos por molestas discusiones de orden religioso, en las que Hernán exponía sus opiniones con entera franqueza, censurando los malos hábitos de la gente que se llamaba piadosa, censuras que levantaban las airadas protestas de Valentina para dar a su marido el escandaloso epíteto de ¡hereje!

Son muchas las gentes que identifican la doctri-

na con las personas y se imaginan que las creencias padecen imperdonable injuria cuando se condena al creyente que, desviándose de la buena senda, traiciona su propia fé.

Y en esta materia, Valentina no hacía consecciones: todo lo que Hernán hablaba era simplemente calumnia de los incrédulos que gustaban burlarse de la religión, y que élla no podía aceptar sin cometer gravísimo pecado mortal.

Hernán sufría, viendo a aquella hermosa mujer a quien de veras amaba, en tan plena ausencia de entendimiento; y adivinaba cuán imposible le sería vencer los prejuicios que la educación y el medio en que viviera, habían engendrado en ella.

Después de estas divergencias religiosas, se suscitaron otras de índole doméstica, pero que nunca asumieron caracteres violentos, resolviéndose casi siempre, en unas pocas lágrimas y algunos suspiros de orden exclusivamente nervioso.

Estos disgustos se originaban por divergencias de temperamento, pues, aunque en Valentina las lecturas románticas, habían formado cierta corteza de idealismo, éste no pasaba de meros sueños de fantasía que eternizaban el amor en forma de matrimonio, de esos buenos matrimonios que sólo se mantienen por razón de subsistencia... No había en su alma esa sensibilidad artística que sabe responder al movimiento de otra alma; que sabe identificarse con el mismo impulso; que hace entrar un sér en otro y vibrar dos corazones en una sola palpitación.

Hernán, dominado imperiosamente por sus aficiones, gustaba de impresiones extrañas y el prosais-

mo de la vida le exasperaba los nervios con vehemencia. No podía avenirse al buen aspecto doméstico que empezaba a tomar su mujer dentro de casa, descuidando su "toilette" aunque fuese en leves detalles, para dedicarse a los quehaceres cuotidianos.

Valentina no alcanzaba a comprender la influencia inmensa que esos imperceptibles detalles podían ejercer en el alma extremadamente sensible de su marido, ni podía entender que el color de un traje o la forma de un sombrero fuesen materia de honda desazón para Hernán que buscaba en todo el triunfo armonioso de la belleza.

Hernán quería que su mujer sintiese al unísono con él, que vibrase con los mismos entusiasmos; que buscase las mismas quimeras para soñar; que entendiese las cosas de la misma manera que él las entendía; que experimentase la fruición del artista que se embelesa en la lectura de un libro o en la contemplación de una obra; que predominase, en fin, en ella todo lo espiritual sobre lo rudamente material, con ese predominio que forma el delicioso privilegio de ciertas almas que en todo saben poner una nueva sensación, un encanto nuevo, como si desparramasen a su paso el fluído misterioso de la belleza, del ensueño y del amor.

Yo he conocido a alguno de esos adorables tipos de mujer, de esos que unidos a un hombre como Hernán, podrían haber realizado la sublime paradoja de la completa felicidad conyugal; pero a quienes, casi siempre, la suerte o el destino (désele cualquier nombre) ha arrojado en brazos de maridos que forman su más estupenda antítesis.

Transcurridos dos inviernos de permanencia en el "chalet", y apesar de las ventajas de disponer de carruaje a la puerta, Hernán y Valentina estuvieron de acuerdo en que no era posible continuar allí, pues, al fin y al cabo, la soledad y el silencio resultaban aburridores; y a la época en que estos sucesos se desarrollan, la joven pareja habita un elegante primer piso en la calle del Ejército.

Esta nueva ubicación, permitía ya a Hernán salir todas las noches, sin acobardarse por la distancia; y así fué como el Club empezó a atraerlo con sus sabrosas charlas en las que, junto al acalorado y vasto comentario político, suenan los divertidísimos pelambres sociales de los que no salen en muy buen pié ni la hidalguía de los caballeros, ni la honra de las damas.

Pero, si el Club halagaba un tanto las aficiones de Hernán; si allí pasaba muchas horas del día y de la noche, ya que su holgada situación económica le dejaba largo tiempo de descanso, después de ir a mover sus acciones en las ruedas de la Bolsa, no constituía, en realidad, el verdadero móvil que lo arrastraba noche a noche fuera del hogar. El Club era apenas un pasatiempo ligero, imprescindible, talvez, por fuerza del hábito.

Hacía ya algunos meses, poco tiempo después de completar el segundo año de matrimonio, que Hernán, fustigado por esa especie de cansancio moral que enjendra la desilusión de lo que se ha soñado; sintiendo el hastío de una vida sin sensaciones en que su mujer lo amaba con la intolerable precisión de un péndulo de cronómetro: siempre lo mismo, sin un

arranque impulsivo, sin una conmoción que la revelase como él la deseaba; hacía algunos meses que Hernán había vuelto a sus entrenimientos de soltero, eso sí que ahora sin la ostentación de aquella época en que a nadie tenía que ocultar fementidas infidelidades.

Su primera aventura de esposo fué un enredo con una airosa soprano del Municipal: mujer distinguidísima y de una belleza fresca y amable: artista que levantaba tempestades de aplausos, no tanto por la agradable tonificación de su voz, cuanto por la cálida interpretación que daba a sus personajes.

Hernán la visitaba diariamente en su confortable departamento del hotel Nápoles y allí muchas veces comían juntos o iban a cenar a la salida del teatro.

Aída Fernetti había encendido una intensa llamarada de pasión en el corazón de Hernán y, cosa rara en estas volubles mariposas del arte, élla misma se había dejado coger las alas en esa llama, enamorándose, también, con el entusiasmo ligero y vibrante de su alma italiana.

Era la Fernetti una mujer espiritualmente voluptuosa—si así puede decirse—; una mujer repleta de deliciosas sensibilidades y con una extraña clarovidencia de espíritu: todo un excelente temperamento de artista.

Tenía el adorable capricho de las flores, y sobre su mesa de noche, sobre el tocador, en todas las habitaciones y hasta esparcidas en los tapices, veíanse los botones de rosa, las violetas, las resedas...

Siempre dormían, también, algunos capullos sobre la comba de su seno o emergían como una pincelada de luz entre la nube tenebrosa de su opulenta

cabellera negra, negrísima, que daba realce de blancura a la aterciopelada cútis del rostro en que se transparentaba el azul pálido de las venas como imperceptibles rayas de lápiz en lámina de marfil.

En medio de su artística sencillez, la Fernetti era una mujer elegantísima, y había en todo su sér, en su conversación, en sus movimientos, en su dulce y apasionada manera de mirar, no sé que encanto inefable, no sé que maravillosa seducción.

Jamás contradecía a Hernán. Era risueñamente dócil a su voluntad, y esto que en el teatro tenía bien sentada reputación de ser una de las artistas mas caprichosas e inflexibles a quien el director de escena no podía hacer observaciones sin provocar una exaltación fatal para la empresa.

Hernán, dejándose arrullar por las manos sedosas de la Fernetti, con los párpados cerrados, volvía el pensamiento a su hogar para encontrar allí a su esposa siempre vulgar, siempre frívola, siempre contradiciéndolo, siempre quejumbrosa, inquiriendo razón de todo. ¡Qué deseos de hacerla igual en carácter, en temperamento, en ideas, a aquella mujer maravillosa que lo encadenaba con sus brazos!

Pero—fatal o felizmente—la temporada lírica tocaba a término, y Aída Fernetti debía partir a dar cumplimiento a una contrata en Viena.

La separación hubo, pues, de consumarse, no sin que la Fernetti derramase sus lágrimas y Hernán sintiese un intenso dolor en el alma, que, por largos días después de la partida, mantúvole en un pésimo estado de ánimo, tornando extrañamente melancó-

lico su carácter de suyo alegre, bromista y expansivo.

Tras de estas cortas relaciones con la Fernetti, y para ahogar las penas de la ausencia, vinieron algunos meses de vida agitada. Hernán trataba de aturdirse. Y en compañía de dos o tres amigos, corría noche a noche, en busca de distracciones banales y malsanas que sólo servían para aumentar su hastío y maltratar su salud.

Muy a tiempo llegó, pues, la amistad trabada en casa de un amigo, con la simpática Marta Morán de Perales, una de las mujeres mas inteligentes, graciosas y cautivadoras del alto mundo social.

Marta, casada desde hacía ocho años, con el reputado ingeniero don Horacio Perales, hombre maduro ya y consagrado de lleno a su labor profesional, conservaba, aún, su corazón virgen de toda pasión, ya que el excelente don Horacio, con las espaldas cargadas por el fardo de sus sesenta abriles y la cabeza repleta de fórmulas matemáticas, no podía constituir un ideal. Su matrimonio, como muchos, había sido de simple cálculo, instigado por la familia que a duras penas sostenía el tren de su representación social. Don Horacio era hombre de sólida fortuna, acrecentada, cada día, con el fruto de su incansable trabajo.

Antes de completar el primer año de matrimonio, Marta tuvo un hijo: una encantadora cabecita rubia, fresca y vibrante como una pincelada de Chaplin, y, a la sazón, Martita Perales acaba de cumplir sus siete años, formando el ídolo de su madre y las deliciosas chocheces de don Horacio.

Tenía Hernán Vidal la suerte de *caer en gracia* a las mujeres: sabía halagarlas y era perspicaz para insinuarse. No dejó, por esto, de comprender que en el ánimo de Marta no había hecho la vulgar impresión de un amigo cualquiera, de esos amigos adocenados que sólo se acogen con la afabilidad del hipócrita convencionalismo social.

Marta y Hernán se habían comprendido sin hablarse casi, con esos maravillosos presentimientos del corazón, que no es posible desconocer.

No era Marta una de esas mujeres vulgares que se dejan seducir por las frases acarameladas de cualquier conquistador de oficio; y la prueba evidente de su superioridad moral, aparecía innegable y clara en la buena reputación de que en sociedad gozaba, apesar de que sabíase cuanto era víctima de persistentes asechanzas, principalmente de los que en don Horacio Perales veían un factor muy fácil de eliminar.

Con excelente criterio, Marta había sabido mantenerse dentro de sus deberes, y hasta le repugnaban las pretenciones de aquellos insulsos galanteadores, zánganos de toda sociedad, que no tienen, generalmente, mas objetivo que el muy triste capricho de inflar su cándida vanidad con el blasón de una nueva *conquista*.

En el alma de Marta predominaba una exquisita tendencia artística: era una adorable sensitiva y una de esas buenas soñadoras de ideales, consumidas siempre por ansias inauditas.

Esos temperamentos de mujer, tardan para concebir una pasión; pero cuando encuentran un hombre que sabe hacer vibrar esas cuerdas íntimas de la

sensibilidad femenina, aman de veras y entregan todo su espíritu.

La tranquila vida de hogar—vida opulenta en que todas sus ambiciones materiales podían satisfacerse al mas leve signo de su voluntad, no era vida que dijese nada al sentimiento de una mujer como Marta, ya que al noble anciano que hacía de esposo sacramental y legítimo, sólo, podía ligarla una cariñosa estimación.

La analogía de carácter y de temperamento; la armonía de tendencias y de aficiones, estrecharon con asombrosa rapidez las almas de Marta y Hernán, firmemente unidas ya por el lazo amable de una profunda simpatía; y a la época que estos sucesos se desarrollan, Hernán, padeciendo la desilusión moral de su esposa, sentíase subyugado por aquella mujer que conocía el maravilloso secreto de seducir su voluntad hasta rendirla con dulce apasionamiento.

Todas las tardes, Marta acudía a un delicioso *rendez-vous* en la soledad misteriosa de una quinta del barrio de la Providencia—quinta deshabitada y sólo a cargo de apacibles cuidadores, rudos y buenos, que Hernán conquistó fácilmente a fuerza de bondad y de unos cuantos billetes deslizados a la hora de la despedida.

Allí iban Marta y Hernán, sin mas propósito ni fin que el de conversar libremente y conjugar a su antojo todas las inflexiones de ese monstruoso verbo *amar*, serpiente adorable y astuta, como la serpiente del Paraíso. Y allí, en los salones amplios de la casa, cuyos dueños, desde hacía mas de un año, paseaban por Europa, o bien en la arboleda frondo-

sa con sus opulentos escuadrones de manzanos y durazneros, pasaban dos o tres horas de vida intensa, de esa vida de amor espiritual, de comprensión mútua y, bien puede decirse, de absorción plena de un sér en otro: vida que no todos logran conocer y que hasta suele provocar graciosas muecas de excepticismo o de burlona sátira a quienes no pueden independizar el alma, de los sentidos: grandiosa independencia, privilegio de seres nobilísimos que alcanzan a concebir esos intensos amores del espíritu, cuyo admirable recuerdo basta a conquistar la inmortalidad, como la conquistara la pasión luminosa del Dante y de la visionaria dama de Portinari.

Nadie, como Marta, era capaz de sentir, capaz de amar, capaz de soñar mas dulces sueños; por esto, en Hernán, adoraba su portentosa sensibilidad, sus locuras y sus decepciones, porque él era un atormentado, y en el fondo de su corazón se concentraba el dejo amargo de un profundo desencanto, el desencanto de las ilusiones que había llevado al matrimonio.

Así, en este extraño idilio espiritual, transcurrieron algunos meses de encantadora quietud, de admirables embelesos y, sintiéndose cada día mas comprendidos, vivían en una maravillosa comunión de ideales, dando libre expansión al corazón.

Fué esta la época mas fecunda para Hernán, pues su amiga lo impulsaba a trabajar, confiada en que su talento había de hacerlo triunfar y lo obligaba a concurrir a la Cámara, señalándole ella misma las ocasiones en que debía aprovechar de su aplaudida facultad oratoria. Y fuera de esto, Marta fo-

mentaba su afición literaria, discurriendo de arte, comentando a los escritores y escuchando, con cariñosa atención, los trabajos que Hernán le leía. Y para todo esto, Marta pasaba largas noches en vela, leyendo la última novela, imponiéndose, por las revistas europeas, de la evolución literaria y artística del mundo; y todo para halagar las aficiones de Hernán, para colocarse al nivel de su cultura y tener el derecho de conquistarse un aplauso en compensación de cualquier opinión acertada.

¿Cómo no adorar a semejante mujer? Era indudable que esos dos seres se complementaban; pero era, también, indudable que esa fuerza fatal e inexorable que han dado en llamar el *destino,* separó en la vida a esos dos seres, para encadenarlos a la eterna roca de Prometeo; y, para sarcasmo cruel, entregó a Marta en el regazo de un buen anciano que sólo podía ser su paternal amigo, y dió a Hernán una hermosa dueña de casa, tan frívola como virtuosa, vencida por el amor y enagenada por los celos.

V

Los follajes opulentos con que el mes de noviembre festonea las amplias avenidas del Parque Cousiño, bañan las esmeraldas de sus hojas en un sereno resplandor de luna.

El automóvil de Adriana corre, a trompa tañida, en dirección al pintoresco hotelito que aparece como una mancha blanca sobre el fondo azul turquí de la noche, construcción demasiado ligera, tal vez; pero, en todo caso, superior a la ruinosa casucha rosada que, hasta hace poco tiempo, ostentaba ignominiosamente el nombre de "Restaurant del Parque".

El edificio actual es una especie de "chalet", de dos pisos, rodeado de galerías por donde trepan las simpáticas enredaderas de suspiros y madreselvas y en donde se encuentran diseminadas numerosas mesitas, muy concurridas en primavera, porque allí se puede comer, disfrutando de un espléndido concierto y aspirando el aire sano, purificado por los eucaliptus y perfumado por las flores.

En una de esas mesas, Pancho Moreno y Arturo Zamora—de quienes ya se ha hablado—entretienen los momentos de espera, tonificando el estómago

con repetidos tragos de excelente *chartreusse* para facilitar la digestión después de la suculenta comida que acaban de servirse.

Los trompetazos del automóvil se acercan rápidamente y el enorme vehículo de caja roja, se detiene frente al hotel, respirando fatigosamente el aire comprimido en sus fuelles, como una enorme bestia cansada.

Moreno se apresura a correr el resorte de la portezuela.

Adriana es la primera que desciende, apoyándose en la mano que Pancho le tiende galantemente; y, enseguida, baja Valentina para quien aquel encuen tro es casi una sorpresa, pues su buena amiga no se lo había notificado, temerosa de adelantar sus escrúpulos.

Valentina llega allí, dejándose llevar silenciosamente por la voluntad de Adriana, aturdida, aún, por la tormenta nerviosa del último disgusto con su marido: disgusto que había ocultado a su amiga por esas postreras rebeldías del amor propio herido, a fin de que no se creyese que su decisión era movida por el despecho.

En rededor de la misma mesa, toman asiento las damas para servirse algún refresco.

—Dos grosellas para las señoras... Y tú, Arturo, ¿qué te sirves? dice Moreno, mientras el mozo, de correcto *smocking*, espera militarmente colocado junto a la mesa.

—Será un jerez con sifón.

—Bien. Para mí... otra edición de lo mismo, es decir, otro jerez con sifón, repite Moreno, mirando

detenidamente al mozo que parece no haber entendido lo de otra edición, apesar de su respetable cara de filósofo racionalista.

—¡Qué calor! exclama Adriana, alzándose el velo que lleva atado al sombrero. Y tú ¿qué dices Valentina? Te gusta el panorama, interpela a su amiga, viendo que ésta apoya su cabeza en la mano izquierda, con elegante indolencia, y pierde distraídamente la mirada entre las siluetas obscuras que los árboles proyectan en las avenidas clareadas a trechos por el resplandor centelleante de los focos eléctricos.

—Me parece delicioso... ¡Qué tiempo hacía que no venía al Parque, de noche! Más de dos años, tal vez...

—¿Y cómo ha sido este milagro? dice Arturo.

—Ahí tiene usted a la santa que lo realiza, responde Valentina, señalando a su amiga que cuchichea maliciosamente con Pancho Moreno.

—Mi encantadora amiga Valentina hace hoy su *debut* en la vida social de la que se había proscrito desde el día feliz de su casamiento; pues ha visto que ningún perjuicio significa a la mujer casada el divertirse honestamente y buscar medios de aliviar un poco la pesada carga de la existencia... ¿No es verdad, hija, dice Adriana?

—Tú lo dices y... así ha de ser.

—Adriana, permítame que la felicite, prorrumpe Arturo en una irrupción de entusiasmo. Es Ud. una gran mujer. La conquista de Valentina será uno de sus triunfos más brillantes.

—Bebamos pronto, dice Moreno, levantando su diminuto vaso de cristal y poniéndolo contra la luz

para apreciar la cristalina coloración del jerez. Bebamos, repite, y, enseguida, daremos una vuelta por el jardín que ha de estar más fresco que este pabellón.

⚜ ⚜

La gente que en tranvías y carruajes concurre al Parque, después de la comida, empieza a retirarse temprano, y en los bancos perdidos en los nidos de sombra que forman los follajes, sólo quedan, a las once de la noche, escasas parejas rezagadas o solitarios soñadores que se embelesan con la monótona canción de las ranas que pueblan la laguna cubierta con la enorme lámina verde de sus lamas cenagosas.

En las caprichosas avenidas del jardín cuyo tapiz de musgo revienta en profusión de clavelinas multicolores y olorosas verbenas azules, apenas se divisa una que otra silueta humana, cuyas pisadas suenan sordamente en el terraplén áspero de las sendas.

En el silencio repercuten, también, las risas cristalinas de Adriana y el eco cálido de la conversación que mantienen Pancho y Arturo.

Valentina, nerviosamente sacudida con el brusco cambio de ambiente, sin acertar a darse cuenta cabal de si, al tomar esta resolución y seguir los consejos de Adriana, hacía bien o mal, paseaba allí, respirando el aire fresco, abstraída en ideas lejanas, evocando recuerdos de otro tiempo y escuchando sin oír el portentoso ritual amoroso de Arturo Zamora que, para el efecto, se sabía de memoria algunos decisivos trozos de literatura romántica, cargados de

adjetivos azucarados y de jemebundas deprecaciones.

Aquel paseo, primer paseo a que concurre sin su marido, le parece algo así como una traición jugada a sus deberes, y empieza a sentir invencible antipatía contra el depapanante galanteo de Arturo que, desde la comida del diputado Arratia, ha empezado a escuchar. Aquella flamante figura, con ribetes coquetones de galán joven de melodrama, con sus opulentos bigotes rubios que, según es fama, han perpetrado escandolas conquistas femeninas, marcando época en los anales galantes de la capital, no seduce a Valentina y casi le produce algún sentimiento repulsivo...

La reputación de Pancho Moreno, el "íntimo" de Adriana, corre parejas con la de su amigo; y la incidiosa pero suspicaz chismografía social, lo ha bautizado con el mote feroz de "terror de los maridos", título de que Moreno parece enorgullecerse, como de un blasón nobiliario. Es esta la triste vanagloria de algunos hombres que, con razón o sin ella, dan pábulo para que el nombre de las mujeres ruede entre sombras malévolas, y es esta la pobre satisfacción de los que se aprovechan de la debilidad de una mujer, y hasta del amor de élla, para echar al viento su donosa reputación de *conquistadores*...

Su amistad con Adriana de Peña, no es, por tanto, una novedad en los círculos sociales, ni menos en los aristocráticos salones del Club de la Unión, en donde circula sensacionalmente la crónica galante, comentada entre tonificantes sorbos de *whisky and soda* y espumantes copas de *champagne*.

—Me siento un poco fatigada. ¿Por qué no nos sentamos? dice Valentina. Llamemos a Adriana...

—¡Pancho! grita Arturo. Mi hermosa compañera quiere sentarse.

Pancho y Adriana, que llevan algunos metros de delantera, se detienen y esperan a sus amigos.

—Vaya, hija, qué cobarde eres para andar! dice Adriana.

—Así es, responde Valentina. Me canso de andar dos cuadras: siento ahogo: debo tener enfermo el corazón...

—No pienses tonterías, niña...

—Eso es de los nervios, dice Arturo.

—La falta de costumbre, también, agrega Pancho.

—Ahí tenemos asientos, dice Adriana, señalando dos bancos extratégicamente colocados bajo el toldo cariñoso de una encina secular.

Las parejas toman asiento cómodamente.

—¿Qué te parece, hija? interpela Adriana. Te ha gustado el paseo? ¿No encuentras delicioso, ideal, este jardín clareado por la luna?

—Es delicioso, en verdad.

—¿Y todavía no ha reñido Ud. a su acompañante? pregunta Moreno.

—No veo por qué había de reñirlo.

—Porque es muy aficionado a dar motivo...

—Mi amiga Valentina está muy triste. Ignoro lo que le pasa. Pero aseguro que ahora no tendría ánimo para enojarse conmigo, aunque le diese motivo; lo aseguro...

—¡Vaya, Valentina! Por qué te has puesto triste? No me intranquilices. Dime ¿qué tienes?

—No te inquietes, Adriana. Si mi tristeza no pasa de ser una broma de mi amigo Arturo... Estoy muy contenta. El paseo me ha agradado mucho.

——¿De veras? Me alegras en extremo.

—Y yo me alegro mucho mas de haberme equivocado, Valentina. Mientras paseábamos, hubo instantes que creí serle molesto, dice Arturo.

—¡Qué ocurrencia tan peregrina!

—Pero si llevaba Ud. tan marcado aire de disgusto.

—Ha de ser que Ud. me está encontrando cara de pocos amigos.

—Yo siempre le he encontrado cara de ángel, de querubín...

—¡Santo cielo! No vaya a seguir Ud. con todas las jerarquías angélicas.

—Bien ha comprendido siempre Ud. con cuanto entusiasmo y con cuanta sinceridad la admiro.

—Amigo mío, ¡qué declaraciones viene Ud. a hacerme!

—Aún podría hacerle otras...

—No embrome, Arturo.

—Adriana sabe que no mentiría.

—Pero yo sé mejor que Adriana que no puedo admitir declaraciones de esa naturaleza.

—Valentina, no sea intransigente.

—Acuérdese Ud. que soy una mujer casada.

—¿Y qué inconveniente es ese, Valentina, para que yo pueda sentir por Ud. la admiración que siento? ¿Cómo me lo ha de prohibir Ud.? Sí, amiga mía,

el matrimonio es una cosa; la admiración, el cariño, la pasión de un amigo, son otra cosa muy distinta. Y vencer los obstáculos, obtener la dicha a costa de cualquier sacrificio, de la vida misma, sería una inmensa gloria, si el premio hubiera de ser el amor de una mujer como Ud...

—¡Jesucristo! ¡Qué elocuencia!

—Ah! Bien quisiera tenerla...

—Y con qué objeto?

—Demás lo sabe Ud.

—No lo sospecho.

—Para poder decirla, sin que Ud. lo tomase a mal, que mi admiración por Ud. se ha convertido en una pasión inmensa, pasión que, desde hace largo tiempo, llevo silenciosamente escondida en el fondo de mi alma; pasión de que, tal vez, habrá hablado a Ud. nuestra buena amiga Adriana; pasión que me hace temblar cuando la veo y que concluirá seguramente por enloquecerme si Ud. no se apiada de mí...

—¿Sabe que me está pesando no haber traído abrigo? ¡Qué cambios atmosféricos tan bruscos!

—¡Y qué deliciosa manera de esquivar el cuerpo!

—¡Qué divertido!

—Así lo encuentra Ud.; pero a mí me parece una crueldad...

—¿Se ha fijado Ud. en una cosa?

—¿En qué? dice Arturo con ansiedad.

—En que la luna está demasiado roja...

—¡Ah!

—Y en que tiene una aureola inmensa... ¡Qué encantadoras son las noches de luna! ¿No es cierto?

Y desentendiéndose de las miradas glotonas con

que Arturo la interroga, Valentina permanece largo rato con la vista fija en el disco rojizo de la luna que, en verdad, aparece circundado de una ancha faja de luz difusa.

—"Círculo en el sol, agua y temblor; círculo en la luna, novedad ninguna", he oído siempre. ¿Qué opina Ud.?

—Opino que eso no es efectivo...

—¿Por qué?

—Porque esta noche, el círculo en la luna ha traído novedad...

—¿Cuál?

—La noticia de que Ud. no tiene corazón...

—¡Qué divertido!

—Y que es muy cruel...

—¿Cruel?

—Sí, Valentina... Y una mujer tan cristiana como Ud. debería tener más caridad con el prójimo. Su intransigencia, me hará eternamente infeliz... ¡No sé en qué abismo va Ud. a precipitarme, Valentina!

—Cálmese, Arturo. ¡Parece que Ud. está muy acostumbrado a recitar la misma oración!

—Se equivoca, Valentina. Jamás he dicho a nadie lo que acabo de confesar a Ud.

—¡Qué formalidad, Dios mío!

—Palabra de honor.

—Vamos! Eso ya es mucho...

—Se lo juro, Valentina.

—No tiene para qué...

—Para persuadirla de que soy sincero, de que le he dicho la verdad...

—Se lo creo...

—¿De veras?

—¿Cómo no creérselo? Já! já! já!

—Veo que Ud. está dispuesta a burlarse de mí...

—Ni en sueños.

—Ud. no quiere tomar las cosas en serio.

—¿Por qué piensa Ud. eso?

—Porque no hace sino reír.

—Ah! Entonces me pondré seria.

—Valentina ¿hasta cuándo es Ud. así? ¡Yo que la creía tan sentimental!

—¡Qué curioso! ¿Y por qué se había formado Ud. tan excelente concepto de mi humilde persona? Acaso es la primera vez que Ud. me ve alegre, qué me ve reír.

—Nó; indudablemente que nó; pero...

—Veo que no es muy completa la idea que Ud. tiene de la seriedad. Yo me creo una mujer absolutamente seria y no veo la razón para que Ud. no piense lo mismo.

—Jamás lo he dudado.... Pero ¿a qué ha dado esa interpretación a mis palabras? Es imposible pensar que en este instante sea Ud. sincera: Ud. continúa divirtiéndose conmigo; está Ud. abusando de su talento, Valentina.

—Cada cual abusa de lo que puede... ¿No es cierto? Algunos, de la ausencia de los amigos... otros, de la confianza que se les dá...

—Creo que eso no será una indirecta.

—Absolutamente. ¿Y por qué podría Ud. darse por aludido?

Arturo Zamora—el conquistador irresistible—

por vez primera, en su larga carrera galante, vé que las agudas flechas de su aljaba de Tenorio, no dan en el blanco, o se embotan estérilmente en una fortaleza más inexpugnable de lo que él había soñado. Opta, pues, por callar y concretarse a mirar tristonamente a Valentina, con esa melancolía que él sabe poner en sus ojos gachones para enternecer a las mujeres: último recurso de su trasnochada táctica amorosa.

Y en completo silencio, transcurren algunos minutos en que Valentina, concentrando sus ideas, vuelve el pensamiento a su marido, al ingrato que así la deja exponerse al peligro, que la abandona en el hogar desierto, para irse él a disfrutar de los entretenimientos del Club, y, sin duda, a consumar sus infidelidades con alguna de esas escandalosas pecadoras de oficio que explotan con sus artes diabólicas, los desequilibrios de los hombres que no saben dominar sus instintos. Así se lo había dicho, pocos días después de casados, el mismo Hernán, informándola indiscretamente sobre la vida masculina; pero, a la vez, condenando con ardor semejantes prácticas, tolerables sólo durante la soltería en que es necesario correr mucho mundo; pero inexcusables en el matrimonio por amor. Aún ignoraba Valentina la íntima amistad que unía a Hernán y Marta a quien ella no conocía sino de nombre y de vista, admirando, más de una vez, su hermosura, su simpatía y su sencilla elegancia.

Pero el silencio se prolonga demasiado, pues Valentina no parece dispuesta a perturbarlo, y Arturo se decide, sacando fuerzas de su decepción:

—En buenas cuentas, amiga mía, el paseo de esta noche ha sido para Ud. un sacrificio.

—Muy al contrario. Me ha parecido espléndido. Estoy encantada del aspecto que presenta el Parque en la noche y no sé como a los santiaguinos no se les ocurre cambiar la hora del paseo de carruajes, transladándole a la noche y organizando el verdadero paseo en el jardín. Ese silencioso desfile de coches, a la hora del crepúsculo, me hace el efecto de un cortejo fúnebre, aunque protesten los trajes luminosos de las damas...

—Tiene Ud. mucha razón. De manera que no será esta la única vez que nos encontremos aquí?

—Creo que nó. A lo menos mi intención es acompañar a Adriana cada vez que me sea posible.

—Cuánto me alegro!

Otro instante de silencio, solo interrumpido por el *kuá kuá* de las ranas y el imperceptible murmullo de los follajes.

—Mire Ud. cómo se arrulla esa pareja, exclama Valentina, levantándose y señalando a Adriana y a Pancho Moreno que, probablemente abstraídos en sutiles consideraciones psicológicas, permanecen silenciosos, estrechándose en sus asientos, según lo denota el rumor indiscreto con que se cosquillean los trajes.

—Delicioso ¿no es cierto? dice Arturo, alentando nuevamente la confianza con Valentina. Eso es para dar envidia. Es una pareja que se adora desde hace tiempo.

—De veras: eso dá envidia.

—Al fin estamos de acuerdo.

—¿Y cuándo no lo hemos estado?

—Tiene razón: siempre! ¿Quiére que demos un paseo?

—Estoy sintiendo frío, y creo que ya es buena hora para marcharse.

—Todavía falta un cuarto para las doce.

—¡Dios mío!

—Es demasiado temprano para alarmarse. Hernán no debe regresar del Club todavía...

—Quien sabe. Pero, de todas maneras, yo necesito estar en casa. ¡Aló! grita para que Adriana escuche.

—¿Qué hay, hija? responde ésta, como esperezándose. ¿Qué dices? ¿Cómo lo has pasado?

—Admirablemente. ¿Y tú? Aunque eso no hay para qué preguntarlo. Tú tienes la suerte de pasarlo bien en todas partes y en todo instante.

—Cuestión de carácter. Me he convencido de que en la vida no vale la pena de entristecerse por nada, Es tan corta, hija. Es necesario aprovechar el tiempo.

Pancho Moreno se levanta para buscar su sombrero que ha caído detrás del banco, seguramente arrastrado por el viento, y Adriana se inclina a coger sus guantes que también han rodado al suelo, mientras Valentina ríe con maliciosa coquetería, moviendo las ramas del árbol que les sirve de toldo.

—¡Qué risueña estás! le dice Adriana abrazándola.

Y ambas continúan conversando al oído, mientras Arturo coge de un brazo a su amigo Moreno y se adelantan unos cuantos pasos en dirección al ho-

tel en donde el *chauffer* los espera, haciendo résoplar sordamente los fuelles del automóvil.

⚜ ⚜

Cuando Valentina llega a su casa, acaban de dar las doce: élla vive en la calle del Ejército; está a un paso del Parque.

Con inquietud desciende del auto, después de dar un efusivo abrazo a Adriana y de despedirse de sus amigos, y oprime el timbre eléctrico de la puerta que no tarda en abrirse.

—¿No ha llegado Hernán? pregunta sobresaltada a la sirviente.

—Nó, señorita.

Empezamos con suerte, pues, hija, le grita Adriana. Buenas noches. Métete luego a la cama.

—Enseguida, responde Valentina. Y a ustedes que les vaya bien....

—Buenas noches! dicen todos, despidiéndose, mientras el auto se aleja rápidamente hacia la Alameda.

⚜ ⚜

Con presteza, Valentina cambia su traje de calle por una holgada bata de casa, y, después de poner sus cosas en orden, coge cualquier libro y se sienta en el cómodo diván de su dormitorio. Por supuesto que el libro no lo ha tomado para leer, sino para tener un pretexto entre las manos...

Y allí las ideas empiezan a danzar en su cabeza; y se siente como aturdida, como si despertase de un sueño pesado: le suenan, aún, en los oídos los trom-

petazos bulliciosos del automóvil, las carcajadas cristalinas de su amiga y las peroraciones galantes de Arturo; y todo esto la sobresalta, como si hubiese cometido un delito de lesa fidelidad conyugal y esperase la voz airada del marido para exigirle cuenta imperiosa de lo que hacía.

Así, indolentemente tendida sobre el diván, con los ojos semi-entornados y el libro en la mano, transcurre más de una hora, pues siente sonar la campanada que corresponde a la una y media en el reloj de San Ignacio.

Valentina se endereza, confronta la hora en el diminuto reloj de su pulsera, y, lanzando el libro sobre una mesita de centro, exclama decepcionada:

—Tiene muchísima razón esa loca de Adriana: yo no soy mas que una pobre tonta, una infeliz...

Ya es la una y media de la mañana y, como de costumbre, Hernán no llega. ¡Y qué sé yo donde estará! También debe ser cierto lo que Adriana me cuenta: que desde el Club salen a paseo todas las noches; que van a ciertos hoteles en donde encuentran toda clase de mujeres y ahí tienen sus diversiones escandalosas y que los mas serios o se enredan con una bailarina o mantienen cualquiera "querida" que, generalmente, se burla del que la paga y se divierte con los que no logra explotar.

¡Y yo aquí, muerta de escrúpulos, porque he tenido la audacia de salir unas cuantas horas! ¿He hecho algo malo? Nada. Otra, en mi lugar, habría aceptado los galanteos de Arturo; le habría puesto oído, aunque solo fuese para entretenerse y satisfacer ese deseo que todas las mujeres tienen de sentirse admi-

radas y deseadas. Sin embargo, yo creo que me he portado hasta impertinente con ese pobre muchacho que, bien mirado, no es tan antipático como parece a primera vista: tiene bonitos ojos y un excelente bigote... Sí, señor, para otra ocasión prometo no ser tan arisca...

¿Vendrá mañana Adriana? Me olvidé preguntarle; pero es seguro que viene: ha de tener curiosidad de conocer mis *impresiones* y lo que aquí haya resultado. ¡Y qué vá a resultar aquí! Ya lo sé de antemano: que Hernán llegará en algunos momentos mas, cuando ya me haya metido a la cama, pasará a su escritorio, borroneará, seguramente, algunas carillas y, enseguida, vendrá a acostarse también.

Si me cree despierta, me dirá secamente:—Buenas noches; y si me cree dormida, cuidará de guardar todo el silencio posible, porque en esto no me puedo quejar: mi señor marido es la prudencia en persona.

Por lo demás, estoy segura que ni se acordará que yo iba a ir al Parque, o, si se acuerda, no tocará el punto, no me pedirá noticias de nada, ni siquiera me preguntará si me ha ido bien o mal.

Ya veremos, pues; y si así lo hace, le diré mañana a Adriana que estoy resuelta a salir todas las noches, a acompañarla donde quiera, a buscar algún medio de sacudir mi pobre espíritu y mejorar mis nervios...

VI

Adriana de Peña—como ya se ha dicho—pertenecía al valiente círculo de señoras que se ha dado en llamar *cachetonas,* y que, sirviendo de piedra de escándalo en nuestro timorato mundo social, ha marcado época y ejercido evidente influencia en el ambiente moral.

La incipiente sociedad santiaguina es, como toda sociedad nueva, víctima de su inexperiencia, víctima candorosa si se quiere, pues una de las causas de su aparente desequilibrio, es, sin duda, la *ingenuidad* con que ha tomado ejemplo de la vida europea, sobre todo de la vida parisiense.

Es sabido que los americanos del sur llegan al viejo mundo, ávidos de sensaciones nuevas, deseosos de inculcarse las ideas y costumbres europeas, y sabido es, también, que, salvo rarísimas excepciones, los americanos no alcanzan a conocer de las grandes capitales europeas, sino la suntuosidad de sus palacios. la riqueza de sus museos y el tren fabuloso de sus rastacueros y de sus *demimondaines.* Cuando mucho llegan a honrarse con la amistad de algún marqués tronado que aún cree en los lavaderos de oro

de la América, o con algún conde calavera que dá con su escudo en las narices: condes y marqueses que saben explotar la vanidad de muchas gentes, otorgándoles el prestigio de su amistad blasonada, para obtener que abran su cartera con generosidad...

Es por esto que, al regresar al terruño esos buenos y casi siempre acaudalados compatriotas, nos traen hasta una manera de andar novísima, y es por esto que muchas opulentas damas, seducidas por el brillo de las joyas y de los trajes, llegan aquí a lucir provocativas *toilettes* que no han logrado copiar de los discretos figurines de la buena aristocracia, sino de los flamantes arreos de las cocotas que, con aire de grandes damas, cruzan los *boulevares* y repletan los casinos. Y aún hay gentes que sólo con un par de meses de estadía en Londres o en París, regresan desconociendo las calles de su ciudad natal... *snobismo* delicioso que merece todos los honores de la caricatura.



En Santiago existen las *cachetonas* y acaso, en mayor número del que piensan algunos sabrosos optimistas que no titubearán en salir a batirse por los fueros del honor herido... aunque ellos mismos sean los primeros que registren en el inmaculado infolio de sus memorias íntimas, el testimonio de algunos hechos sugestivos...

Han sido gentes de alto copete quienes empezaron por dar el ejemplo y la semilla desparramada fructificó en las diferentes clases sociales, sin que

falten hoy modestas burguesas que se consideren muy honradas con el donoso título de cachetonas.

Sin duda que el núcleo principal de la sociedad santiaguina—formado por respetables matronas y virtuosas damas, no comparte semejantes tendencias; pero es curioso observar, dada la severidad religiosa de que aquí se hace alarde, como se tolera que esos elementos se desarrollen y fructifiquen dentro de la misma sociedad, mientras el rumor público (llámese maledicencia, si se quiere) señala nombres conocidos y comenta hechos concretos.

La *cachetona,* en cualquiera de sus grados, porque las hay desde la coqueta inofensiva que sólo se dedica al *flirt* más o menos avanzado, hasta la que hace toda clase de concesiones, no deja de ejercitar ciertas prácticas que, como la concurrencia a misa los días festivos, constituye un precepto ineludible impuesto por el quinto mandamiento de la Santa Madre Iglesia; y así la misa de doce lleva los domingos a la Catedral un concurso selecto de gente distinguida, y, sobre todo, la nave lateral en donde se oficia el santo Sacrificio, aparece siempre repleta de familias opulentas que han dejado su americano a la puerta, de altivas *cachetonas,* de uno que otro alto personaje político que suele ser liberal (los conservadores oyen misa más temprano), de jóvenes elegantes que, cuando menos, van allí a comentar algún programa hípico, y de mundanas de alto rango.

Es una excelente devoción la de buena parte de esos fieles que concurren para hacer *acto de presencia,* y cuyos pensamientos vagan en preocupaciones tan diversas del acto místico, que, no es difícil ob-

servar parejas que *flirtean* en el recodo de una columna, señoras que conversan del mal estado de la salud o que, a cada instante, tornan la cabeza para reconocer a los que entran, y boquiabiertos que contemplan ensimismados las decoraciones de las bóvedas o el gesto apocalíptico de los apóstoles de bronce colocados en robustas y encumbradas peañas, o el multicolor luminoso de los elegantes *vitreaux* en que las principales figuras del martirologio muestran sus emblemas simbólicos.

La Catedral reconstruída, ha ganado, probablemente, en belleza interna, apesar de la escasa gallardía de sus columnas y de su recargada ornamentación; pero, sin duda, la Catedral ha perdido mucho de su belleza externa y de su inapreciable valor histórico y artístico, falsificando el glorioso pergamino de sus legendarios muros de piedra, con una detestable máscara de estuco moderno.

⚜ ⚜

La reputación de Adriana rodaba ya por todas partes, admirándose algunos de la impasibilidad bovina del marido y alabando otros la valentía con que la esposa despreciaba todos los rumores malignos entre los cuales no escaseaban fábulas galantes de la peor especie, hilvanadas en la cantina del Club o del casino por esos brillantes conquistadores que realizan de memoria las más heróicas hazañas y que inflan su vanidad y aseguran su prestigio a costa de la honra de las mujeres.

Cuando se vió, pues, que Valentina concurría a

todas partes acompañada de la señora de Peña, los comentarios no se hicieron esperar y los más avanzados la consideraron ya como una iniciada...

⚜ ⚜

Después del paseo nocturno al Parque, sin consecuencias para Valentina, pues su marido no le inquirió noticia alguna, apesar de las *indirectas* con que élla había querido provocarlo, Adriana—conocedora de estos detalles—no trepidó ya en adelantar sus proposiciones, y, tras los paseos vespertinos a las emboscadas sinuosidades del Parque Forestal, se sucedieron los champañazos ofrecidos por el joven Moreno y por Arturo Zamora, en la Villa "Versalles", hotelito mediocre, pero discretamente instalado en la Avenida del Seminario, en plena campiña, y con varios cenadores de enredaderas y banquetas rústicas.

La "Villa Versalles"—que hoy ha liquidado sus existencias—era uno de los *rendez-vous* más frecuentados, y allí no podía entrar nadie sin que acreditase su personería o fuese presentado al excelente empresario: un gabacho amabilísimo que aseguraba la más absoluta reserva a su distinguida clientela. Sobre esto, ese empresario tenía la ventaja de mantener su establecimiento en conexión con una casa privada que suministraba datos valiosísimos y que, en cualquier instante, ajustando un precio conveniente, podía enviar elementos de primer orden: casa regentada por una astuta veterana muy pagada de su comentado parentezco con cierto personaje histórico de rotundo apellido: veterana muy conocida con el

simple nombre de la Javierita y cuya predilección por toda clase de aves y de pájaros, decidía contínuos obsequios de sus más antiguos clientes; y así era famosa la colección de pavos, loros y canarios, que la Javierita, bautizaba con el nombre de los obsequiantes, casi siempre, personajes de conocida actuación social o política.

En la "Villa Versalles", Valentina empezó a sacudir sus escrúpulos, habituándose lentamente al medio a que su amiga la conducía, y escuchando el crudo comentario que sus amigos hacían de los sucesos galantes en que parecían enredados muchos nombres de personas de cuya virtud élla jamás se hubiese atrevido a dudar.

Pero, si el carácter de Valentina se modificaba, ampliando su criterio para considerar la vida, su honra permanecía, aún, incólume, no bastando a vencerla ni el ejemplo palpable de su amiga, ni la tenaz persecución de Arturo Zamora que encontraba siempre un baluarte inexpugnable en la severa conciencia de Valentina que tan altísima noción tenía de la fidelidad conyugal.

Los cenadores de la "Villa Versalles" eran de dos pisos, y, después de agotar la primera botella de champaña, Adriana insinuaba a su amiga que era delicioso contemplar, desde el segundo piso, el panorama espléndido del campo que se extendía al oriente, circundado por la mole opulenta de la cordillera; y Valentina, como cediendo a una sugestión, tal era el dominio que su amiga había obtenido sobre élla, trepaba la escalerilla, acompañada de Arturo, para apoyarse en la tosca baranda del kiosko y dilatar una mirada va-

ga e inconsciente por la amplia extensión del valle a cuyo extremo se yerguen las siluetas gentiles de los álamos, señalando el camino a los baños de Apoquindo. Tardíamente, perdiéndose el eco en los ámbitos, llegaba el relincho vibrante de un caballo o el mugido angustioso de las vacas que se divisaban en los potreros.

En vano Arturo reforzaba, en estas ocasiones, los más sutiles esfuerzos de su táctica galante, y, apoyándose en la misma baranda, deslizaba al oído de Valentina las frases estereotipadas de su eterna declaración, hinchada de promesas y de juramentos: en vano se aproximaba hasta rozar con su cuerpo las formas voluptuosas y esbeltas de Valentina, que le enardecían la sangre, acelerando las palpitaciones del corazón.

Sólo una vez, Arturo consiguió cogerle una mano que, distraídamente, había abandonado sobre la baranda, mientras en la otra apoyaba su cabeza pensativa. Pero, cuando Zamora quiso oprimirla para besarla apasionadamente sobre la nuca, en el nacimiento del cuello blanco y sedoso, Valentina tuvo un gesto de tanta altivez que el galán llegó a desconcertarse y hubo un largo rato de molesto silencio en que se percibían claramente los rumores del piso bajo en donde Adriana y su amigo Moreno no desperdiciaban el tiempo, manteniendo, según parecía, una charla animadísima, cuya mímica entusiasta les fatigaría, tal vez, los nervios, pues a instantes oíase el sonido seco de una respiración cansada que semejaba el ronquido empalagoso de los gatos que morronguean sobre las faldas.

Cuando, después de estos paseos, Valentina tornaba a su casa y se encontraba sola, metida en su dormitorio, esperando que llegase Hernán o le enviase un mensaje para avisar que no iba a comer, era cuando se entregaba a sus meditaciones.

Tendida en la *chaise-long,* o meciéndose en una butaca de balanza, en la habitación apenas iluminada por los últimos fulgores de la tarde, Valentina evocaba todos los detalles de aquellas giras clandestinas a donde no iba sino impulsada por el despecho, como una venganza jugada contra su marido que la abandonaba y con quien las relaciones conyugales iban, cada día, tomando mayor rigidez. Y allí tenía élla sus desahogos, dando expansión a sus suspiros y vena abierta a sus lágrimas que se apresuraba a esconder de Hernán, pues estaba dispuesta a no darle ya a entender los sufrimientos que agotaban su sér, creyendo vencerlo a fuerza de indiferencia, a fin de estimular su amor propio.

Tal vez hubiese querido que llegasen a oídos de su marido los entretenimientos que se había visto obligada a buscar para no desesperarse en la soledad del hogar siempre vacío y silencioso; pero, al mismo tiempo, la alarmaba grandemente la idea de que tales noticias pudiesen irritar a Hernán y producir un arranque violento de su orgullo.

En tales vacilaciones consumíase Valentina, perdida en un mar de ideas tenebrosas, y en su imaginación asomaba, a cada instante, la imagen de Arturo Zamora, siempre solícito y galante, abrumándola con sus adjetivos acaramelados y sus infinitas protestas de amor; y venía a su memoria la escena del be-

so fustrado, cuando Arturo había tenido la audacia de tomarle una mano y oprimirla contra su pecho.

¿Si sería cierto que Arturo la amaba con esa locura de que hacía tan apasionado alarde? Ya casi le daba lástima verlo cómo imploraba a veces, tan humildemente. Pero ¿qué afán malévolo podía inducirlo en semejante pretensión, cuando él también era casado y su mujer tenía fama de bonita y de espiritual? Así se lo había repetido élla muchas veces, estrellándose siempre con la misma respuesta de Arturo.

—El corazón no se manda, Valentina.

Y era esto una gran verdad, sin duda, porque élla, apesar de todos sus excelentes propósitos, no había conseguido encadenar al monstruo, ni dejar de querer al ingrato de su marido con toda la ternura de su alma.

⚜ ⚜

Sólo de una manera, Valentina se decidiría a vengarse seriamente de Hernán: si llegase a comprobar algún hecho concreto que le debelase cualquiera infidelidad; si llegase a lograr testimonio efectivo de *algo,* de un detalle siquiera que le permitiese cerciorarse de la traición...

Pero ¿cómo llegar a esa certeza, en dónde buscar ese testimonio?

Valentina estaba decidida a tentar todos los medios posibles para buscar manera de justificar su conducta, pues en la conciencia, tímida aún, se levantaban escrúpulos que la molestaban de contínuo; y todavía, si élla llegase a delinquir, su falta tendría,

entonces, una excusa, ya que Hernán sería el único responsable. Cuando la voluntad se siente tentada, el corazón busca modo de convertirse en víctima.

Pero, Valentina necesitaba, antes que todo, perder un poco de cariño a su marido—y, por un extraño fenómeno psicológico, esto no es tan fácil a una mujer sinceramente enamorada de un hombre a quien supone que la engaña: el corazón se encapricha con una tenacidad que crece a cada decepción; y a una mujer de pasiones intensas, le es menos difícil jugar una traición al esposo bonachón y afable, que al marido esquivo que le despierta los celos.

Mas, apesar de todo, Valentina iba a empedernir su corazón, a jugar con los hombres, a reírse de ellos, a engañarlos, también, porque ya veía que todos eran lo mismo: falaces y embusteros, traidores a los mas sagrados juramentos.

Era necesario sorprender a Hernán, y Valentina, obsesionada por esta idea pertinaz que, cada día le golpeaba más intensamente el cerebro, vivía maltratada por una duda atroz que no le daba ya punto de reposo y que comenzó a minar lentamente su salud, produciéndole insomnios fatigosos y, en los escasos ratos de sueño, pesadillas crueles que la hacían despertar sobresaltada, ahogándose, para estallar, en seguida, en lágrimas.

En una ocasión había soñado que Arturo Zamora, enloquecido por los celos, le clavaba un puñal inmenso y reluciente en la mitad del corazón que se abría, desparramándose en un raudal inagotable de sangre roja y caliente que inundaba el cuarto del ho-

tel en donde élla le había dado una cita, vencida por sus ruegos.

Y tan agudo había sido el grito al sentir el hielo de la hoja acerada del puñal sobre su carne tibia, que Hernán despertó inquieto, llamándola con insistencia:

—Valentina... Valentina... dí ¿qué tienes, hija? Valentina... Valentina...

Pero élla, dominando su excitación por un momento, había podido responderle con voz entrecortada:

—Nada... nada... no... te preocupes... de mí...

⚜ ⚜

El afán de buscar la prueba de la traición del marido, llevó a Valentina, después de agotar su inventiva y sus recursos personales, a confiar sus propósitos a Adriana, llegando a declararle en una ocasión que ésta abogaba calurosamente por las pretenciones de Arturo Zamora:

—Sí, Adriana, eso será el día que vea por mis ojos lo que se dice de Hernán, el día que adquiera el convencimiento de sus infidelidades...

Y, enseguida, había roto a llorar en un espasmo nervioso que hubo necesidad de combatir a fuerza de éter y de compresas de agua de Colonia sobre el corazón.

No era, pues, preconcebido espíritu de maldad lo que induciría a Valentina a caer, si alguna vez su voluntad cediese en la lucha tenáz en que estaba

empeñada: sería la fuerza ineludible y ciega del destino que la empujaría al abismo.

Sin duda que Adriana—mujer de mundo—podía apreciar el estado de ánimo de su amiga y valorizar la situación en que se hallaba, y, persuadida de que la crísis moral no podría tardar mucho, hizo confidencia del asunto a Arturo Zamora, animándolo para que buscase algún *medio discreto* de llevar a Valentina el testimonio de alguna infidelidad de Hernán, segura de que este último ataque sería el decisivo para arrastrar a su amiga en cuya caída estaba Adriana empeñada con ese inplacable afán que alienta el vicio para seducir a la virtud; clavándole hasta el dardo de la mofa: vieja y eterna lucha en que la humanidad forma el monstruoso botín de victoria.

Pero, no era tan fácil adquirir una prueba determinada que llevar a Valentina: la única aventura conocida había sido el corto enredo de Hernán con Aída Fernetti—la soprano del Municipal—y de aquello parece que la buena esposa no había logrado noticias, pues el marido tenía suficiente talento para no dejar rastros comprometedores. De las supuestas relaciones con la señora Méndez, no se oían, aún, sino rumores vagos...

¿Qué hacer?

Adriana no desperdiciaba la ocasión de repetirle con acento de profunda convicción:

—Ya lo sabes, Arturito: el asunto depende ahora de tí... No te duermas, que alguien puede ganarte el quién vive...

VII

Los entrenimientos nocturnos son escasísimos en Santiago: a las diez de la noche, las calles de la capital aparecen desiertas: todo el comercio ha cerrado sus puertas, salvo las confiterías y cantinas que retardan su cierre hasta las doce.

Los espectáculos se reducen a una docena de cinemas que repiten, sin descanso, la exhibición de películas fantásticas en que se desarrollan fabulosos dramas folletinescos o cualquiera barrabasada cómica de Sánchez, y a alguna compañía de opereta o de zarzuela que logra hacer una regular temporada. La ópera apenas nos visita durante tres meses y, en raras ocasiones, llega una buena compañía dramática que, regularmente, no *hace negocio,* pues el gusto artístico del público se aviene mejor con las gollerías del género chico o con *suciés* de cualquier circo de fieras.

El Club forma, pues, en Santiago el centro principal de reunión nocturna, es decir, el centro de reunión de la parte más culminante de la sociedad masculina; y es allí donde, entre acaloradas mesas de billar y pacientísimas partidas de ajedrez o de dominó,

suenan toda clase de comentarios, sin que escaseen los aficionados a echar su inocente manita de *baccarat,* por vía de simple entretenimiento y para *probar la suerte*... lo que, sin duda, no es obstáculo para que la fortuna de muchas familias fracase sobre el tapete, ni para que muchos afortunados improvisen allí su situación financiera, conociendo el secreto maravilloso de arrasar con la *banca.*

No es extraño, pues, que la juventud, pletórica de vida y de alegría, sin encontrar solaz propicio que la satisfaga, ruede noche a noche en los salones bulliciosos de las casas de diversión para gozar del placer estúpido de zarandear prostitutas en danzas descocadas y siempre al compás de un piano o de un harpa cruelmente mutilados por las manos de la "tocadora" y el tamboreo empalagoso de los acompañantes.

Tampoco faltan, en algún salón *reservado* de esas mismas casas, algunos caballeros de respeto, de los que ya forman en el estado mayor, ni algún eminente hombre público, que hasta puede ser Ministro de Estado, ni viejos libidinosos que entran allí con toda clase de precauciones, produciendo orgullosa impresión en las mujeres, muy satisfechas del prestigio de sus visitantes, y picando la curiosidad de lo que puede llamarse la clientela vulgar.



Hasta los confortables departamentos del "Hotel Metropolitano"—que es uno de los más centrales de la capital—empieza a llegar, después de las once de

la noche, un abigarrado concurso de trasnochadores entre los que no falta ni el impúber presuntuoso que fuma con garbo y ostenta con petulancia la llave de la puerta de calle, otorgada prematuramente por la buena mamá, ni algún socio pulcro y respetable del aristocrático Club de la Unión.

El "Metropolitano" mantiene un *surtido* completo, una dotación cosmopolita, que, en invierno se acrecienta con las bailarinas de la compaña italiana. Predomina, sin embargo, el elemento francés, cuyas artes diabólicas se anuncian en el *tout service* de las cartulinas de *réclame* que se esparcen por las calles centrales a la hora de mayor concurso.

Muchas veces ha llegado al "Metropolitano", acompañado de amigos de suma confianza, el prestigioso político conservador y síndico de Monjas, don Ramón Mendoza, seducido por las *novedades* de que había oído graciosos comentarios a algunos de sus distinguidos consocios del Club, y ahí se había dejado acariciar la mística patilla por las manos sedosas de una gabacha ondulante...

⚜ ⚜

Hernán Vidal y una docena de amigos que habían concurrido a un banquete de despedida ofrecido a cierto amigo que partía a Europa en importante comisión del Gobierno para estudiar la indumentaria de los empleados públicos, se encuentran reunidos en el "Metropolitano", distribuídos en dos o tres cuartos de los más amplios, en donde se charla animosamente en una endiablada jerga cosmopolita y se

beben excelentes poncheras en *champagne,* que la delicadeza comercial del astuto *dos-vert* cargará, en seguida a precio doble.

En el cuartito de la Margot, antigua amiga de Hernán, luce su cráneo tan despoblado de cabellos como de ideas, don Bernabé Mardones, ex-consejero de Estado, grave y sesudo, que comenta en voz alta cuestiones de trascendencia administrativa, mientras una italiana vivaz lo invita con insistencia:—*Andiamo, mio caro*...

Allí está, también, el festejado que ya en vísperas de su viaje, cree oportuno demostrar el éxito de las lecciones de francés que ha estado recibiendo para cuyo efecto dialoga, en voz alta, con mademoiselle Renée, una bordalesa magnífica y bulliciosa, admirable narradora de ingenuidades y de chistes... Mientras tanto, Hernán Vidal y Arturo Zamora escuchan con sumo recogimiento—causa natural de un regular estado alcohólico—los gritos de la Margot que entona una *chanssonette*:

...Voici... Voilá...
Penser que maman et papa...

. . . .

La muchacha canta y ríe, gesticulando con gracia y saltando sobre las sillas del cuarto, como si la invadiera una ráfaga de alegre locura: el *champagne* se le ha metido de repente en la cabeza, como un mirlo cantor dentro de la jaula...

Como ya se ha dicho, el festejado dialoga en voz alta con mademoiselle Renée, afanándose por construír los giros franceses que le entorpecen la lengua:

—T'as une bouche merveilleuse, ma cherie...

—Merci bien! Allons...

—Attendez!

—Il faut profiter le temps...

—C'est vrai... c'est vrai... responde el muchacho, pesando el sentido de las palabras con el aire filosófico que ha impreso en su semblante coloradote el vapor alcohólico: il faut profiter le temps...

—¡Caracolitos, hombre! Eres un *musiú* hecho y derecho, exclama sentenciosamente, llegándose al corrillo de Renée, el ex-consejero de Estado, don Bernabé Mardones que se ha alcanzado a enterar del sonido de la conversación; pero sin darse cuenta—por supuesto—del significado de las palabras; que, sin duda, no eran su fuerte los idiomas, ya que no siempre estaba del todo seguro si *chapeau* era palabra inglesa o francesa.

—C'est necessaire la practique, dice el aludido, con su cierto aire de satisfacción.

—Et toi, mon vieux... parlez-toi quelque chose?... interroga Renée al ex-consejero, palmoteando irrespetuosamente su calva venerable, prestigiada en las sesiones del Honorable Consejo.

—Un peu, madama, responde don Bernabé con tono gravísimo, el tono doctoral que tomaba en el Consejo para repetir siempre: "Yo soy de la misma opinión..." Antes lo hablaba muy bien—agrega—; pero ahora las preocupaciones de Gobierno a que nos debemos los hombres que miramos el porvenir de la República, los hombres que...

—Ah! Trés bien... trés bien, interrumpe la Renée con el ánimo decidido de cortar el hilo del discurso al magnífico hombre de Estado.

—Oui, oui, madama, trés bien, responde don Bernabé, satisfecho de que se crea en sus conocimientos lingüísticos. Y complacido de poder demostrarlos, vuelve a repetir con calmosa suficiencia:—Oui, oui, madama, trés bien... trés bien...

⚜ ⚜

El espumoso *champagne* se agota con rapidéz, sucediéndose las gallardas baterías de botellas ventrudas y de altos cuellos dorados como los de las casacas diplomáticas.

El buen humor de aquella *troupe* cosmopolita, forma ya una algazara endiablada que cansa los oídos, que obsesiona, que concluye de emborrachar.

El ruido de los coches que se detienen a la puerta del "Metropolitano", anuncia, a cada instante, el arribo de la clientela, y las voces trasnochadas de los vividores suenan en los pasillos, mientras los vivaces mozos del hotel cruzan con sus bandejas repletas, esmerándose por acaparar las propinas: éllos tienen un ojo maravilloso para calificar a las personas, y así logran subvención especial de algunas mujeres por cada buen cliente que les suministren.

Hernán saca su reloj: es más de la una de la mañana, y aquello no tiene objeto, es aburrirse estúpidamente y él necesita descanso, porque las trasnochadas le descomponen el cuerpo, lo maltratan demasiado. Hace, pues, indicación para retirarse.

Pero, como es costumbre, los afectuosos camaradas se oponen con insistencia tenaz, apostrofándole en forma violenta por aquella deserción que significaría

nada menos que un atentado contra la solidaridad social...

Arturo Zamora es uno de los que argumenta con más braveza, declarando que si Hernán persiste en retirarse, obligará a seguirlo a sus amigos que están allí contentos, gozando de un rato de expansión. Ya no es hora de marcharse: vale más que todos pasen la noche allí: lo demás es falta de compañerismo o mucho miedo a la mujercita...

—¿No le parece a Ud. lo mismo, don Bernabé? interroga Zamora, dirigiéndose al ex-consejero de Estado, cuyos ojos rojizos delatan el abotagamiento alcohólico que le empieza a producir un hipo pertinaz.

—Indudablemente... indudablemente, responde don Bernabé con el tono autoritario que sabe gastarse desde que figura como hombre público de importancia.

Los otros amigos a quienes alguien ha llevado ya el rumor de que Hernán pretende marcharse, invaden de súbito el cuarto de la Margot, atropellándose bulliciosamente para hacer valer sus influencias.

—Pero, hombre, déjate de tonterías... ¿Qué no estás aquí con tus amigos? le dice uno.

—Vamos, ñatoco, agrega otro: tú eres bastante hombrecito para que nos vengas a aguar la fiesta.

—Sí, déjate de bromas, Hernán, dice, por fin, el festejado. Yo me daré por sentido si no te quedas.

La Renée, que se ha dado cuenta del asunto, se llega también, a palmotear las mejillas de Hernán, diciéndole:—N'est pas posible... C'est une bétisse!

Y mientras tanto, la Margot coge del brazo al

ex-consejero para ensayar una danza magnífica que machuca con estrépito el abdomen de don Bernabé y provoca las carcajadas sonoras de las demás gabachas que entonan a grito pelado el Garrotín de la "Canción Húngara".

⚜ ⚜

Hernán ha permanecido silencioso, seguro de que oponer resistencia es tarea inútil. Nada más cargoso e intransigente que el compañerismo que el alcohol desarrolla en las comparsas de diversión: aún los más rebeldes a la afectuosidad, se tornan, entonces, expansivos y cariñosos, capaces, de inauditos sacrificios por el bien común...

Hernán, apesar de sus tres años de matrimonio, no ha pernoctado todavía fuera de su casa, salvo las ocasiones que ha debido ausentarse de Santiago en viaje a la hacienda a dos horas de la capital en el ferrocarril del norte. Lo inquieta, pues, verse obligado a violar sus prácticas, y a salir fuera de la línea de conducta que había logrado respetar con extraña precisión. No quiere él que su mujer pueda alegar una razón concreta, que tendrá todos los visos de un escándalo, para alzar quejas justificadas en su contra. Además, la permanencia allí, no tiene para él atractivo de ninguna especie: esos entretenimientos no lo habían seducido ni en los mejores tiempos de sus entusiasmos juveniles: el amor de las mercenarias le producía sentimientos de lastimosa repulsión.

Si conciente en quedarse en el "Metropolitano", es sólo por condescender, porque no se diga que es

un obstáculo para que los demás se diviertan a su gusto.

Sacude, pues, su displicencia, se levanta del cómodo sillón en que está arrellenado, y, echándose al cuerpo una nueva copa del excelente "ponche en champagne", declara que está resuelto a acompañar a sus amigos hasta la hora que ellos quieran...

—¡Eso es de hombres, niños! grita entusiasmado el *pato* Ortiz cuya voz delgadísima contrasta ridículamente con la mole maciza de su cuerpo, cuyos ciento catorce kilos de peso bruto son, en todas partes, motivo de comentarios.

—Si Hernán ha sido siempre soldado de línea, hombre! exclama Onteré Gómez, afortunado hombre de negocios que está en vías de *realizar* su matrimonio con una graciosa viuda archimillonaria de cuya reputación corren a la sordina picantes rumores.

—¡Jala!... Jala...! grita, saliendo del brazo de Arturo Zamora, una graciosa montenegrina que no habla una sílaba de castellano y que tiende las manos pidiendo un poco de *ñicle*... vocablo que provoca risas estrepitosas y que decide a muchos a tapar de monedas las manos aterciopeladas de la risueña muchacha.

—¡Caracolitos! exclama el ex-consejero, distanciando las sílabas con su hipo impertinente.

—¿Q'est ce que vous dit? interroga la Margot.

—Rien de tout... C'est une béte... responde Hernán a quien tiene verdaderamente molesto la presencia del venerable setentón.

—Qui, oui... trés bien, asiente satisfecho don

Bernabé, rumiando las palabras que delatan sus vastos conocimientos de francés.

—A-t-il d'argent... ce cochon? pregunta la Margot, dirigiéndose a Hernán.

—Beaucoup...

—Vrai...?

—Vraiment!

—Oui... trés bien, repite sin descanso don Bernabé, fingiendo darse cuenta de la conversación y arrancando una carcajada bulliciosa á la Margot que va a sentarse en sus faldas para decirle:

—Chien stupide... grand cochon... yo quiero que pidas más *champagne*.

⚜ ⚜

Cuando metidos apretadamente en los coches de alquiler pesados y ásperos, salen todos del "Metropolitano", van a sonar las cuatro y media de la mañana, hora que, en el mes de Noviembre, plena primavera, trae los primeros fulgores tenuísimos del amanecer, difundiéndolos en una indecisa claridad azul que toma, enseguida, vagas tonificaciones de rosa.

Los coches salen a la Plaza de Armas por la vetusta calle de 21 de Mayo, legendaria por los muros de piedra del templo de Santo Domingo y por los edificios coloniales que han resistido milagrosamente la avalancha de la reconstrucción, y, en dirección a la Alameda, toman, enseguida, la calle del Estado, despertando a los guardianes que dormitan acurrucados en las escalinatas de los edificios y escandalizando a las beatas que van a la primera misa a San Fran-

cisco, con la zalagarda endemoniada de gritos ensordecedores, canciones obsenas y palabrotas desmedidas.

La comparsa se dirige a la casa de cena de Monsieur Pepin, un gabacho falsificado que prepara legítimas cazuelas de ave, negocio que, en pocos años, le ha reportado excelentes utilidades.

Frente a la casa de Monsieur Pepin (que se avista a la distancia por el farolillo rojo incrustado en la pared), los coches se extienden en doble línea, ocupando toda la extensión de aquella callejuela estrecha y obscura, poblada de mercados clandestinos...

Los comedores están siempre repletos de trasnochadores y de cocotas que forman estrepitosa tertulia, mientras engullen los variados y suculentos potajes con que sus amigos les tonifican los estómagos muchas veces anémicos.

En la amplia cocina, abierta de par en par en el primer departamento del segundo patio, las infladas cocineras, con sus delantales y gorras blancas, se mueven apresuradas para satisfacer con oportunidad los numerosos pedidos; y los mozos—macucos en el oficio—corren con sus servilletas al hombro, repartiendo el *menú.*

En los patios, vagan siempre algunas pecadoras de segundo o tercer orden, esperando con paciencia alguna caritativa invitación.

⚜ ⚜

Los amigos se instalan en uno de los comedores, presididos, a votación unánime, por el ex-consejero de Estado, don Bernabé Mardones.

El *pato* Ortiz, que tiene merecida fama de glotón, coge la lista antes que nadie, apresurándose a decir al mozo que espera con la pizarrita en la mano para anotar los pedidos:

—Para mí (por primera providencia, se entiende) un buen *bisteque* con dos huevos, papas y cebollita... ¿Y ustedes, niños? pregunta, enseguida, a sus amigos...

—Veremos lo que sobra, después que hayas pedido para tí, le dice Hernán; y una carcajada general celebra la ocurrencia.

—¡Qué demonios! Déjenme comer siquiera... creo que con eso no le hago mal a nadie...

—¡Claro! No lo *achunchen,* hombre...

—Vamos a ver, don Bernabé...

—Una cazuelita, dice el ex-consejero, sin olvidar su tono doctoral.

—Y tú, Hernán?

—Pejerreyes, si están frescos...

—*La marisca* la *tren* todos los días de Talcahuano, dice el mozo, defendiendo los fueros de monsieur Pepin.

Y continúan los pedidos con bulliciosa precipitación:

—Un par de huevos a la *cocotte*...

—Un jugo doble...

—Un congrio frito...

—Un valdiviano...

—Ya estamos, ñatoco, dice Ortiz, dirigiéndose al mozo. No te duermas, que el apetito apura.

El *pato* Ortiz desempeña siempre en tales ocasiones, el importantísimo papel de *maitre d'hotel* y

para ello tiene condiciones especiales. Nadie lo aventaja, por ejemplo, para practicar la auptosia de un pavo: en eso es, como él dice con honrada sinceridad, una *primera mano*...

—Pero, hombre, exclama Arturo Zamora ¿cómo es posible que estemos con la garganta seca? Se nos ha olvidado lo pricipal y, golpeando con fuerza las manos, pues los comedores de monsieur Pepin carecen de campanillas, grita con voz sonora:

—Garçon...! Venez ici...

El grito y las palmadas despiertan sobresaltado al venturoso festejado que se había dormido con su desgreñada cabeza apoyada sobre la mesa.

—¿Qué diablos es lo que pasa? Me han dado un susto morrocotudo, dice refregándose los ojos con la mano.

—No te alarmes: el *pato* dará cuenta de tu ración, le advierte alguno.

El mozo se acerca a la puerta, respondiendo al llamado.

—Vamos a ver... ¿qué vino les gusta? pregunta Zamora.

—Tinto, tinto, gritan unos.

—No; blanco, exclaman otros.

—Perfectamente: partamos la diferencia: media docena de blanco y media de tinto....

El mozo parte a escape y regresa con un escuadrón de botellas que coloca sobre la mesa y empieza a destapar con presteza inusitada, arrancando un entusiasta ¡hurra! a cada ¡schuap! del corcho oprimido de que recobra su libertad.

⚜ ⚜

La mañana se desbordaba en luz clarísima, la buena luz del sol que levanta su frente gloriosa sobre el armiño de la cordillera que florecía en lampos irisados, cuando los amigos daban término a la manifestación ofrecida al camarada que partía al Viejo Mundo en importante comisión del Gobierno.

Los coches empezaban a desparramarse, conduciendo a los trasnochadores que iban a sumergirse en el lecho para dar reposo al cuerpo y refrescar la cabeza caldeada con el exceso alcohólico que marca sus huellas, desencajando el rostro y enrojeciendo los ojos con manchas de sangre en la esclerótica.

Cuando salen a la Alameda, el vetusto reloj del convento de los franciscanos, suena las 5½. Los tranvías zumbantes con la vibración de sus motores y bulliciosos con su campanilleo, pasan repletos de obreros que van a las fábricas, y de gente madrugadora que sale a sus quehaceres. Los suplementeros corren, voceando a pulmón lleno, los diarios y revistas: "Mercurioooo...!", "Diarioooo...!", "¡La Mañanaa...!" "¡Zi-Zá...!"—Y una que otra doméstica madrugadora, barre las aceras y echa su párrafo con el guardián de relevo.

Varios almacenes de menestras y algunos *restaurants* tienen ya sus puertas abiertas y los mozos quitan las celocías de las vitrinas para ostentar al público el surtido suculento con que tientan irónicamente los estómagos vacíos de los infelices que se detienen a contemplar, con avidez de famélicos, los jamones planchados con su apetitosa capa de siena dorada, o los enormes choros amarillos con su luminosa salsa verde y las langostas gruesas y coloradotas que

excitan locamente el apetito, incitando al grosero pero sabroso pecado de la gula.

Y en el parque inglés, fresco y rumoroso con sus surtidores chispeantes, la comparsa se detiene para aprovechar los coches estacionados frente a la calle de San Antonio y tomar cada uno el camino de su casa, sumergidos en sus abrigos y con los cuellos desdoblados para cubrir la amplia solapa que deja lucir el *smocking,* manchado quizás con alguna indiscreta pincelada violácea...

⚜ ⚜

Hernán, aturdido, con el pulso agitado y los labios secos por la fiebre, llega a echarse sobre el sofá de marroquí de su escritorio: tiene el cabello desgreñado y la mirada vaga y vidriosa.

Con fastidio evoca los recuerdos de la noche estúpida que acaba de pasar sólo por complacer a sus amigos, y a su vista vuelve la visión policromática del "Hotel Metropolitano" con sus mujeres pintarrajeadas, de labios acarminados y ojeras al carbón y con sus largas y sedosas pestañas superpuestas: todas hostigosas de cosmético. En sus oídos suenan las frases bulliciosas y picantes de las francesas pletóricas de alegría y el acento aterciopelado de las italianas, casi todas piamontesas de ojos claros, y las voces apretadas de las inglesas y alemanas tan rubias como obcenas.

La figura bovina de don Bernabé Mardones, exconsejero de Estado y padre de numerosa y ya crecida prole, metido, también, en los salones del "Me-

tropolitano", aumenta la repugnancia de Hernán y su fastidio crece, agitándole los nervios.

Además, siente vergüenza de llegar así a su dormitorio y de que Valentina pueda sorprender, con una mirada, los síntomas delatores.

Pero el cuerpo fatigado, se rinde pronto y un sueño pesado cae sobre los párpados de Hernán que, sin resolución para levantarse, duérmese allí mismo, sobre el sofá de marroquí, con su flamante *smocking* y sus blancos guantes de gamusa.

VIII

Entre las múltiples relaciones de la familia Mendoza-Pérez, era especialmente considerada, no tanto por sus años cuanto por su respetable situación social, doña Lucinda Pantoja Carrasquilla de la Huerta y Vargas, dama de opulentos pergaminos, que hacía remontar su aristocrático abolengo hasta los condes de la Carrasquilla, personajes blasonados en la corte de Fernando de Aragón, por los importantes servicios prestados al rey como proveedores de menestras de la casa real. Y, aunque en honor de la verdad, lo de Carrasquilla de la Huerta sólo había correspondido legítimamente al tatarabuelo de doña Lucinda, venerable oidor de la Audiencia de Santiago, la rumbosa señora, como casi todos sus emparentados, había añadido este apéndice a su nombre como título honorífico para franquearse especiales consideraciones; y tales eran los humos nobiliarios de doña Lucinda que, aún, desdeñaba su mano cuando al oído no le sonaba un nombre de familia muy conocida. Y, sin duda, esta noble matrona no era una excepción en la sociedad santiaguina dentro de la cual fructifican tan flamantes aristócratas como la señora Ca-

rrasquilla, descendientes legítimos de algunos sencillos abuelos que fueron honrados labradores de tierra o comerciantes de trapos y de velas; pero cuyas ínfulas portentosas muestran los ribetes exquisitos del ridículo, traducidos en la suficiencia olímpica de sus maneras y en el desdén gracioso que reservan para los burgueses infelices... que han de padecer la excomunión mayor de los círculos distinguidos.

La aristocracia es hermosa como entidad de arte, como síntesis de refinamiento, de esos legítimos refinamientos que son la expresión de la delicadeza en el sentir; pero la aristocracia como patrimonio o como privilegio, no es sino un convencionalismo que ya en el siglo veinte se quiebra de sutil: último baluarte en que se refugian los desheredados del talento, en ausencia de méritos personales.

No vió, pues, de muy buen grado, doña Lucinda Pantoja Carrasquilla de la Huerta y Vargas, el matrimonio de Valentina con Hernán Vidal, porque, en realidad, no era éste un apellido de muchas campanillas, y élla hubiese deseado que la preciosa heredera fuese a manos de persona más distinguida, tal como alguno de sus flamantes sobrinos Carrasquilla de la Huerta, pegajosos zánganos fiscales, enredados, casi todos, en las oficinas de los Ministerios, y tan escasos de intelecto y de vergüenza que bien podía adjetivárseles de cretinos a carta cabal.



Una sorpresa fué, por tanto, para Valentina la inesperada visita de doña Lucinda a quien no había

recibido en su casa sino una sola vez, al regreso del viaje de bodas, en la visita prescrita por el protocolo social.

Coge, pues, la tarjeta con que la señora se hacía anunciar y, antes de dar indicación alguna a la sirvienta que espera órdenes, doña Lucinda aparece en el dormitorio de Valentina, saludando en voz alta y con grandes manifestaciones de afecto:

—¡Vaya, niña! ¿Qué era de tu vida? Ya lo vez: yo no me ando con cumplidos ni remilgos...

—Muy bien hecho, misia Lucinda. Ya sabe Ud. que llega a su casa.

—Así lo creo, niña. Sé que tú me estimas un poco más que el bellaco de tu marido...

—Pero, si Hernán siempre la recuerda...

—Para echarme algún pelambrito, cuando menos.

—¡Qué ocurrencia!

—Mejor si me equivoco.

—Pero, pasemos al salón. No es posible que no nos sentemos un rato...

—Déjate de etiquetas conmigo. ¡No faltaba más! exclama la señora Carrasquilla, arrellenándose en el diván del dormitorio. Toma asiento, niña, y cuéntame tu vida: ya sabes que soy tu segunda madre y que en esta vieja puedes depositar tus secretos.

—Ya lo creo.

—Cuando una es persona decente por los cuatro costados, no ignora lo que le corresponde, y tú ya sabes que los Carrasquillas no se quitaban el sombrero para hablar con los reyes, es decir, eran Grandes de España de primera clase...

—Sin duda, pero...

—No hay *peros* que valgan. Yo sé que tienes muchas novedades que contar. Vamos, y ¿cómo no he de saberlo, cuando a mi salón llega todas las noches lo mejorcito de Santiago, que es gente muy bien informada y noticiosa?

—Apesar de eso, yo le aseguro que no tengo novedad ninguna, responde Valentina, forzando una sonrisa. Ninguna... ninguna...

—Mientes, chiquilla! acentúa sentenciosamente doña Lucinda, alzando con aire sibilino el índice de la mano derecha. Tú no debes guardar secretos para una amiga íntima de tu madre.

—Pero ¿qué novedades quiere Ud. que le cuente?

—Vamos! Eso es lo que deseo oir de tu boca, porque te diré, en confianza, que corren por ahí rumores...

La reticencia maliciosa de doña Lucinda, acompañada de una mirada preguntona, mancha de vermellón las inmaculadas mejillas de Valentina, y a su memoria exaltada acuden el paseo al Parque y las giras clandestinas a la "Villa Versalles".

—Pero, rumores de qué... misiá Lucinda? dice, al fin, con una voz anhelosa que revela la palpitación acelerada del corazón; detalles que no desperdicia la macuca anciana.

—Rumores de que tu marido...

Un ¡ah! involuntario y prolongado, traduce el alivio que Valentina siente al conocer que las alusiones de doña Lucinda no se refieren a élla.

—De que tu marido anda en malos pasos, hija.

La conmoción de Valentina vuelve a producirse; pero, ahogando su excitación, dice con displicencia:

—¿En malos pasos? Peor para él.

—Sin duda. Pero el asunto no es ese. Esto te perjudica y te pone en ridículo...

—¿En ridículo?...

El amor propio de Valentina, aguijoneado por la ilustre descendiente de los condes de la Carrasquilla, se sobrepone a su angustia y dice con frialdad:

—Yo no pienso así... Los hombres deben tener libertad, y, si Hernán me engaña, de seguro que no ha de ser una excepción entre los maridos...

—Ni mucho menos, niña. Pero creo que tú no quieres enterderme.

—Yo le agradezco mucho, misiá Lucinda.

—No me agradezcas todavía. Ven acá, regaloncilla, dice doña Lucinda, insinuando a Valentina que vaya a sentarse a su lado. Tú sabes, hijita—agrega—cogiéndole una mano para palmoteársela con zalamería, que mas sabe el diablo por lo viejo que por lo diablo...

—¡Qué divertido!

—...y ya que tú no has largado la pepita, he de creer que ignoras el asunto. Pues bien, confiando en tu discresión, te diré que hay de por medio un caso grave, muy grave.

—Y es...

—Yo necesito una promesa formal de tu parte.

—La que Ud. quiera.

—Que serás razonable y discreta para no echar al agua a tu vieja amiga.

—Se lo juro—responde Valentina con inquietante despecho.

Doña Lucinda hurga con mirada temerosa e intranquila, todos los ángulos del cuarto y tal como un buen artista escénico, poniendo en su voz la pausa silenciosa de las hondas confidencias, murmura al oído de Valentina:

—Tu marido está en enredos con la mujer del doctor Méndez...

Sin duda que esto resultaba una revelación para Valentina, pues hasta entonces sus sospechas eran sólo vagas presunciones, engendradas por los celos, sobre todo después del banquete ofrecido por el diputado Arratia y suscitadas por los comentarios que, respecto a la vida masculina, había oído a su amiga Adriana. Toda la sangre se le agolpa al corazón, y hay un instante de alucinación cerebral que la perturba sin dejarla hablar. Doña Lucinda observa con la paciente ansiedad de un facultativo que ausculta, para darse cuenta precisa del efecto que ha producido la noticia.

—¿ Y cómo ha sabido usted eso? interroga, por fin, Valentina, volviendo en sí.

—Cuando yo te lo digo, responde sentenciosamente doña Lucinda, ha de ser porque tengo mis razones.

—Indudable. Pero yo quiero conocerlas.

—No tienes para qué, hijita.

—Porque necesito cerciorarme.

—Es decir, que dudas de mí...

—No es eso; pero puede usted estar engañada...

—Ojalá! Pero, quienes me han informado, están

en conocimiento de buenos antecedentes. En sociedad se comenta el caso como un escándalo, pues no se vé motivo para que tu marido proceda así. ¡Fíjate que apenas llevas dos años de matrimonio!

—De manera que a usted le consta...

—Si así no fuera, no habría venido a ponerte sobre aviso...

—Y eso lo saben muchos y lo comentan...

—Es claro. ¡Quién le va a tapar la boca al mundo!

—¡Qué infamia! exclama Valentina, mordiendo nerviosamente la punta de su pañuelo de batista. ¡Qué infamia!—vuelve a repetir—y se levanta para echarse de golpe sobre el sillón y apoyar en el respaldo su cabeza angustiada, convulsa por un sollozo.

—No seas tonta, hijita... Hay que tener un poco más de mundo... Calma, mucha calma, dice doña Lucinda, poniéndose de pié al lado del sillón para enjugar las lágrimas enormes y cristalinas que resbalan por las mejillas encendidas, de Valentina... Esto tiene remedio... Pero, con calma, con calma, hija.

—Ya no podré vivir más con él... Es imposible... No me encontrará jamás... ¡Qué horrible es la vida!... Mi madre... mi madre... murmura Valentina en un monólogo sollozante que inquieta de veras a la señora Carrasquilla, temerosa de un conflicto.

—Si no es para tanto, hijita... ¡Vaya! Si yo hubiera adivinado que ibas a tomar las cosas así... Pero, como se me iba a ocurrir... No llores... No hagas tonterías. Es necesario que aprendas a vivir.

Eres una chiquilla sin experiencia y debes oír buenos consejos... perora doña Lucinda, agotando sus razonamientos y sus mimosidades para tranquilizar los nervios de Valentina que continúa sollozando. Y de tal manera insiste y ruega, que logra calmarla un tanto y hasta consigue llevarla al balcón para que el aire fresco del crepúsculo oree sus lágrimas.

—Soy una desgraciada, dice Valentina con honda pesadumbre.

—Nó, niña... Si todo tiene acomodo en la vida; sólo la muerte no tiene remedio...

—Y el marido de esa mujer no sabe que élla lo traiciona...

—Ya sabes que es un pobre viejo...

—Ah! Yo no tolero más esta situación.

—No te precipites.

—Yo se lo haré saber a ese infeliz; y en cuanto a Hernán...

—Tú harás lo que yo te aconseje... Nada de indiscreciones, nada de tonterías... Acuérdate del juramento. A Hernán, ni una palabra, por ahora...

—Pero...

—Nada! Ni una palabra. Lo que debes hacer es fingir que lo ignoras todo.

—Imposible.

—De esa manera puedes conseguir que lo espíen y, entonces, con una prueba evidente... Mientras tanto, dispones de un magnífico recurso para castigarlo.

—¿Cuál?

—Sacúdete un poco, niña; sal a echar una cana al aire, como se dice. Tú tienes muchas amigas...

¿Echarse a morir? ¡Qué locura! Hay que pagar con la misma moneda, hija...

—Tiene usted mucha razón, misiá Lucinda: yo debo tomar alguna determinación... ¡Ah! ¡Qué infamia lo que ese hombre hace conmigo, sabiendo que lo adoro! No, nunca pude creer que llegase a tanto... ¡Soy la más infeliz de las mujeres! prorrumpe de nuevo con una agitación nerviosa que le arranca un suspiro de inaudita angustia, y vá a botarse desesperada sobre el lecho cuyos resortes flexibles lanzan, también, una queja al recibir el cuerpo convulsivo de Valentina.

⚜ ⚜

En el círculo de *cachetonas,* doña Lucinda Pantoja Carrasquilla de la Huerta y Vargas, era elemento de grande importancia, tanto por el lustre nobiliario que su nombre daba a las reuniones, cuanto porque las condiciones especiales de su carácter, dúctil a la intriga, prestaban eficaz concurso en las más complicadas situaciones.

El salón de la señora Pantoja, salón de antigua data, con muebles de estilo Luis XV, de opulento tapíz de brocato encarnado, un tanto desleído por la acción avasalladora de los años: con sus *boules* de madera de rosa, incrustados de nácar y de bronce y coronadas por grandes espejos ovalados, era uno de los centros más concurridos por la sociedad especialmente por las *cachetonas* que habían tenido la buena ocurrencia de bautizar a la señora Pantoja con el honroso mote de *refugium peccatorum.*

Era doña Lucinda una célibe convencida, *a pos-*

teriori, de las excelencias de su estado que pregonaba con un entusiasmo en que algunas vislumbraban cierta mal apagada llama de despecho. Y, en verdad, no se sabía por qué nadie había querido conducirla al altar, ya que, bajo el antifaz de sus sesenta otoños, revelábanse despojos de un rostro hermoso y de un cuerpo exhuberante.

No faltaba quien colgase a la ilustre dama de la Carrasquilla, una aventura de mala especie, consumada en su juventud en compañía de un muchacho audaz que luego había hecho excelente papel en le representación diplomática: sospecha a la cual, doña Lucinda solía dar pábulo, hablando con amoroso entusiasmo del sindicado personaje a quien de continuo sus amigos le traían a cuento, seguros de halagarla.

El lado flaco de doña Lucinda, fuera de sus inauditas pretenciones aristocráticas, era su apasionada afición a la literatura, o, más bien dicho, a conquistarse reputación de sabihonda y de Mecenas de las artes. Por esto, llegaban a su salón numerosos escritores que animaban la tertulia con charlas y comentarios; y así era como allí siempre cogía la palabra, con graciosa oportunidad, el habilidoso humorista Costabal, cuyas reminiscencias de viaje por el oriente, resucitaban el humor a los más rehacios. También atraía fervientes admiradores, el brillante orador don Juan de Latorre, amenísimo *causser*, de éxito famoso como conquistador de mujeres bonitas.

Doña Lucinda gustaba de opinar en todo y de traer a colación citas y autores que revelasen su erudición literaria; y, a este fin, siempre andaba pro-

vista de frases hechas que aplicaba sin distinción de materia y que, mientras más fuera de caso, eran más filosóficamente celebradas por Costabal.

⚜ ⚜

La misión tan delicada e importante que Adriana de Peña y Arturo Zamora habían confiado a doña Lucinda, fué desempeñada como se ha visto; pero, aún no era posible determinar resultados, ni vislumbrar la resolución que tomaría Valentina, después de la revelación sensacional de que su marido mantenía públicas relaciones con la mujer del doctor Méndez.

En el salón de doña Lucinda, ésta era una cuestión árduamente debatida por el grupo de íntimos que andaba en el teje-maneje de la intriga.

La señora Pantoja contaba en suma reserva, con ademanes melo-dramáticos, los detalles de la escena en casa de Valentina: la displicencia con que ésta había acogido sus palabras en el primer instante, la excitación provocada después de lanzar el nombre de la señora Méndez; los sollozos ahogados, las convulsiones histéricas; las palabras consoladoras con que élla logró resignarla, y la promesa arrancada—bajo juramento—para no comunicar nada a Hernán, mientras élla misma no se lo avisase. Y todo esto doña Lucinda lo narraba con tanta fruición, lo describía con tanto colorido, que Zamora, entusiasmado por tan excelente cooperación, no resistió a prodigarle efusivos abrazos y palmoteos de espalda, repitiéndole muchas veces:—¡Si esta misiá Lucinda vale un Perú!—Y doña Lucinda recibía estas demos-

traciones con una generosa sonrisilla de satisfacción.

Era un trasnochado recurso el que se tentaba para arrastrar a Valentina, y—sepámoslo de una vez —para ejercitar la venganza de Adriana Peña en contra de Hernán que, según élla, era culpable del fracaso de sus relaciones con un importante amigo que la había pretendido antes de su matrimonio con don Teófilo Peña; pero era un recurso que, dados la inesperiencia y el carácter impulsivo de Valentina, podía dar resultados eficaces.

⚜ ⚜

La tertulia en el salón de doña Lucinda, estaba animadísima.

El señor de Latorre mantenía al auditorio pendiente de sus labios que narraban, en frases aterciopeladas, una conquista galante realizada a bordo de un transatlántico, durante su último viaje a Europa en donde acaba de pasar una corta temporada de cuatro meses. Esa conquista fué todo un escándalo para el público cosmopolita del "Oropesa" y terminó con un desafío consumado a media noche en la escotilla de la nave.

En Río de Janeiro había llegado a bordo, para ocupar una elegante cámara de primera clase, un matrimonio de millonarios que iban a Francia e Italia, en viaje de placer. Ella era una morena distinguidísima: opulento tipo de brasileña aristocrática; el marido, un criollo anguloso, de pecho un tanto hundido y de largos brazos caídos; pero un muchacho simpático, apesar de su chillón rastacuerismo tropical.

La primera noche, en el comedor del buque, Latorre consiguió insinuarse afablemente a la brasileña con quien hubo que dialogar en francés, ya que ni élla dominaba el castellano, ni había muchos que pudiesen sostener una conversación en portugués.

—Y, desde esa noche, aquello continuó tan a pedir de boca, decía Latorre entusiasmado, que, antes de una semana, yo saltaba triunfalmente al abordaje...

Contaban otros contertulios historias y chismes de sociedad, enredando nombres conocidos que solían provocar escándalo, y esas historias y chismes relatábanse con tanta *sans-facon* que, sin duda, todo aquello no era música celestial para oídos muy honestos; pero, sí, muy grato solaz para la noble descendiente de los condes de la Carrasquilla.

Y el mismo legendario salón de doña Lucinda, si el uso de la palabra le fuese concedido; ¡qué de escenas interesantes desarrolladas bajo su techo artesonado; qué de anécdotas galantes, podía contar! Anécdotas tales como el de aquella insinuante dama rubia a quien alguien sorprendió, durante un inocente juego de lotería, en una helada noche de invierno, refrigerando su blanca mano aterciopelada en el bolsillo de su compañero—un varón robusto de sedosa patilla capuchina—y bajo la complicidad protectora de la carpeta que desbordaba sus flecos de seda sobre la mesa redonda...

Pero, más grave complicidad, aún, se atribuía al elegante biombo *Pompadour* que, en un ángulo del salón, frente al enorme y secular piano de cola, entornaba con misterio sus puertecillas de raso.

Tal fué la sorpresa que la entrada de Valentina produjo en todos los contertulios, que la misma Adriana no pudo contener una exclamación espontánea:

—¡Dios mío! Valentina aquí...

Y por su imaginación vibrante pasó un tropel de ideas extrañas.

Doña Lucinda, poseída de júbilo inaudito, abraza con fruición a la recién llegada y la instala en un cómodo sillón, repitiéndole a cada instante:

—¡Qué buena concurrencia has tenido, hijita!

La presencia de Valentina en el salón de la señora Carrasquilla, era, pues, un acontecimiento insólito, y los comentarios empezaron a rodar a la sordina.

Arturo Zamora acababa de retirarse. ¡Cómo se iría a arrepentir enseguida, cuando supiese la gran noticia!

Valentina habla con entusiasmo, respondiendo a cuantos se llegan a expresarle su satisfacción de verla allí:

—Ha sido una humorada... ¿no es cierto? Pero yo necesitaba devolverle una visita a misiá Lucinda... una visita que me hizo sólo hoy, pero que yo retribuyo a lo diplomático... antes de las veinticuatro horas...

—Muy bien hecho, hijita, asiente doña Lucinda...

—Magnífico... encantador, chiquilla, dice Adriana. Eres una mujercita adorable...

—Además, tenía deseos de hablar contigo y...

—Y pensaste que me encontrarías aquí.

—Eso es.

—Muy bien; ya conversaremos... Aquí tienes, pues, la agradable tertulia que nos proporciona cada vez que lo deseamos—que es casi todas las noches—nuestra distinguida amiga Carrasquilla de la Huerta.

—Y Vargas, añade doña Lucinda.

—Natural...

—Por mi parte, protesto, interrumpe, sonriendo, el humorista Costabal: legítima, muy legítima...

—Cálle su boca, hombre, le responde Adriana: usted siempre anda buscándole cinco pies al gato...

—Prefiero buscárselos a la gata...

A todo esto, Valentina sonríe; pero un observador sagáz podría darse cuenta de que hay como un vago extravío en su mirada siempre apacible, y que el corazón no ha de permanecer muy tranquilo, pues alcanzan a manifestarse las interminencias con que se levanta la *echarpe* de seda que cae sobre el pecho.

—Bueno: como te iba diciendo, prosigue Adriana, esta es la tertulia de misiá Lucinda: reuniones sencillas, de buen gusto, de mucho *sprit*...

—Encantadoras, hija, interrumpe Valentina, por decir algo.

—Con hombres de talento como el señor Costabal y don Juan de Latorre, cuya fama de orador tú conoces...

—A los pies de usted, señora, dice Latorre, observando con interés a Valentina, al través de sus lentes: ya tenía referencias de usted; pero veo que la realidad supera a la imaginación: usted es más hermosa que un sueño...

—Que un sueño hermoso, agrega Costabal.

—Con razón usted usa lentes, responde Valentina, contestando la galantería de Latorre.

—Sin duda: para no quedar ciego...

—Y coger la aljaba con flechas para salir de Cupido, dice con gracia Costabal, provocando una risa general...

—Tiene razón el señor...

—Ya lo vez, hija, aquí se derrocha ingenio, y si, como todos lo esperamos, no se interrumpe tu asistencia, tendrás ocasión de divertirte.

—Así lo creo...

—¡Ah! En el invierno—continúa Adriana—vas a ver bueno, porque entonces la concurrencia es numerosa, y no hay nada más delicioso que una partida de *bezigue* al calor de la estufa que nos proporciona misiá Lucinda.

⚜ ⚜

—La señora Carrasquilla festejaba, en verano, a sus contertulios con excelentes helados y beneméritos *dulces de las Rengifos,* de fama proverbial en todas las grandes casas de Santiago; y poco antes de las doce de la noche, se tocaba a retirada. En invierno, las reuniones se prolongaban hasta más tarde como que las noches eran, también, más largas.

Iban, pues, a sonar las doce, cuando Valentina se despedía efusivamente de doña Lucinda Pantoja y, acompañada de Adriana y de Pancho Moreno, salía a la calle para tomar el camino de su casa, manifestando a sus amigos que sentía una fuerte opresión al corazón y la cabeza caldeada como un horno...

IX

En el escritorio de Hernán, sentado en un mullido sillón de marroquí obscuro, el doctor Málaga—facultativo eminente, cuya reputación como alienista, era de primer orden, permanecía caviloso, con su penetrante mirada volteriana fija en el semblante de Hernán que suministraba datos minuciosos respecto al carácter de Valentina, a su temperamento, a los accesos nerviosos que había venido sufriendo durante el último tiempo y a la forma violenta como se desarrolló el mal, precisando los síntomas del delirio que, en el primer instante, hicieron creer en una tifoidea.

—El delirio ha sido incoherente o ha padecido la obseción de una idea fija? pregunta el doctor.

—Incoherente más bien, aunque con predominio de algunas frases determinadas...

—Frases violentas o de simple fantasmagoría...?

—Está obsesionada con la idea de una traición: mezcla muchos nombres conocidos y a mí me llama el traidor...

—Hum... hum, murmura el doctor y queda

un instante meditabundo. Se levanta, enseguida, con su gravedad apacible y proverbial, entorna los portigos de la ventana por donde se entraba un chorro de sol anaranjado, el sol de las tardes de verano, y en la semi-penumbra del cuarto amplio, empieza a pasearse con lentitud silenciosa, esfumando, al alejarse, su silueta de traje obscuro que parece desprendida de la alfombra por la raya blanca de sus polainas.

—¿Ella ha tenido antes sus ráfagas de celos? pregunta por fin, el doctor Málaga, volviendo a su interrogatorio.

—Muchas veces...

—¿Ha padecido convulsiones?

—Accesos histéricos, creo...

—Y después ¿nó ha sobrevenido fiebre?

—Jamás.

—Y el sueño, era siempre tranquilo?

—Supongo... Como yo...

—Hum... hum... vuelve a murmurar el doctor. ¿Y no habrá tenido pesadillas?

—Ah... sí! Hace pocas noches me despertó con un grito agudo, un grito de angustia; pero no pude averiguarle...

—¿Ella gusta de salir a paseo?

—Muy pocas veces.

—¿Tiene alguna amiga íntima?

—Sí: Adriana, la mujer de Peña...

—Interesante.

—Para mi gusto, nó.

—Digo que ese es un dato interesante...

—Ah!

—Y no extrañe usted, mi amigo, que haga averiguaciones de carácter tan íntimo: en enfermedades de esta naturaleza, hay que formar proceso, dice el doctor, deteniéndose frente a la butaca de Hernán.

—De ninguna manera...

—Pues bien, mi diagnóstico definitivo no alcanzo a formularlo aún: eso será cuando élla se levante y pueda llegar hasta mi clínica.

—Pero usted cree...

—Que se trata de un caso de histerismo, por ahora.

—No hay gravedad, entonces...

—Creo que nó: esto vá a pasar muy pronto con las inyecciones hipodérmicas que le he dejado... Sin embargo, sobrevendrá después un gran desgaste nervioso y no hay que escatimar las precauciones: mucha quietud, mucho silencio y nada de amigas íntimas... Enseguida, una buena temporada de mar tal vez...

⚜ ⚜

Hacía una semana que la familia de Valentina había emprendido viaje al campo, a su valiosa hacienda de "Los Nogales", extendida en un valle hermosísimo, manchado de bosques seculares, a las orillas del Laja, en el fértil territorio de la frontera; y Hernán se encontraba perplejo para buscar una persona de confianza que pudiese atender a Valentina en esos minuciosos detalles que imprescindiblemente requieren la solicitud discreta y delicada de las manos femeninas. El lleva dos noches, velando

junto al lecho de la enferma, perdido en un cúmulo de congeturas para explicarse la aguda crísis nerviosa de su mujer. En el delirio habían sonado los nombres de Adriana, de Arturo Zamora, de doña Lucinda, de Olga Méndez y de... Marta Perales...

Por otra parte, le cascabeleaba ahora en el oído aquello de que el doctor Málaga hubiese considerado que la amistad de Valentina con la señora de Peña fuese un *dato interesante* para formar su opinión médica.

¿Qué significaba eso?

Francamente, no podía entenderlo.

—Adriana... Arturo Zamora... ¡Qué buena pareja! exclamaba Hernán, mentalmente... Dios los cría y el diablo los junta...

¿No tendría pretensiones, ese bandolero de los salones, de seducir a Valentina?

Sólo ahora venía a ocurrírsele. Nunca se había detenido a pensar en semejante cosa, confiado en que su mujer no tenía la *pasta de las predestinadas*... Pero ¿no era posible que Adriana la estuviese instigando?

Y una oleada de cólera subía al rostro de Hernán, inflamándole los ojos y las mejillas, haciéndole castañetear los dientes, sumiéndolo a plomo en su asiento.

¿Cómo él había tolerado esa intimidad de su mujer con la señora de Peña a quien el rumor público señalaba en voz alta como a una de las *cachetonas* más avanzadas?

Sin duda había sido un imbécil. Pero, ya estaba sobre aviso y, como primera precaución, dió orden

terminante a las servientas para que manifestasen a Adriana, en cuanto asomara por ahí las narices, que el doctor prohibía en absoluto, el acceso al dormitorio de Valentina.

⚜ ⚜

La enferma, mediante las abluciones de agua fría sobre el dorso, prescritas por el doctor Málaga y aplicadas por la enfermera profesional que Hernán se vió obligado a contratar, sentíase muy aliviada, recobrando poco a poco sus fuerzas: ya podía dejar la cama para ir a sentarse en una mecedora, frente a la ventana que daba a la calle del Ejército y distraer el ánimo con el tránsito de carruajes y de gente de a pié.

No tenía élla noción alguna del estado psíquico porque acababa de pasar. Sólo recordaba que, al volver de casa de doña Lucinda Pantoja, acompañada de su amiga Adriana y del joven Moreno, había caído a la cama con fuertes convulsiones y un dolor agudo en las sienes.

El desgaste nervioso, predicho por el doctor Málaga, evidenciábase sólo con mirar la palidez del rostro en que las ojeras se marcaban con una indecisa mancha de plombajina.

Con la ventana abierta para que entrase el aire tibio de las tardes cálidas de Diciembre, Valentina echada con aristocrática indolencia, sobre los cojines de su mecedora, traía a la mente la extraña e inesperada visita de doña Lucinda, las revelaciones que le hizo, cerrándole la boca con un juramento;

su loca determinación de salir sola, después de las diez de la noche, aquel mismo día de la visita, para irse a la tertulia de la señora Pantoja, a donde jamás había concurrido, en busca de Adriana y de Arturo Zamora... ¡Dios mío! en busca de Arturo, para vengarse del marido ingrato y traidor...

¡Qué providencial había sido el no encontrarlo, porque esa noche élla estaba dispuesta a jugar el todo por el todo! Así tuvo además, la indiscreción de decírselo a Adriana quien había exclamado con pesadumbre:

—¡Qué fatalidad la de este pobre Arturo, niña! Yo le diré...

Y Valentina recordaba que había suplicado a su amiga, arrancándole, también, un juramento, que nada dijera jamás de aquella locura de que ya estaba arrepentida, que ya le pesaba en la conciencia como un delito.

Durante sus cuatro días de cama, Adriana no había ido a verla sino una vez y nada pudieron conversar porque Hernán estaba presente.

¡Hernán! ¿Cómo darle a entender que él era la causa única de sus padecimientos? A veces pensaba violar de una vez la promesa sagrada hecha en mala hora a doña Lucinda, y decírselo todo a su marido, azotarle el rostro con su ignominia...

Pero, Hernán no era, no podía ser tan malo: ahora, que la veía enferma, estaba muy afable, muy condescendiente; ni aún salía en la noche, y, antes de dormirse, siempre le daba un beso que a élla le quemaba con el ardor violento de la sospecha, pero que no se atrevía a rechazar.

¿Si sería cierto lo de sus amores con Olga Méndez? Y a su imaginación de neurótica volvía la idea persistente de conocer la verdad, de buscar medios para cerciorarse de la traición, y el corazón atormentado, de nuevo se le ahogaba, provocando rápidas alucinaciones que, por suerte, no alcanzaban a mayores consecuencias.

El histerismo es casi siempre hereditario, germinado por el sacudimiento nervioso de los estados pasionales, y el sapiente doctor Málaga, inquiriendo antecedentes, había dado con la noticia de que la abuela paterna de Valentina fué, también, una dolorosa víctima de la histeria.

Mientras tanto, Hernán hilvanaba argumentos, para explicarse la relación que en tales acontecimientos tenía el nombre de Marta Perales, repetido varias veces por su mujer en los instantes de delirio, y un fuerte presentimiento lo inducía a creer que Adriana de Peña, de quien tenía motivos para esperar una *vuelta de mano,* hubiese tramado quizás qué historia maligna para despertar los celos de Valentina, pues, aunque su simple amistad espiritual con la señora de Perales, se mantenía en una reserva absoluta, esquivando toda ocasión de levantar la sospecha más leve, recordaba que una vez Adriana lo había sorprendido en compañía de Marta, saliendo a tomar el tranvía por la Avenida de la Providencia; precisamente la única vez que consumara semejante indiscreción... Adriana había pasado sola en su automóvil, cargada de flores y había asomado la cabeza para saludar. No era difícil adivinar de dónde vendría, ya que en aquellas inmedia-

ciones se extendía la "Villa Versalles"; pero, era bastante astuta para no andar acompañada y para llevarse consigo un cargamento de flores que, en último caso, justificasen su tránsito por aquellos parajes. Y recordaba que Marta, lívida de vergüenza por aquel encuentro que ante su timidez de mujer honrada, aparecía como un grito de alarma, precursor de desventuras, le había dicho temblorosa:

—Ya empezó nuestro calvario, Hernán. Mañana sabrá medio Santiago que hemos andado juntos y por estos barrios apartados... ¡Qué horror! Lo siento por mi hija, por esa criatura...

Pero, había transcurrido largo tiempo y aquel alarmante encuentro con Adriana no había tenido consecuencias, trayendo de nuevo la confianza y perdida tranquilidad al corazón angustiado de Marta Perales, en cuyo fondo se entablaba una lucha sorda entre el amor y los prejuicios, entre el deber y el sentimiento.

⚜ ⚜

La clínica del doctor Málaga, instalada en una vetusta y solariega casa de su propiedad, en la opulenta calle de la Catedral, era una sala amplia, misteriosa en la penumbra discreta en que el doctor la mantenía, tamizando con transparentes obscuros la escasa luz que podía colarse por las ventanas siempre a medio entornar. Esa penumbra envolvía en una sensación de vaga fascinación al que allí penetraba y el enfermo se sentía como transportado a una región serena y espiritual, propia a la expansión.

En medio de la sala, veíanse las máquinas y aparatos eléctricos con sus cordones metálicos, sus enormes ruedas de vidrio verde y sus relucientes armaduras de bronce; y diseminados sin orden, algunos divanes cubiertos con mantones de seda y dos *Savonarolas* de encina tallada, con incrustaciones de ónix y el blasón de los Dux. Sobre una mesita de laqué blanco, dormitando en un cojín de terciopelo rojo, una cabeza de Ariadna, en mármol legítimo de Carrara, ponía su nítida mancha blanca en la tonalidad opaca del salón y junto al ánfora japonesa que reventaba en olorosas flores naturales.

Allí, concurría Valentina dos veces a la semana, para que el doctor Málaga le hiciese aplicaciones eléctricas, indispensables a fin de aplacar la tensión nerviosa de sus músculos y robustecer la masa encefálica, tratamiento que completaba el sistema hidroterápico indicado anteriormente.

El doctor había llegado a ser un buen amigo de Valentina: un amigo partenal y cariñoso, que tenía delicadas solicitudes para la preciosa enferma, empeñado en borrar los vestigios del histerismo que pretendían aniquilar la vitalidad suave de aquel cuerpo joven y esbelto, de morbideces rítmicas; pero de fragilidad aristocrática.

Valentina esperaba siempre deseosa el día de asistir a la clínica y cuando concurría sin su marido prolongaba allí la estadía cuanto le era posible, entretenida con la maravillosa charla del doctor, hombre finísimo y de una ironía amable que los años han ido acentuando en su carácter, libre de todo prejuicio social.

Así fué como Valentina llegó a hacerle historia detallada de su vida, de sus desventuras de esposa, de sus celos horribles y, aún, de los peligros a que se había expuesto para satisfacer su sed de venganza: todo lo contó, hasta su arrancada furtiva a casa de doña Lucinda y su decisión de ir a buscar a Arturo Zamora. Y el doctor la escuchaba con interés, con recogimiento, mezclando en su atención, el afán de investigaciones médicas y el afecto sencillo que le había despertado aquella pobre sensitiva marchita...

⚜ ⚜

—Creo que basta de aplicaciones eléctricas, mi buena amiguita. Ya es hora de que usted arregle sus maletas y se marche a una playa, a respirar el aire iodado de la costa y a zambullirse en las olas saladas. Pero, no se vaya a meter usted a una playa a la moda en donde tenga precisión de guardar fórmulas; nó, váyase usted a Yloca o a Pichilemu... Tales eran las últimas recomendaciones que el doctor Málaga hacía a Valentina, en presencia de su marido, conversando sentados en el gabinete contiguo a la clínica.

—Yo había pensado hacer un viaje a Valdivia, dice Hernán.

—Ah! Ya estamos: un viaje a Río Bueno para consultar al padre Tadeo, replica el doctor con viveza.

—Nó... precisamente a consultarlo... nó... Pero me han dicho que el temperamento...

—Yo no quiero más médico que el doctor Mála-

ga, dice Valentina: los remedios del Padre Tadeo son muy raros... ¿Ud., tal vez, habrá oído hablar del baño del perro, por ejemplo?

El doctor mueve la cabeza afirmativamente, contrayendo sus labios con una sonrisa imperceptible.

—Y usted ¿qué opina del Padre Tadeo, mi querido doctor? interroga Hernán.

—Yo... opino que es un buen varón, un santo varón si ustedes quieren...

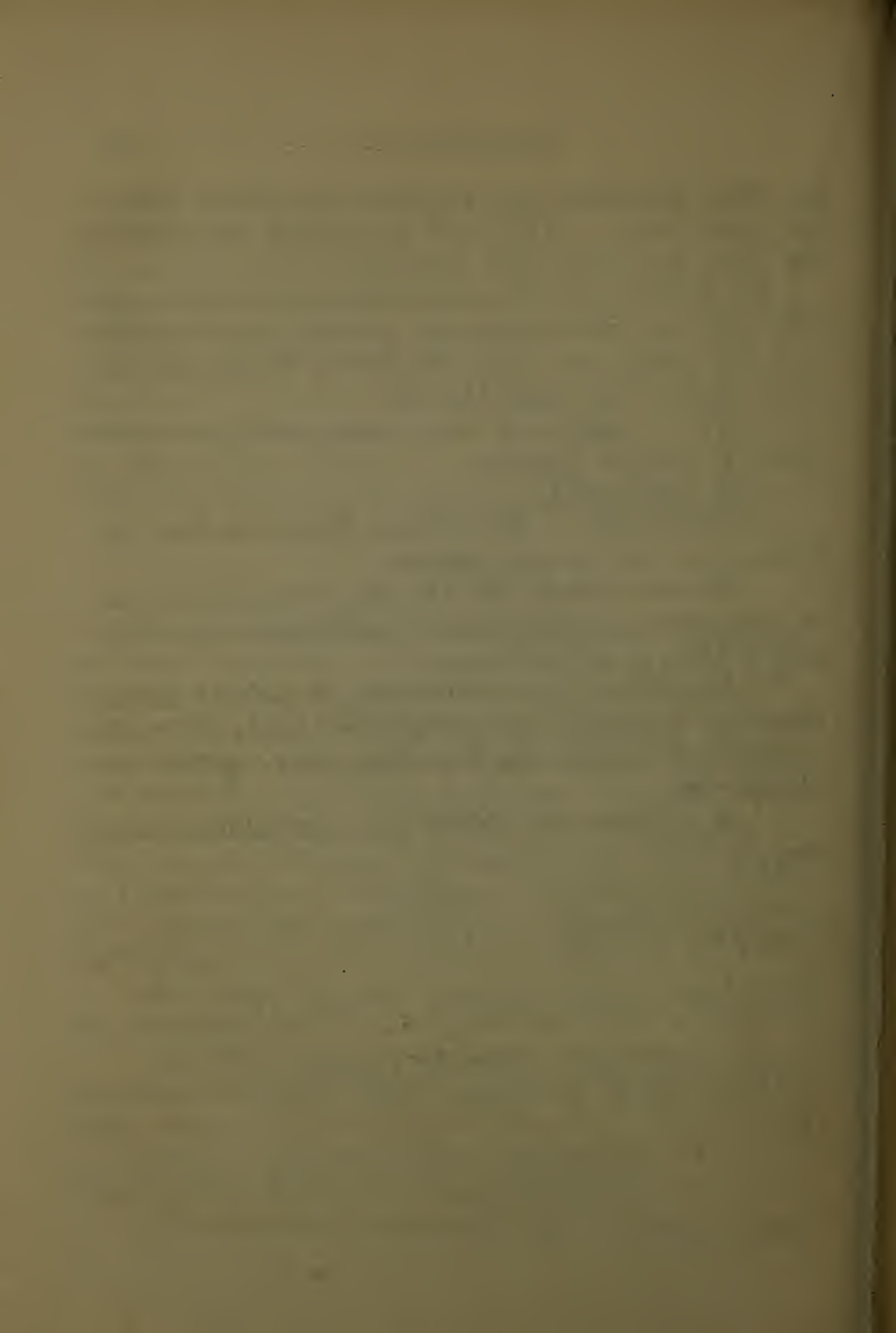
—Y nada más?

—Nada más... El sistema Kneip es muy antiguo; pero no es una panacea.

—Bueno, doctor, dice Hernán, levantándose para despedirse: obedeceremos humildemente sus órdenes: a Iloca o a Pichilemu...

—Excelente: temperamentos de primer orden, responde el doctor, acompañándolos hasta la puerta y reteniendo la mano de Valentina, para repetirle por última vez:

—A respirar aire iodado y a zambullirse en las olas...



X

"Hoy Martes.

"Mi querida Valentina,

"mucho habrás extrañado, sin duda, que yo no
" haya vuelto a tu casa; pero te diré que graves in-
" convenientes me lo impiden. En la *Vida Social* de
" un diario de hoy, acabo de ver que, en la semana
" próxima, te marchas de veraneo y ¡qué extrañeza
" me ha causado! á Pichilemu, hija, en donde te
" irás a enfermar nuevamente, de puro aburrida...
"¿Por qué no te vas a Viña, como de costumbre?
" Antes de tu viaje, tengo necesidad imprescindible
" de hablar contigo: ven a verme, pues; pero dime
" el día y la hora para esperarte. ¡Si supieras cuán-
" tas novedades tengo que contarte! Novedades que
" te interesan mucho... Ojalá vinieses mañana a
" las 4 P. M., para que tomásemos el té en casa.
Te besa tu

Adriana".

P. S. Contéstame si, con toda seguridad, puedes venir mañana."

⚜ ⚜

Valentina leyó con sorpresa la carta que su amiga Adriana le enviaba en una hoja de pergamino azul, que trascendía a la esencia, del *sachet,* y, en vista del *posscriptum*, dió orden para que el mensajero esperase la respuesta.

Mucho la intranquilizaba aquello de que Adriana le dijese que no había vuelto a su casa porque "inconvenientes graves" se lo impedían. ¿Qué inconvenientes podían ser esos? En vano se distrajo largo rato pensando, con la pluma en la mano, lista para dar respuesta a la misiva de su amiga. En fin, élla se lo explicaría, pues accedía gustosa a la invitación para ir, al día siguiente, a tomar el té a casa de Adriana; y así se lo expresaba en su tarjeta, agregándole: "Me dejas nerviosa y preocupada: ansiosa de que llegue la hora de verte".

Aprisionó la respuesta en un sobre diminuto, finísimo y monogramado, e hizo llamar al mensajero para tomar algunas informaciones:

—¿De dónde te han enviado con esta carta?

—Del Club, señorita, responde el muchacho, correcto en su librea de paño azul obscuro, y quitándose la gorra que muestra sobre la visera una faja de metal con la inscripción: "Club de la Unión".

—¿Del Club? ¿Y quién te ha enviado?

—Don Arturo Zamora...

—¡Arturo! exclama Valentina con inquietud.

¡Ah! ya comprendo, agrega como monologando... Pero, no importa: iré... ¿A quién has quedado de llevar la respuesta? pregunta al mensajero.

—Aquí me lo dieron apuntado, señorita, responde el muchacho, sacando del bolsillo una cartulina con membrete azul...

Valentina lee: "Calle Marín, número 64... Adriana".

—Calle Marín... Número 64... repite pausadamente, contrayendo el entrecéjo con aire de sospechosa preocupación. ¿Sabes tú quién vive en esa casa?

—Nó, señorita.

—Pero, habrás ido otras veces...

—Es la primera vez, señorita.

—Está bien dice Valentina, pasando su respuesta al mensajero: entrega esta carta a la señorita Adriana en persona.

⚜ ⚜

Una curiosidad vehemente absorvía a Valentina: no hallaba qué pensar respecto a lo que significaría esa casa misteriosa, metida en una calle desconocida, adonde Adriana esperaba la respuesta de su carta. Sin duda que sería algún sitio privado: algo parecido a la "Villa Versalles", tal vez; pero era extraño que, si fuese sólo eso, su amiga nunca la hubiese convidado allí o siquiera le hablase del asunto alguna vez.

Y, más la hacía cavilar, aún, la circunstancia de que Adriana pidiera que llevasen allá la respues-

ta de su carta, respuesta que bien podía leer a la hora que llegase a su casa ya no había urgencia, pues la cita era para el día siguiente.

Fuera de esto, Arturo Zamora enviaba el mensajero desde el Club: Adriana le había hecho el encargo y, sin duda, él también concurriría a tomar el té.

Desde que, vuelta de su grave acceso nervioso, había podido pesar su loca determinación de aquella noche, en que tuvo la desatentada ocurrencia de irse a la tertulia de la señora Pantoja, Valentina había cobrado una especie de temor ante la idea de encontrarse con Arturo. Estaba casi segura que Adriana no habría resistido la tentación de contarle que élla fué allí con el propósito de buscarlo, y esto la encendía de vergüenza. Pero, al fin, todas eran suposiciones y nada más; pues bien pudiera ser que Adriana nada le hubiese contado y que Arturo tampoco concurriese al convite de su amiga.

⚜ ⚜

En casa de Adriana de Peña, hay un desparpajo de buen gusto: casi ningún mueble ni objeto puede decirse que está en el lugar que de ordinario le corresponde; tal era su capricho en el afán de dar notas raras y de llamar la atención con lo que élla apostraba "rebeliones de artista". Y en verdad que tanto en sus *toilettes,* como en sus maneras y en el arreglo de su casa, predominaba una característica que marcaba cierto sello de originalidad, de personalismo definido. Y, sin duda, que ya esto era un mérito, pues nada resulta más antipático que la rutina

convertida en imposición, predominando como ley del buen tono.

Valentina había acudido a la cita con precisión inglesa: a las cuatro en punto subía la escalera de mármol para abrazar a su amiga Adriana que la esperaba en el vestíbulo de su confortable palacio de la Alameda de las Delicias, en donde el acaudalado don Teófilo Peña, su excelente marido, la mantenía disfrutando de su amable ausencia.

—¿Qué era de tu vida? Ya estas buena ¿no es cierto? Ay, qué gusto me das! Tenía hambre de verte, dice Adriana, recibiendo a su amiga en los brazos.

—Aquí me tienes, pues, hija: resucité al tercer día, como Nuestro Señor Jesu-Cristo...

—Estaba loca por conversar contigo. Ven acá: quedémonos en el *hall* para sacarle el cuerpo al calor. ¿Qué te parece?

—Muy bien: dónde tú quieras...

—Aquí, dice Adriana, empujando con la punta de su zapatilla de gamusa, uno de los diminutos canapés de *mouquet* que ornamentan el vestíbulo, y que, al impulso de su pié, va a estrellarse contra un enorme jarrón etrusco que se levanta sobre un pedestal tallado que revienta en cabezas de dragones alados.

—Antes que todo, dice Valentina, levantándose el velo del sombrero y apoyando su brazo izquierdo en la empuñadura luciente de su sombrilla de seda: antes que todo, hija, me vas a explicar qué significan esos inconvenientes graves que te impiden llégar a mi casa... ¿Qué es lo que ha pasado? No te imaginas cuánto me has hecho cavilar...!

—¡Ah! Nimiedades, tal vez, hija, que, pensándolas bien...

—Pero, habla...

—Sí, ya voy a decírtelo: después de tu segundo día de enferma que, como recordarás, estuve largo rato a la cabecera de tu cama, volví tres veces a tu casa, siendo las tres veces atendida en el salón por tu buen marido, con una terquedad irritante cuya causa ignoro... Y ya no pude verte más, porque se me negó la entrada a tus habitaciones, so pretexto de una prescripción médica... Eso es todo: ya lo ves: quisquillosidades mías, probablemente...

Valentina queda un instante pensativa, y enseguida habla:

—A mí se me dijo, también, que el doctor Málaga me imponía cuarentena... pero nunca tuve noticias de tus visitas... nunca, y es bien extraño...

—Ya lo vés...

—Sin embargo, no creo yo que eso pueda llamarse *inconvenientes graves,* ni que fuera motivo para que pasaras veinte días sin verme. Yo estaba muy sentida contigo...

—Pero todos los días me traían noticias tuyas...

—¿Quién?

—Arturo...

—No te entiendo. ¿Cómo podía él...?

—Muy sencillo: porque es amigo íntimo del doctor.

—Amigo íntimo del doctor... repite Valentina, moviendo la cabeza.

¡Y élla que le hizo confidencias, llegando hasta la revelación del nombre!

Ahora se explicaba el sentido de muchas palabras que el doctor Málaga había dejado caer a sus oídos con aire profético...

—¡Si vieras cuánto ha sufrido por tí! Precisamente hoy ha quedado de venir...

—¡Qué dices! ¿Va a venir? interroga Valentina sobresaltada.

—¿Y a qué se debe esa alarma, hija?

—Nó, no es nada, pero...

—Vamos, habla...

—No quiero encontrarme con él; te lo suplico: hoy me siento muy nerviosa.

—¡Qué divertido! exclama Adriana, dando libertad a una carcajada cristalina. ¡Es la pura verdad que te desconozco!

—Tú calcularás...

—Nada, hija... ¿Qué es lo que pasa?

—Que después de esa noche, tengo mis temores de que él haya creído que yo iba a casa de misiá Lucinda por encontrarlo...

—¡Ah! Con que esas teníamos... Es decir, con que tú piensas que yo le he largado el agua...

—¡Qué quieres! No puedo dominarme: yo te suplico que me evites el bochorno... Deja irme; te prometo volver mañana, dice Valentina, intranquila ya en su asiento, con una excitación nerviosa que le empieza a helar las manos.

—No seas tontita...

—Todo lo que tú quieras: tonta, ridícula, etc.: lo reconozco; pero, hija...

La campanilla suena en tres vibraciones rápidas y sonoras.

—¡Dios mío! exclama Valentina, doblando su

cabeza sobre el brazo que permanece apoyado en la sombrilla.

—Ya ves: no hay tiempo de escapar, a no ser que quieras consumar la candidez de esconderte, como colegiala mal enseñada...

—¡Sea lo que tú quieras!

—Animo, ánimo, dice Adriana, cogiéndole una mano, mientras los pasos mesurados de Arturo Zamora, se perciben secamente al caer sobre los peldaños de la escalera de mármol.

⚜ ⚜

La palidez de lirio blanco que se había extendido sobre el rostro delicado de Valentina, trocóse en un violento tinte de carmín, al pasar su mano a Arturo, quien la retuvo más de un instante entre las suyas, envolviendo el cuerpo de Valentina en una mirada larga y codiciosa.

—¡Qué de inquietudes me ha hecho Ud. padecer con su enfermedad! Ah! Si Ud. supiera...

—Así se lo acabo de decir, interrumpe Adriana.

—Yo lo agradezco; pero no valía la pena.

—No diga eso... Pero, en fin, veo ya que Ud. ha mejorado por completo: tiene un color espléndido, rebozante de vida...

—Así es...

—Mejor que antes ¿no es cierto? dice Adriana, tocando maliciosamente el codo de su amiga, que sonríe con turbación.

—Y he visto en los diarios que ya se vá Ud, a veranear.

—En la semana próxima.

—De veras, hija; no habíamos hablado todavía

del asunto. ¡Con qué te vas a Pichilemu! ¿Quién ha tenido la ocurrencia de mandarte a ese destierro?

—El doctor Málaga.

—¿Y por qué?

—Por el temperamento, que es muy bueno, y, precisamente, por el sosiego, por la ausencia de gente que le permite a una mayores libertades, librándola de las preocupaciones de otros balnearios, de Viña, por ejemplo, en donde todo se vuelve fiestas y miramientos...

—Será todo lo que tú quieras; pero te pronostico un aburrimiento soberano. Tú conoces a la Elba Ramírez...

—Sí.

—Pues bien, pregúntale cómo le fué en Pichilemu el año antepasado... Ah! Es famoso oírla...

—¡Qué le vamos a hacer!

—Y Cartagena, no sería lo mismo...? insinúa Arturo. Ahí concurre mucho menos gente que a Viña y no hay tantas exigencias sociales.

—Tal vez; pero ya tenemos resuelto el viaje a Pichilemu. Hernán ha tomado un departamento en el Hotel Ross, que es un palacio, según dicen, muy confortable, muy bien servido...

—Con el permiso de ustedes, voy a ver por qué no nos sirven el té. Creo que no hay peligro en dejarlos solos, dice Adriana levantándose y riendo con malicia, mientras las mejillas de Valentina que ya empezaban a recobrar su color natural, vuelven de súbito a teñirse de grana.

Mientras Adriana, intencionadamente, ha dejado a Arturo en libertad para que haga una nueva

exploración en el ánimo de su amiga, éste no desperdicia la buena ocasión y, acercando a Valentina, la banqueta en que ha tomado asiento, le dice con voz apagada:

—Al cabo tengo ocasión de volver a repetirle que la adoro, que Ud. me tiene loco, amiga mía...

—Ojalá que no empiece a galantearme, Arturo...

—¿Galantearla? Así estima Ud. la declaración sincera de un amigo...

—Ya sabe Ud. que yo no puedo aceptar declaraciones. Creo que, en más de una ocasión, le he dicho lo mismo.

—Y creo, también, que yo le he dado mi respuesta.

—No recuerdo.

—¡Qué mala memoria, Valentina! Pero, nó: diga mejor que no quiere acordarse. Yo he respondido a sus argumentos, con una sola razón, pero una que vale por todas; el corazón no se manda.

—El corazón ageno, querrá Ud. decir; pero el propio...

—Por desgracia es el propio, amiga mía... Le hablo con sinceridad, Valentina: yo no tengo la culpa de quererla, de soñar con Ud. día y noche: la culpa la tiene Ud.

—¿Yo?

—Sin duda: Ud., que es una mujer para ser adorada hasta el delirio: una mujer deliciosa, exquisita, dice Arturo, cogiendo bríos, alentado por una mirada de Valentina, quien, tras un instante de silencio, dice con acento frío:

—No pierda más su tiempo, Arturo. Yo no puedo seguir dándole oído: una mujer casada debe respetar el nombre de su marido.—

—Ah! Ud. cree que Hernán le guarda una fidelidad absoluta...

—No lo sé.

—Yo soy amigo sincero de Ud., y puedo decirle que, por lo menos, se comenta que tiene amistad muy íntima con la Olga Méndez con quien creo que Ud. no cultiva relaciones.—Ya lo vé, esto nunca se lo habría Ud. imaginado, mi buena amiga, dice Arturo, en la seguridad de que Valentina volverá a sentirse aguijoneada por la mala noticia escuchada ya de labios de doña Lucinda Pantoja y cuyo agudo efecto había él conocido por relación detallada de la misma noble emisaria, portadora de la intriga.

—Perfectamente. Quiere decir que es un hombre de buen gusto..., responde Valentina con sequedad.

—Y entonces ¿por qué Ud. se opone a que yo lo sea?

—No sé que pueda oponerme a sus gustos.

—Bien. Queda establecido mi derecho para ser su más fervoroso admirador.

Valentina se conforma con hacer un gesto de indiferencia, encogiéndose de hombros en un movimiento impulsivo y dilatando apenas el labio inferior en un displicente mohín. Sus nervios han vuelto a irritarse al escuchar la confirmación de la noticia llevada por doña Lucinda: es indudable que aquello es ya del dominio de mucha gente, y vuelven a molestarle los oídos las palabras de la señora Pantoja:

"Esto te pone en ridículo, hija... El asunto se comenta en sociedad como un escándalo... Fíjate que apenas hace dos años que te casaste...'

Un ímpetu de cólera le enciende el ánimo, dilatando la retina de sus ojos verdes que se abrillantan con fulgores acerados al sostener con firmeza una larga mirada de Arturo. Una sola cosa le extraña en todo esto: que Adriana, su amiga más íntima, no hubiese sido la primera en ponerla sobre aviso, y, al contrario, hubiese sellado sus labios... Aunque, quien sabe, ahora la había llamado para eso: bien podía suceder...

No se necesitaba ser muy perspicaz para apreciar el estado nervioso suscitado con la evocación del nombre de Olga Méndez. Valentina continuaba intranquila en su asiento, mordiéndose los labios, y pegando levemente en el *parquet* con el blando tacón de sus zapatillas.

Arturo insiste:

—Yo exijo un sólo servicio de Ud.

—Veamos, dice Valentina.

—Que antes de su viaje a Pichilemu, me acepte una invitación: unas once que podemos aprovechar en compañía de Adriana.

—¿Y con qué objeto?

—Ya lo sabrá.

—Quiero saberlo luego.

—Adivínelo, entonces.

—Más vale que nó: si lo adivinara tal vez no aceptaría, dice Valentina, sin darse cuenta precisa del sentido de sus palabras.

Adriana asoma en ese instante, siempre ondulosa y risueña.

—¿No vengo a interrumpir algún secreto de Estado? dice llegándose a Valentina.

—¡Qué ocurrencia, hija! Yo no tengo secretos para tí...

—Se agradece. Pero el té está ya servido y podemos pasar...

⚜ ⚜

Cuando vuelven al vestíbulo, después de las once servidas en la coqueta salita de té, en donde Adriana sólo reune a sus íntimos, son cerca de las siete de la tarde. El amplio *hall,* que recibe de lleno la luz del poniente, está repleto con la luz cárdena del sol que pronto va a morir envuelto en la sábana ensangrentada de los arreboles.

Los muebles, las estatuas, los grandes jarrones japoneses, toman coloraciones y matices anaranjados: el cadmiun dorado de los pintores. En la misma luz se baña la cabellera blonda de Adriana y las guedejas rubias, también, que deja asomar el sombrero de Valentina.

Una sirvienta llega a decir que el auto está listo: Adriana es una asidua al paseo del Parque; aunque sea la última vuelta debe aprovecharla todos los días.

—Está bien; que espere.

—No te atraces por mí, dice Valentina, levantándose.

—Nó, hija, siéntate; si es muy temprano.

—Ya son las siete.

—¿Quiéres tener la humorada de acompañarme?

—Otro día...

—Y por qué?

—Me voy al centro: alcanzo a hacer algunas compras.

—Tú lo has de ver... Pero, mañana no faltarás.

—Así lo creo...

—No embromes: Arturo se ha ido confiado en tu promesa, y, por lo demás, es necesario que satisfagas tu curiosidad de conocer la casa misteriosa de la calle de Marín... Já... já...!

—Eres una loca...

—De lo que me siento muy satisfecha... Pero, no hay para qué te vayas a pié, dice Adriana, reteniendo a Valentina que le dá el abrazo de despedida. Voy a ponerme mi sombrero y paso a dejarte a la Plaza.

—Bueno. Te lo agradezco, hija... Espero que ahí me contarás las novedades, anunciadas en tu carta...

—¡Ah! Las novedades... ya conversaremos... no te apures...

XI

Ya no era posible dudar de que algo grave había entre Hernán y la discutida mujer del doctor Méndez. Todo llegaba a confirmar sus presentimientos: aquella sospecha vaga que había cruzado, como una nube, por su imaginación, la noche fatal que concurriera a casa de los Arratias,—sospecha desvanecida por un tiempo, durante el cual ningún indicio podía revelarle que Hernán hubiese adelantado sus posibles pretensiones,—era confirmada ahora por el testimonio de doña Lucinda Pantoja, señora respetabilísima, por las declaraciones intencionadas de Arturo Zamora y por las confidencias últimas de Adriana que, requerida quejumbrosamente por su amiga, aguzó su hipocrecía para responderle:

—¡Qué quieres, hija! Nunca me gusta ser portadora de malas noticias... Con qué fin iba a darte un disgusto...?

Pero, mientras tanto, Valentina no disponía de ninguna prueba efectiva para anonadar a su marido, y, siguiendo los consejos de su amiga, ocultaba sigilosamente el secreto de su angustia, en espera de momento oportuno para exigir explicaciones a Her-

nán: momento que aguardaba con ansias, pues, agobiada por los celos, no podía vivir un instante tranquila. La presencia de Hernán, quien, después de su enmedad, había modificado mucho su manera de ser, llegando hasta la expansión, la irritaba ahora sordamente, pues en cada demostración amable, en cada caricia de su marido, sentía el hielo de la traición, produciéndole estertores nerviosos, ímpetus rebeldes. Sólo las aplicaciones eléctricas del doctor Málaga y el tratamiento hidroterápico mantenido sin interrupción, la libraban de otro acceso, de otro ataque histérico de quizás qué gravísimas consecuencias.



Para llegar a la casa misteriosa de la calle de Marín, se tomaba las debidas precauciones, y el *chauffer* de Adriana, conocedor de la consignia, detenía el auto antes de doblar la esquina, a fin de que sus pasajeros descendiesen sin levantar sospechas para llegar a pié hasta la mansión deshabitada, sólo a cargo de una cuidadora anciana que allí vivía con su nieto, un muchacho sin pinta de bozo, aún; pero listo y suspicaz, vivo como una ardilla. La vieja y el muchacho atendían el aseo y desempeñaban los demás menesteres de los numerosos dueños de casa que allí de continuo concurrían.

Minutos después de las cuatro de la tarde, Adriana y su amiga Valentina entran a la casa que, en las horas de visita anunciada entorna sus puertas, mantenidas de par en par durante el resto del día. Sin embargo de todas estas precauciones, en las ve-

cindades corrían, a la sordina, rumorcillos malignos, despreciados olímpicamente, ya que todos partían de gentuza de *medio pelo* o de saparrastrosos arrendatarios de conventillo.

El aspecto exterior de la casa, era vulgar: una pared sencilla, pintada de verde; la puerta de calle estrecha, y dos ventanas con altos barrotes de hierro y los postigos cerrados herméticamente. Las habitaciones eran confortables. Los cuatro amigos que habían hecho el compromiso de sostener aquella *garçomiere,* tuvieron la buena idea de mudar los empapelados y de hacer una profusa instalación de luz eléctrica. Por lo demás, el mobiliario, asegurado a favor de Petronila Silva, nombre de pila de la anciana cuidadora, vulgarmente llamada *La Mota* en homenaje a su enmarañada cabeza de pelo crespo, era un rico mobiliario importado que ornamentaba dos saloncitos, un comedor y dos dormitorios con sus espléndidos cuartos de baño, con elegantes tinas de porcelana y calentadores de bronce por donde una gruesa explosión de gas daba, en breves minutos, la temperatura deseada.

Sólo los cuatro amigos, entre los que figuraban Pancho Moreno y Arturo Zamora, tenían derecho indiscutible para llegar allí; pero, en ocasiones, la *garçomiére* se facilitaba a amigos de mucha confianza que prometían guardar el secreto, y, que, como es costumbre, al día siguiente, se daban ínfulas, confiándole a un tercero a quien pedían igual reserva.

Hasta esa casa, que para todos los vecinos encerraba un misterio, había llegado varias veces una *sage-femme,* especialista en tratamientos internos, y,

según contaba la crónica verde, habíanse consumado ahí asombrosas manipulaciones quirúrgicas para salvar el honor de algunas pobres celibatarias: tratamientos practicados en diversas clínicas de la capital, al amparo de una impunidad infame.

⚜ ⚜

Arturo Zamora esperaba a sus invitadas con unas *once* apetitosas, un *lunch* excelente pedido a algún *restaurant* del centro, y rociado, como todos los regocijos de buen tono, con abundantes copas de *champagne;* y, una vez servidos los delicados potajes, procedióse a satisfacer la curiosidad de Valentina, mostrándole detenidamente los departamentos de la *garcomiére.*

Ya Adriana acababa de informarla, ante el asombro exclamativo de su amiga, del objeto definido de aquella mansión:

—Es nuestro nido de amor, hija; el verdadero asilo del corazón. La vida lo requiere así. No te escandalices.

Valentina miraba con tímidos ojos escudriñadores, las flamantes habitaciones en donde ya le parecía que todo delataba una infamia, que cada mueble, cada uno de los grandes espejos colocados con hábil extrategia, era un cómplice diabólico, y sentía que la atmósfera olorosa a ricos perfumes desparramados, la emborrachaba, caldeándole la frente. Sin embargo, reía con las explicaciones desenfadadas de Adriana y reía con las bromas maliciosas de Arturo; pero reía con la inconsciencia de su mismo asombro.

La Mota, sentada en un piso de paja en el vetusto corredor del segundo patio, estiraba con curiosidad la cabeza para reconocer a la nueva visitante, cuya silueta no era de las familiares; y, Adriana, al divisarla, protestando un encargo reservado, se vá a charlar con la vieja, diciendo enfáticamente a sus amigos que entraban a uno de los saloncitos:

—Ustedes me esperan aquí: orden y compostura; riendo, enseguida, con una carcajada bulliciosa que resuena en el patio abierto.

—¿Y qué le ha parecido la casa? pregunta Zamora, fijando en Valentina una mirada de súplica.

—Muy cómoda, muy elegante...

—Sobre todo, muy cómoda: es inapreciable esto de tener un nidito, como dice Adriana, "lejos del mundo y de sus pompas vanas". Como Ud. vé, nadie puede sospechar que existe esta casa: las precauciones con que aquí se llega, Ud. las ha palpado. Por lo demás, la cuidadora es una vieja excelente, cerrada a toda investigación y leal como un perro, y lo mismo Antolín, el muchacho que nos ha servido las *once*. De manera que aquí se puede venir con toda confianza, con la seguridad absoluta de que las paredes no han de revelar el secreto. Espero, pues, mi hermosa amiga, que Ud. ha de concederme, antes de su viaje, otro momento tan agradable como este: ya no necesita Ud. la compañía de Adriana, dice Arturo. impulsando con suavidad a Valentina, has, ta sentarla en el sofá y colocarse a su lado. ¿No es cierto que vendrá? ¡Ay, Valentina, Ud. es mi único amor, mi vida, mi alma! Pero, responda—por favor—insiste, oprimiéndole el brazo que ha mante-

nido enlazado,—déme una esperanza siquiera... ¿Vendrá mañana.. vendrá pasado...?

—Nó, dice Valentina, reclinándose en el sofá y echando una pierna sobre otra con soltura. No vendré...

—¿Nó?

—Nunca...

—Pero, Valentina ¿qué le pasa a Ud?

—Que no puedo soportar... Pero, nó, discúlpeme Ud., Arturo... Yo no debo portarme así, dice Valentina, enderezándose en el asiento... Llamemos a Adriana.

Con presteza, Arturo Zamora se pone también de pié, y, cediendo a un ímpetu brusco, coge entre sus manos la cabeza de Valentina y la cubre de besos cálidos en la frente, en los ojos, en la boca, en las mejillas, sin que Valentina acierte a esquivarse, aturdida por aquel ataque insólito.

⚜ ⚜

Zamora se bota en el sofá, ahogado, tembloroso, mientras Valentina permanece de pié, muda, vacilando también, sin decidirse a tomar resolución, después de aquel desacato de que ni aún quiere dar noticia a su amiga, pues la vergüenza le cohibe el ánimo, y aquellos besos traidores robados a su honor de esposa, le queman el rostro.

Pero, élla, y nada más que élla, tenía la culpa, por haber consentido en llegar allí, arrastrada por la curiosidad de conocer el misterio de esa casa en don-

de su amiga le contaba que había pasado las horas más deliciosas de su vida.

Arturo, volviendo de su vértigo pasional, implora con humildad:

—Perdóneme, Valentina... He sido un loco. Pero ¿qué quiere Ud. que haga? Yo no puedo resistir el volcán que revienta en mi corazón...

—No quiero oír más declaraciones, dice Valentina, irguiéndose con altivéz.

—Pero...

—Ya lo sabe Ud.

—¡Valentina!

—Es inútil.

—De manera que...

—Es más conveniente que no nos volvamos a ver.

—Eso no puede ser...

—Pero, será.

—¿Cómo es posible, Valentina, que un simple arranque nervioso, que unos cuantos besos inocentes, hayan podido irritarla tanto? De nuevo quiero pedirle perdón... Perdóneme, amiga mía, repite Arturo, levantándose. ¿No es cierto que me perdona y que volveremos a ser amigos?

—No insista, Arturo.

—Insistiré... rogaré... suplicaré...

—Sin lograr persuadirme

—Puede ser...

—Inútil, inútil, Arturo. Ha sufrido Ud. una equivocación.

—Yo no pretendo...

—Hace muy bien.

—Yo no pretendo nada que Ud. juzgue opuesto a su conciencia, a su manera de pensar...

La risa de Adriana vuelve a sonar en el patio como un cascabel de plata: es una risa cristalina con que siempre anuncia su llegada a todas partes, y que le ha valido éxitos asombrosos. Instintivamente, Valentina y Arturo se sientan, aparentando tranquilidad absoluta. Adriana entra y se sienta, también:

—¡Esta pobre vieja de la *Mota,* exclama, tiene unos cuentos para morirse de risa! Si vieran cómo me he divertido con élla...

Y ustedes ¿qué cuentan?

—Esperándote... dice Valentina.

—¡Vamos! No es mucho hacer... Y usted, don Arturo Zamora, o sea "don Juan Tenorio al alcance de los niños", no ha sido capaz de entretener a su amiga...

—¡Ah! Si hemos conversado mucho... responde Arturo, un tanto amoscado por la frase burlona con que siempre lo apostrofa Adriana.—

—¡Qué divertido! exclama Valentina. Eres terrible, hija mía.

—No tanto, niña... Pero, veamos ¿cuáles han sido las conclusiones de la conferencia?

—No se han establecido, aún, dice Arturo.

—¡Qué gente, Dios mío!

—Mi amiga Valentina tiene un corazón de roca...

—¿Con que así, hija?

—Tú me conoces...

—Por eso me extraña... Explíquese, Arturo.

—No me ponga en apuros, Adriana.

—Es que bien puede ser que mi intervención, como *amigable componedor,* que es la fracesita que se gasta siempre don Bernabé Mardones, resulte oportuna.

—Envidio tu carácter, Adriana; es una felicidad ser como eres tú, dice Valentina, levantándose. ¡Pobres de las que sólo hemos nacido para sufrir!

—Calla tu boca, tontilla. Ya verás como vas a gozar cuando te acostumbres a tomar la vida con un poco de buen criterio...

—Probablemente, dice Valentina, con aire pensativo. Pero, mientras tanto, ya es hora de que nos vamos.

—Está bien, distinguida mártir del reloj; responde Adriana: nos iremos, si el señor don Arturo, que parece medio displicente, no nos cierra el paso.

—Yo lo sentiré mucho...

—Tantas gracias, caballero...

⚜ ⚜

El *chauffer* dormitaba, aporreado por la espera y el calor. Adriana lo pincha suavemente con la sombrilla, llamándolo en voz alta:

—Otto, despierta...

El buen alemán se despierta sobresaltado y abre la palanca del auto para ponerlo en movimiento, dando presión para que arda la nafta.

—Daremos una vuelta al Parque ¿qué te parece? dice Adriana a su amiga.

—Como gustes, responde Valentina con displicencia.

—¡Al Parque, Otto!

Instaladas en el auto que sale esquivando el pavimento horrible de las calles atravesadas, las dos amigas entran a la calle del Dieciocho, y, desde ahí, el auto emprende una carrera vertiginosa hasta llegar a los jardines que rodean la entrada del Parque, cuyas puertas de fierro verde dan estrecha pasada a los carruajes que se agolpan persiguiéndose, en un confuso tropel.

Adriana, que conocía de sobra los propósitos de Arturo Zamora para haber llevado a Valentina hasta la *garcomiére,* es la primera que rompe el silencio:

—Dime con franqueza, hija ¿qué te pareció el nido?

—Soberbio.

—¿De veras?

—Sin duda.

—Tiene sus ventajas, hija; y, sobre todo, la reserva. Por ahí hay otra casa con el mismo objeto; pero a donde vá todo el que paga. Eso no sirve. Cualquier día se pega una cualquier chasco, un encuentro inoportuno, como ya ha pasado muchas veces. Y tú ¿piensas volver? ¿Qué has avanzado con Arturo?

—Yo... nada...

—¡Ah, picarona!

—Nada, hija... ¿Cómo se te ocurre semejante cosa?

—¡Vaya!

—Eres una aturdida, una loca completa.

—¿De manera que no has quedado de volver?

—¿Y con qué objeto?

—¡Qué pregunta! Hablando claro, entonces, tú piensas divertirte con ese pobre hombre que te quiere como un tonto...

—¿Divertirme?

—Es claro: *flirteas* con él desde hace tiempo, le aceptas paseos e invitaciones, lo haces concebir esperanzas y luego...

—¿Y luego qué...?

—Y luego, nada, pues hija: nada entre dos platos. ¡Ah! Eres una diablilla.

—¡Qué curioso! exclama Valentina sonriendo.

—Muy curioso para nosotras, tal vez; pero, para el pobre Arturo...

—Tú piensas convencerme de que está enamorado de mí. ¿No es eso?

—Si de eso estas convencida tú...

—¿Yo?

—Tú... No hagas aspavientos. Tú, que, a fuerza de lo que llamas escrúpulos de conciencia, no vacilas en engañar al prójimo...

El auto se detiene, engrosando la línea más próxima a los jardines, desde donde las paseantes entretienen la vista, observando los trajes de las filas que siguen la ronda lenta, silenciosa, que deja percibir el paso de los caballos opulentos, engarzados a las victorias o a los americanos.

—¿Has visto quién vá en ese victoria? dice Adriana, tocando a su amiga con el codo.

—Nó.

—Arturo, niña.

—¿Solo?

—Con la Eliana Arancibia y su marido... Ahí

tienes tú una mujer de quien se habla con razón...

—Y que Arturo aprovecha, sin duda, dice Valentina con un dejo imperceptible de despecho; pues, al fin y al cabo, toda mujer que se siente admirada por un hombre, aunque esa admiración no entrañe importancia afectiva para élla, sufre las quisquillosidades del egoísmo, del amor propio vulnerado por la demostración más leve que la posponga ante otra mujer.

—Creo que eso es historia antigua para Arturo.

—No es una hermosura...

—Ni mucho menos, hija. Pero, anda tú a entender los caprichos de los hombres... Ahí vá la Chepa Castillo echa un adefesio... ¿Has visto solterona mas divertida? Es un postizo ambulante... Con decirte que...

Adriana llega sus labios maliciosos al oído de su amiga y quizás qué graciosa confidencia murmura, pues Valentina no contiene una carcajada:

—No seas bárbara, niña...

—Lo que oyes.

—Contesta; que están saludando...

—¡Ah! Las Sandovales.. Son unas amtipáticas para mi gusto: las mujeres más beatas y más malas lenguas de Santiago.

—Pero, hija!

—Ya sabes que me gusta hablar con franqueza.

—Así lo veo.

—Mira, ya llegó de Europa la Virginia Bombal: ahí va con su perrita japonesa...

—¿Sabes que esto me va desvaneciendo? Yo de-

bo estar muy débil... ¿Por qué no damos algunas vueltas mejor?

—Otto, echémonos a andar, insinúa Adriana a su *chauffer,* y el auto culebrea un instante para meterse, enseguida, entre el convoy.

⚜ ⚜

Fué un sacudimiento brusco que le heló las manos y le hizo como un vacío en el estómago, el que Valentina sufrió al abrir la portezuela del auto y encontrarse con Hernán que salía de su casa. No fué, tampoco, escaso el disgusto de Hernán al encontrarse frente a la señora de Peña, sin poder eludir el saludo:

—¿Cómo está, Adriana?

—Ya lo vé: paseándole a su mujer que se vá consumiendo de pura nerviosa. Hemos ido a dar una vuelta al Parque.

—Muy bien hecho.

—¿No te bajas un momento? pregunta Valentina.

—Es demasiado tarde...

—¡Y qué importa! Te quedas a comer: tú no tienes quien te espere...

—Te agradezco; pero hoy no puedo... Ya nos veremos antes de que te vayas ¿no es cierto?

—Es claro... Si todavía me quedan cuatro días

—Bueno. Hasta muy luego, entonces, dice Adriana, dando a su amiga un beso sonoro en cada mejilla y pasando su mano a Hernán quien, aún, tiene la galantería de apretar el resorte de la portezuela.

Y, mientras el auto se aleja bullicioso, dejando escapar el humo de la nafta, Valentina interroga con timidez a su marido:

—¿No vas a comer aquí?

—Estoy convidado.

—¿Dónde?

—En casa de Arístegui: es una comida política, a ver si nos ponemos de acuerdo para despachar los presupuestos...

—¿Volverás temprano?

—No podría decirte...

—Tengo ganas de ir al teatro...

—Podemos ir mañana... Y me marcho, dice Hernán, consultando el reloj, porque ya es muy tarde: siento no complacerte, agrega, montando al victoria que acaba de detener sus troncos piafantes frente a la puerta.

XII

Los pasajeros descienden del tren en la estación de Alcones, término del viaje en ferrocarril para los que hasta hace tres años se dirigían a las playas de Pichilemu; y ahí, portando sus arreos de viaje, se instalan con sus maletas, en los coches fornidos, arrastrados por caballos de trote rápido, que, en poco más de tres horas, atraviesan los caminos sinuosos, bordeando cerros sombríos que deben recorrer hasta llegar al pueblucho miserable—escaso de edificios—que forma el balneario. Puede decirse que allí sólo hay una calle que merezca el nombre de tal: la calle del Comercio, en donde lucen sus vitrinas dos o tres tiendecillas de trapos, muy mal surtidas, y algunos almacenes de menestras.

Es por esto mismo que el enorme edificio del Hotel Ross, y su flamante anexo que se levanta casi al frente, constituyen el orgullo del pueblo, despertando la admiración de los sencillos porteños.

El edificio principal de ese hotel—que es la casa antigua,—dá por un lado al mar, extendiéndose en un parque admirable, de jardines profusos, que des-

ciende de anchas escalinatas de piedra a cuya gradería llegan a reventar las olas, floreciendo en espumas.

⚜ ⚜

Todos los días, a la hora que los coches arriban al pueblo, los pasajeros del hotel y de las casas de pensión, se aglomeran en las puertas o se asoman a las ventanas para ver la llegada de los nuevos veraneantes, esperando alguna vez reconocer algún amigo o, cuando menos, cualquiera cara conocida.

Hernán y Valentina han hecho el camino entretenidísimos con la charla de mister Williams, un gringo de Valparaíso, nacido en pleno cerro del Barón; pero hijo de padre y madre ingleses, mister que unía a la flema de su sangre sajona, cierto desparpajo campechano de huaso chileno, y que en una jerga endiablada, contaba historietas populares y hacía chistes oportunos. Mr. Williams iba a Pichilemu como agente comercial.

El coche se detiene frente al hotel y los viajeros empiezan a descender, atendidos por los mozos que corren presurosos para bajar los equipajes y conducirlos a las habitaciones señaladas de antemano.

Hernán y Valentina pasan a ocupar el departamento contratado: un dormitorio, un cuarto de *toilette,* un saloncito con hermosísima vista al mar y hasta un comerdocillo reservado, para cuando no estuviesen de humor y no quisieran concurrir a la enorme sala común, repleta de mesitas elegantes, luminosas con sus manteles blancos y su excelente cristalería.

Maltratados por el pesado viaje en ferrocarril y los sacudimientos de la larga carrera en coche, el *señor diputado don Hernán Vidal y señora,* (designación con que, enseguida, pasaron a figurar en la lista de pasajeros) no abandonaron sus habitaciones, solicitando la comida al *buffet* reservado.

Sin embargo, Hernán no resistió la tentación de salir un rato después de la comida, a fin de pasear la digestión y contemplar el mar, irisado por la claridad plateada de la luna de Enero.

Tanto los pasajeros del hotel, como los demás veraneantes esparcidos en el pueblo, pensionistas de familias respetables o arrendatarios que han ido a *poner casa* para una larga temporada; todos se reunen en la noche, para pasearse en el parque amplio y magnífico del Hotel Ross, escuchando la música tonante de aquellas olas hirsutas que no han querido recibir jamás el ancla de las naves, levantando hasta el cielo sus gritos de libertad.

En la cantina del hotel, a donde ha pasado a proveerse de cigarros, Hernán encuentra al primer amigo: el señor Portus, un rentista opulento, enriquecido en el auge de los negocios de Bolsa, y *sportman* conocidísimo, propietario de excelentes caballos de éxitos famosos en las pistas del Club-Hípico. En Pichilemu, era todo un personaje, y desde su llegada al balneario a donde concurría desde hacía tres años, las calles del pueblo se veían inundadas de colillas de habanos importados que el señor Portus no se despintaba de la boca.

—¡Cuánto gusto, amigo Vidal! Desde hacía días

se le esperaba a Ud., dice Portus estrechando la mano de Hernán.

—Del mismo modo, Emilio: me alegro de hallar tan buenos amigos. ¿Y la señora?

—En el jardín, con los muchachos, responde Portus con el énfasis característico de su palabra rumbosa y sonora. Ya la verá Ud.: en quince días ha ganado kilo y medio. Es una barbaridad. ¿Y Valentina?

—¡Ah! Mi mujer ha llegado molida y se echó a la cama.

—Muy bien hecho, amigo. Esos coches son infernales. Pero ¿qué novedades ha dejado Ud. en Santiago? Se aprueban o no se aprueban esos presupuestos...

—Nada de nuevo. La política está dada al diablo; creo que presupuestos no habrá hasta fines de Febrero. Es una obstrucción sistemática para botar el Ministerio...

—La canalla en acción... la podredumbre administrativa, que todo lo ha invadido, amigo Vidal, dice el señor Portus, acentuando las frases favoritas con que siempre exterioriza sus opiniones políticas.

—Tiene razón, Emilio: hay un desquiciamiento completo.

—Completo... ¿Quiére Ud. que salgamos al jardín?

—Bueno. ¿No hallaré más conocidos por ahí?

—Creo que sí: ayer no más llegó ese tunante de Arturo Zamora que ha mandado a su mujer a Viña, para venirse él tras de alguna aventura que no ha querido largar...

—¡Con que Arturo Zamora! Y dice Ud. que ha llegado ayer...

—Sí, ayer.

—¡Ah! Ese es un gallo, dice Hernán, disimulando la sorpresa de su primera exclamación. La noticia lo molesta y le abre sospechas inquietantes; pero ya tomará él sus medidas para cortarle el cuarenta.

En el jardín del hotel, iluminado radiosamente con los enormes focos de acetileno, suspendidos en postes altísimos, hay un buen concurso de paseantes, habituados ya al frío mordiente que, en los primeros días, les producía continuos estertores.

—Ahí tiene Ud. a mi mujer, dice Portus, señalando a una gallarda dama que cubre el medio escote de su traje con una suntuosa piel de armiño, y que pasea rodeada de sus tres chiquitines. ¡Elena, mi dulce amiga,—exclama el señor Portus, haciendo volver la cabeza a su mujer, que se detiene esperándolo. Aquí tienes al recién venido, agrega.

—Me alegro que, al fin, hayan llegado ustedes: hace como quince días que se les estaba esperando. Yo no he ido a saludar a Valentina, porque sé lo que son estos viajecitos; pero mañana nos veremos. Voy a tener mucho gusto.

—Ella también.

Arturo Zamora avanza por uno de los corredores y, al divisar a Hernán, abre cariñosamente los brazos para darle la bienvenida:

—¡Hola! ¡Cuánto bueno por aquí! Tenían razón los que me aseguraban que llegabas hoy.

—¿Y tú?

—¡Ah! Yo vengo del Correo: acabo de meter

algunas cartas al buzón, después de tropezar en el callejón que es una boca de lobo.

—¡Con que aquí vienes a pasarla de soltero, hombre! le dice Hernán, forzando una sonrisa.

—Es lo mismo que yo he dicho, asiente la señora de Portus. Me parece una barbaridad que un hombre casado veranee solo...

—Cada uno sabe su cuento, hijita, dice el señor Portus con tono autoritario.

Mientras tanto, Arturo se defiende, sonriendo.

—Yo les encuentro muchísima razón; pero ¿qué querían ustedes que hiciera si mi mujer se encaprichó en continuar sus veraneos en Viña?

—Acompañarla, dice Elena.

—Pero, señora: ya la había acompañado muchas veces; justo era que alguna vez me pagara yo de mi gusto: hacía cuatro o cinco años que tenía metida en la cabeza la idea de conocer esta playa...

—¡Ah! vienes en calidad de turista, dice Hernán.

—Eso es, en calidad de turista...

⚜ ⚜

Sólo después del almuerzo, al día siguiente de la llegada, Valentina salió a los anchos corredores del hotel, en donde las gentes desconocidas que encontraba, le hacían una ligera inclinación de cabeza en señal de saludo

Hernán, en la amable compañía del señor Portus, andaba recorriendo el pueblo, guiado ceremoniosamente por el Alcalde, un hombre adiposo, de

tez bruna y ojillos sumidos en las cuencas; pero hombre buenísimo, fiel a la consigna, afable, campechano...

Valentina desciende al jardín, ensimismándose en la contemplación del Parque y de la perspectiva grandiosa del mar que ha amanecido agitadísimo y que enarca sus espaldas ondulosas con rugidos sordos e incesantes. El sol, que cae a plomo sobre las olas, pone en el agua, que a breves instantes se amansa, brillantes tornasoles de moaré.

En uno de los bancos del jardín, Valentina toma asiento. Su imaginación vaga de un punto a otro: los recuerdos empiezan a desatarse: los besos locos de Arturo Zamora, le encienden, aún, las mejillas. ¡Si Hernán lo supiese, pensaba!

Arturo estaba enamorado, y élla no podía decir que lo quería, pero era el caso que la figura de ese hombre la acompañaba cariñosamente en la memoria, provocándole, a instantes, palpitaciones aceleradas del corazón. Pero, en fin, ya estaba a salvo de él: en dos meses que permanecería sin verla, era posible que cejase en sus pretensiones. Por otra parte, Hernán parecía muy satisfecho con la idea de pasar la temporada en Pichilemu. No estaría, entonces, tan enamorado de Olga Méndez...

Y Valentina, apoyando el codo en el respaldo del banco para descansar su cabeza en la mano derecha, entorna los párpados, soñando despierta.

El ruido de los pasos en el jardín, se perdían, apagados por el fragor violento de las olas, y así Valentina sólo vino a darse cuenta de que alguien llegaba a su lado, cuando escucha la voz de Arturo

y abre desmesuradamente los ojos, dejando escapar un grito involuntario.

—No se asuste, Valentina... Si soy yo... ¿Qué le pasa a Ud.?

—¿A qué ha venido Ud.? interroga Valentina con brusquedad, sin saludar siquiera.

—A verla.

—Váyase, Arturo...

—¡Sabe que es curioso! De manera que no me deja siquiera el derecho de verla.

—No es eso; pero, no debió venir...

—Yo no puedo vivir lejos de Ud.

—No insista; no me haga sufrir, Arturo.

—No comprendo que una demostración de cariño pueda hacerla sufrir.

—¡Váyase, Arturo! Se lo suplico. Váyase ahora, mañana... No se quede aquí...

—Pero, si ya he dicho que vengo a pasar una temporada.

—Invente cualquier cosa: un llamado urgente... porque su señora no está aquí.. ¿ah?

—En Viña del Mar.

—Ya vé...

Este diálogo rápido, sostenido con nerviosidad, es interrumpido por la señora de Portus que avanza con sus niños:

—¿Qué hay, Valentina? Te has repuesto un poco, hija? dice abrazándola.

—Sí, Elena: ya ha pasado el malestar, contesta Valentina, sobreponiéndose a su excitación.

—Me alegro, me alegro, repite Elena, tomando asiento junto con Valentina que se había levantado

para recibirla. Y Ud., Arturo, no nos acompaña? pregunta a Zamora que permanece de pié, trazando líneas en el suelo con la punta de su bastón.

—Nó... Yo las dejo... Me voy en busca de Hernán y de su marido...

⚜ ⚜

—¡A jugar, niñitos! dice la señora Portus a sus chiquillos que agrupados con otros amiguitos, permanecen frente al banco, cohibidos por la presencia de la nueva señora que había llegado al hotel.

—¡Qué monada de niña, la que tienes! exclama Valentina, haciendo indicación a una adorable criatura de soñadores ojos negros, para que se llegue a élla...

—¡Ah, esta es una picaronaza! dice Elena, satisfecha en su orgullo de madre.

—¿Y qué edad tiene ya?

—Va a cumplir seis años.

—¡Cómo se pasa el tiempo!

—Bueno, hija, y qué te ha parecido Pichilemu?

—Hasta aquí—ya vés que no me he movido del hotel—encuentro delicioso este jardín y la vista del mar... aunque me hubiese agradado divisar algunos buques, algún velero, alguna lancha siquiera.

—Imposible, niña! Aquí no se ha desembarcado, sino una vez, y haciendo prodigios, en tiempo de la revolución del 91.—Es un mar agitadísimo, como tú lo ves.

—¿Y hay más gente conocida en el hotel?

—Sí, en el hotel y en algunas casas de pensión.

Luego verás a la Mariana Monserrat, que cada día se pone más buenamoza, y a su hermana Elisa que enviudó hace dos años, una morena risueña, en plena juventud.

—Sí, las conozco de vista...

—Yo te las presentaré. Aquí las amistades se hacen al día siguiente que tú llegas. No hay ese estiramiento antipático de Viña.

—¡Qué bueno!

—Además, en la semana entrante llega Marta Perales, una mujer encantadora, hija. ¿Tú la conoces?

—De nombre.

—Conmigo es íntima. Me parece que contigo vá a congeniar mucho...

⚜ ⚜

Los días transcurren apacibles, sin que nada turbe la vida tranquila de los veraneantes que no modifican su programa de entretenimientos. El baño que, generalmente, se toma temprano, ocupa toda la mañana, ya sea en la playa o en las casuchas donde se aplica la ducha que irrita la piel al golpe de sus chorros helados. Durante la tarde, se charla en los corredores o en algún salón y se sale a algún paraje distante, ya sea a montar las rocas enormes, cortadas en precipicio, del paseo llamado *El Infiernillo* o a contemplar la concavidad tenebrosa de un peñasco monumental que recibe y arroja las aguas que

llegan a rebotar en su fondo, peñasco conocido con el nombre de *La boca de la negra.*

Valentina trata de esquivar, en lo posible, las ocasiones de encontrarse con Arturo y, aunque éste espía los momentos oportunos, durante una semana no ha logrado atravesar palabra a solas con élla: dificultades que le exasperan un poco el ánimo, enardeciendo su afán.

La señora de Portus es la que se ha *adueñado* de Valentina: pasan juntas día y noche: en el baño, en el jardín, en la calle, hasta en la misa de los domingos, celebrada en la pobre capilla del pueblo: una bodega vetusta, habilitada para los oficios religiosos. Valentina se refugia instintivamente en la amistad franca y alegre de Elena, que es una excelente mujer, enamorada sinceramente de la figura arrogante de su marido y convencida de su superioridad. Ha cobrado un temor invencible de encontrarse frente a frente con Arturo: ya se sienta débil para resistir a aquel hombre de cuya pasión se va ahora convenciendo, y, por otra parte, la atormenta el peligro de que su marido pueda entrar en sospechas: élla conoce de sobra el orgullo de Hernán y sabe que la más leve sombra de un desliz le exasperaría, empujándolo hasta el crímen.

Por lo demás, la llegada de Marta Perales, anunciada por la señora de Portus, le ha caído con cierta inquietud, recordando algunas frases de doble sentido que Adriana había dejado escapar algunas veces...

—Está bien! exclama monologando en su dormitorio: esperaré los acontecimientos, observaré con

la discreción necesaria y, enseguida, grande ha de ser el escándalo que presencien los señores veraneantes de Pichilemu.

⚜ ⚜

Hernán había recibido una carta en la que Marta anunciaba su llegada para el día siguiente, agregando que don Horacio sólo podría acompañarla cuatro días, pues el Gobierno le encomendaba un proyecto de puentes de arco para los ríos del sur y quería aprovechar el tiempo para hacer los estudios del caso.

En más de una ocasión, después del inoportuno encuentro con Arturo Zamora que pensaba pasar allí una larga temporada, Hernán estuvo tentado por escribir a Marta, manifestándole que desistiera de su viaje, pues temía que su mujer pudiese vislumbrar algo y que esto acarrease consecuencias funestas, preparando, tal vez, el campo para las pretensiones de Arturo, pretensiones que, día a día, creía vislumbrar con más certeza, hilvanando acontecimientos pasados.—Además, no tenía otra explicación la presencia de Zamora en aquel balneario, mientras dejaba que su mujer se fuese a otra parte, abandonándola con tamaña tranquilidad.

Eso del *capricho por conocer Pichilemu,* estaba bueno para engatuzar a los que no lo conocían, a quienes pudiesen fiar en la sinceridad de sus palabras.

Pero, no se atrevió Hernán a escribir a Marta en tal sentido: fuera de que creía herirla, provocan-

do alguna duda, excitada por la ausencia, lo vencía la esperanza de tenerla a su lado, de disfrutar de aquella vida apacible junto con élla, contemplando el mar soberbio y salvaje que habría de despertar tan deliciosas sensaciones en su exquisita alma de artista.

⚜ ⚜

—¡Ah! Tenía mucha razón: hemos congeniado admirablemente con Valentina: es una criatura deliciosa, dice Marta Perales, dirigiéndose a la señora de Portus, mientras caminan, bordeando la playa, para entretener las horas de la tarde. Ya ves, hace apenas dos días que nos conocemos y ya somos viejas amigas, ya nos tuteamos con una confianza prodigiosa... ¿No es cierto, Valentina?

—Cierto, ciertísimo. Nos hemos entendido a las mil maravillas.

—Estoy muy satisfecha de la ocurrencia de mi marido, de traerme aquí, en donde, apesar de lo que tú me ponderabas, Elena, creí venir a aburrirme... Pero ¡qué aburrimiento! Si esto es una delicia!!

¡Ah! Ese mar inmenso, ese mar infinito, sin que el casco de un solo buque profane el verde maravilloso de sus olas, me subleva, me enloquece. ¡Si yo he nacido medio salvaje, niñas! exclama Marta, deteniéndose para perder su vista en la inmensidad solemne del océano.

El señor Portus, que avanzaba a la retaguardia, acompañado de Hernán y de Arturo Zamora, y que alcanza a escuchar las exclamaciones de Marta, le dice con énfasis:

—Usted tiene una alma de poeta, señora.

—Un alma para admirar todo lo hermoso, para entusiasmarme con estos prodigios de la naturaleza, nada más, Emilio.

Hernán vibra, escuchando las palabras de su amiga y alienta ímpetus formidables de levantarla en sus brazos, de bendecirla, de adorarla.

Esa es la mujer que él ha soñado: una mujer que siente la vida, que comunica la fruición de sus goces íntimos.

Arturo Zamora camina pensativo. La llegada de Marta, cuya reputación de *invulnerable* él conocía de sobras, era un nuevo obstáculo que se le interponía en el camino: y no sería sólo la señora de Portus la que tomase por su cuenta a Valentina. Además, aquel pueblucho no era campo de acción: allí todo el mundo se andaba estrellando la nariz: todo se sabía y se comentaba enseguida, con el ensañamiento de las crónicas de aldea.

—¡Vamos, amigo Zamora, lo estoy notando muy displicente! exclama el señor Portus, palmoteando el hombro de Arturo.

—Nada de eso: cada día más contento.

—Este no es hombre para pasarlo mal en ninguna parte, dice Hernán; es el conquistador más afortunado, después de Bonaparte y de don Juan Tenorio...

—No exageres, hombre, responde Arturo, un tanto molesto por la ironía de Hernán.

—¡Qué voy a exagerar!

—No me tomes el pelo, hombre...

—No tengas cuidado: el oficio de peluquero no me seduce.

—¡Vaya! Estás feroz... Sólo el señor Portus puede resistirte. Yo me adelanto para acompañar a las señoras que habrán de ser más piadosas con el prójimo.

Y, alargando sus pasos, Arturo alcanza rápidamente a las damas que sólo llevan la delantera por unos cuantos metros.

—Ustedes perdonarán: aquí vengo a pedir auxilio, dice, llegándose al lado de Marta.

—¿Cómo así?

—Mis compañeros me han declarado la guerra...

—¡Qué barbaridad!

—Pero, ustedes me dirán si vengo a interrumpirlas...

—Nada de eso, amigo mío, responde Marta: Ud. llega en un momento muy oportuno...

—Tantas gracias.

—Aquí vamos conversando sobre un interesante tópico social: el baile, y esperamos oír una opinión autorizada como la suya.

—Que será la de una autoridad en la materia, añade la señora de Portus.

—¿Qué opinaban ustedes?

—Veamos primero lo que Ud. piensa.

—Pues, a mí me parece que el baile es una necesidad social, un complemento de la educación, un...

—Ya está, señor: no se enfervorice más: es Ud. un apóstol de las piruetas...

Todos ríen con la frase picante de Marta Pera-

les, incluso el aludido que repite, con su cierto dejo de malas ganas:

—Un apóstol de las piruetas... ¡Qué divertido!

—Y Ud., Valentina ¿qué opina?

—¿Yo? Lo mismo que mi amiga...

—Y Ud., Elena?

—Idem.

Es decir, deduciendo de la frase con que me han bautizado, opinan en contra del baile.

—No tanto, dice Marta.

—¿Entonces?

—Mis opiniones son precisas: el baile es una frivolidad peligrosa, excelente para refrigerar el cuerpo en las noches de invierno. Pero mi hija, mi adorada hija no aprenderá a hacer piruetas, mientras viva su madre.

—¿Y con qué motivo se ha traído el tema?

—Porque Elena acaba de decir que oyó noticias de un baile proyectado por algunos veraneantes.

—Al que ustedes no concurrirán, por supuesto.

—¿Y por qué nó?

La voz sonora del señor Portus, deja a Zamora con la respuesta en la boca.

—¡Alto! ¡Firm...! grita, sacando las mejores vibraciones de su garganta. Ya es bastante, para bajar el almuerzo, señoras mías: hemos dejado el hotel a más de veinte cuadras.

⚜ ⚜

Tenía Marta Perales la suspicacia de las mujeres inteligentes: una asombrosa clarovidencia para

ver detrás de los más leves detalles, y así, en muy pocos días, pudo darse cuenta clara de que la permanencia de Arturo Zamora en el balneario de Pichilemu, era motivada por Valentina en quien presentía, también, alguna lejana afición, tímidamente alimentada por la persecución cargosa de Zamora.

No recibió, por esto, con sorpresa las confidencias que una tarde, paseando solas por el parque del hotel, le hizo Valentina, con misteriosa reserva, ampliando sus expansiones para culpar de todo a Hernán que la dejaba abandonada y que la traicionaba, según noticias de personas muy bien informadas que la compadecían de corazón.

—¡Ah, Marta, ese hombre es un ingrato! El sabe bien cómo yo lo he adorado y cómo lo adoro, aún, apesar de todo... repetía Valentina con voz temblorosa, entre suspiros hondos.

Y a Marta le azotaban esas palabras en pleno rostro, haciéndola vacilar, insegura entre si Valentina era una confidente ingenua de sus desventuras o una astuta burlona que pretendía echarle en cara su amistad con Hernán.

Pero, nó: Valentina era sincera. El tormento de su corazón decepcionado se traslucía en la amargura de su voz, en la emoción que la invadía al hablar de Hernán, de quien, acaso, pretendía vengarse en un inconsciente exceso de angustia.

Y el noble espíritu de Marta, enamorada, también, del único hombre que había despertado su sensibilidad de mujer, se levanta en un impulso de redención que habrá de consumar a costa de su propio corazón; y empieza su obra, disuadiendo a Valentina

de las traiciones de su marido que, sin duda, serían calumnias villanas tejidas por la intriga en que la sociedad gusta de vivir metida.

—Tu marido tiene que adorarte, hija, le repite con insistencia: ya lo verás. Todo es cuestión de que tú sepas halagarlo, condescendiéndole sus caprichos, cuidando de alimentar sus ilusiones de artista, interesándose por todo lo que él demuestre preferencia y echando a un lado los celos indiscretos. Eso es todo, hija mía. Un hombre de talento, como tu marido, necesita una mujer vibrante que comparta sus entusiasmos, sus sueños y sus quimeras...

—Si es imposible; tú no conoces la tirantez de nuestras relaciones. Hay días enteros que no cruzamos una sílaba.

—No importa... Tú seguirás mis consejos. Mucha afabilidad, hija, mucha alegría en la cara: la alegría es la vida... Hoy mismo empezarás a regenerarte ¿no es cierto? Y ya me contarás tus éxitos...

Marta, que tan buenos consejos daba a su amiga Valentina, sentía el corazón hecho pedazos: su amistad con Hernán debía terminar. En su conciencia, surgía una inquietud horrible: tal vez élla era la culpable de todas las angustias de Valentina; y, metida en su dormitorio o vagando sola por los límites lejanos de la playa, dejaba correr sus lágrimas en un sordo desbordamiento de dolor, clamando a las olas gigantescas que, como su alma, gemían en vaivenes inauditos.

¿En qué horrible vacío iría a consumirse su existencia, huyendo del hombre que la amaba a su antojo y a quien élla adoraba con locura?

Pero, ¡qué importaban sus padecimientos! El que ama gusta de sacrificarse por el amado: la fruición del dolor es el más sublime de los goces.

Hernán iría a sufrir mucho, también, al darse cuenta de su decisión; pero, en el fondo de su alma, el amor se agigantaría al ver su obra y conocer su sacrificio.

⚜ ⚜

Era indudable que Valentina había sufrido una transformación. Su melancolía habitual, se trocaba en una alegría luminosa que daba vida intensa a su rostro, maravilloso resplandor a sus ojos verdes y sombreados; ya no era la esposa retraída, sino la mujer expansiva que echaba los brazos al cuello de su marido para envolverlo en caricias aterciopeladas; ya no contradecía ni protestaba, ni dejaba escapar una queja.

Y esta rápida e inesperada transición, resultaba un verdadero misterio para Hernán que no acertaba a explicarse el motivo.

¿Sería la influencia de Marta?

Pero ¿cómo pensar que Valentina, de un día a otro, podía asimilarse el carácter y las tendencias de otra mujer con quien apenas llevaba dos semanas de trato íntimo?

Mientras tanto, Marta Perales estrechaba sus relaciones con Valentina y ésta ponderaba con entusiasmo a su amiga que, intencionadamente, no quiso dar a vislumbrar sus propósitos a Hernán, temerosa de que las vehemencias de su carácter impulsivo y apasio-

nado, trajesen un fracaso o, cuando menos, alguna seria complicación. Y, aunque con discreción le esquivaba el cuerpo, no eludía siempre las ocasiones de escuchar sus protestas de amor y sus deseos de que terminase de una vez el veraneo para volver a Santiago y disfrutar de libertad.

En el plan de Marta, entraba, también, la liquidación de Arturo Zamora que, según parecía, no claudicaba en sus pretensiones; y, a fin de tonificar el acercamiento de Hernán a su mujer, Marta supo herir su amor propio, arrastrando a Zamora a un comentado fracaso de sus ínfulas de *conquistador,* fracaso que, lo obligó a salir del pueblo entre gallos y media noche, para esquivar el cuerpo a la indignación de Hernán.

⚜ ⚜

Para conciliar el sueño, Marta se ha inyectado una tableta de morfina. En su maletín de viaje, nunca olvida la aguja hipodérmica que élla misma maneja, pinchándose las piernas o las caderas, después de anestesear la piel con un frotamiento rápido.

La carta escrita a don Horacio, anunciándole su regreso a Santiago, "por no haberle sentado el temperamento", estaba ya metida en el buzón, y, a la mañana siguiente, pensaba élla, protestando un llamado urgente de su marido, arreglar cuentas con el administrador del hotel y meterse con su chica y sus maletas en el primer coche que saliese para la estación. Desde Santiago escribiría a Hernán, explicándole el verdadero motivo de su fuga y su determinación irrevocable.

Con la cabeza enardecida, apoyándola en uno de los almohadones, después de dar vuelta las ideas en el cerebro y después de llorar en silencio, ahogando sus lágrimas entre las sábanas, para no despertar a la niña que dormía en el mismo cuarto, Marta, vencida por el hálito adormecente de la morfina, cierra sus párpados pesados de sueño artificial.

⚜ ⚜

Sólo a la hora del almuerzo, los pasajeros del Hotel Ross, tuvieron la inesperada noticia de que la señora Perales había partido apresuradamente a Santiago, llamada por su marido.

La sorpresa de Hernán fué la más violenta: ni siquiera pudo hablar cuando Valentina le dice al salir a encontrarlo en el jardín:

—¿Sabes lo que pasa? Marta Perales se ha ido hoy a Santiago... Dicen que su marido la ha llamado con apuro.—Te diré que lo siento de veras...

En el hotel siguieron los comentarios y las interpelaciones al administrador, no faltando quienes, en un exceso de imaginación, se figuraban a don Horacio Perales *in artículo mortis*.

Pasada la primera inpresión, Hernán se echó a buscar por todas partes la carta en que suponía que Marta le dejaría explicación de su extraña determinación; pero en vano buscó e inquirió con afán. Marta no le había dejado ni una letra. Esto aumentaba sus inquietudes, haciéndolo forjarse ideas atormentadoras y sumergiéndolo en amargas preocupaciones.

Para él, no había tal llamado urgente de don Horacio.

¿Cómo, a qué hora había recibido ese llamado? En la noche anterior no pudo ser, porque esa misma noche lo habría comunicado. En la mañana de ese mismo día? Tampoco. La correspondencia no la repartían sino a las doce.

En el telégrafo, a donde fué a averiguar, no existía constancia de ningún telegrama.

El motivo de su regreso a Santiago, había que buscarlo en otra parte; y Hernán, ahogado por la angustia, mordido por las inquietudes, se echaba a pasear solo por la orilla del mar, perdido en locas conjeturas, vacilando en la idea de pretestar, también, un viaje a la capital, para ir a cerciorarse de la verdad y sorprender el secreto.

Así transcurrieron dos días.

Valentina notaba el malestar que a su marido no le era posible disimular, ensimismándose a ratos, como paralojizado en una idea tenaz; y no sabía a qué atribuirlo, ni lograba explicarse la coincidencia de ese estado de ánimo con la partida de Marta.

Valentina no pretendió averiguar nada, sin embargo: ahogó su curiosidad de mujer, sus sospechas y sus ansias; y sus brazos cariñosos continuaron echándose al cuello de Hernán, y la alegría expansiva del rostro siguió mostrándose ante los ojos asombrados de Hernán que volvía a sentirse halagado por su mujer, hallando en esos misteriosos halagos la influencia espiritual que a su paso desparramaba el alma maravillosa de Marta Perales, de esa ingrata Marta que, sin motivo alguno que justificase su conducta, lo abandonaba ya, instigada quizás por qué amargos propósitos.

¡Ah! El la buscaría, le echaría en cara su ingratitud, sus falsos juramentos, sus protestas infinitas de amor; le evocaría los días dulcísimos pasados en la quinta del barrio de la Providencia, los proyectos soñados, todo ese dulce enjambre de ilusiones que élla se había entretenido en tejer a su lado para venir a romperlo, enseguida, con su propia mano!

⚜ ⚜

—Hombre, no cree Ud. que hay gato encerrado en este viaje repentino de la señora Perales? le venía repitiendo, con insistencia y gravedad, el señor Portus, exasperándole los nervios.

—Bien puede ser, respondía Hernán, aparentando displicencia.

—¡Y qué mujer, amigo Vidal! Ah! Esa si que es una mujer... ¿No le parece?

—Sin duda.

—Parece que al Tenorito Zamora se le hacía agua la boca... Pero; qué agallas de mozo!

Hernán padece una sorda irritación al escuchar el nombre de Arturo Zamora, de ese sinvergüenza que alentaba pretensiones de seducir a Valentina y que también había puesto sus ojos en Marta Perales. ¡Qué bien había hecho en mandarse mudar a tiempo! De otra suerte, ya sabría lo que era escarmiento.

—Amigo Vidal, a su preciosa mujercita le ha sentado el temperamento, decía Portus. Llegó media tristona y hoy anda vendiendo alegría. ¡Ah! Si cuan-

do yo afirmo que no hay temperamento como el de este rincón salvaje... ¿No opina Ud. lo mismo?

—Muy buen temperamento... es cierto.

—Mi mujer oyó a Valentina que Ud. pensaba hacer un viaje a Santiago.

—Es posible... depende...

—A dar número para que funcionen los colegas de la Cámara, tal vez...

—Sí, también aprovecharía...

El señor Portus lanza con entusiasmo las bocanadas de humo azulejo de su oloroso habano y, haciendo girar el cigarro sobre los labios, dice con gravedad:

—Muy bien hecho, amigo Vidal... Es una vergüenza para el país que todavía no se aprueben los presupuestos... ¡Ah! La canalla en acción... la podredumbre administrativa...

⚜ ⚜

Una esperanza vaga, pero persistente, era la que arrastraba a Hernán dos o tres veces al día, a la estafeta postal, llevándose, a cada pasada infructuosa, la amargura de una nueva desilusión.

Fué, pues, una brusca convulsión la que sintió Hernán, cuando la señorita de la estafeta le entregó la carta en cuyo sobre reconocía, disimulada en lo posible, la letra firme y perfilada de Marta Perales.

Pero esa carta no puede leerla ahí: necesita buscar un lugar desierto y se aleja hacia el oriente por la orilla del mar.

Lejos ya del hotel, vislumbrando apenas la man-

cha clara de los mojinetes del edificio, Hernán se detiene y rompe el sobre nerviosamente, poniendo sus ojos ávidos en la hoja repleta de caracteres obscuros: es una larga carta.

"Aquí me tiene Ud., le dice, fugada del hotel de Pichilemu, en donde se habrán hecho acerbos comentarios. Es la propensión natural de la gente. ¡Quizás Ud. mismo, mi recordado amigo, cuántos cargos injustos no tendrá para mí! Pero, expliquémonos. Mi determinación no ha sido tan rápida como parece: fué meditada, razonada y, más que todo, sufrida. Mi amistad con Valentina, con esa encantadora Valentina que adora con locura a su marido ingrato, marcó en mi ánimo la idea irresistible de unir a ustedes, despejando al marido y a la esposa de los obstáculos interpuestos que, a mi juicio, eran los únicos que perturbaban la felicidad legítima a que tenía sobrado derecho.

"En tan escaso tiempo, he conocido íntimamente a Valentina: élla me ha hecho la depositaria de sus confidencias, y sé cómo esa noble mujer ha sufrido y ha luchado, como ha estado casi al borde del abismo, y todo por Ud., Hernán, por la violencia irritante del despecho!.

"Esa mujer ha necesitado querer mucho a su marido para resistir tantas tentaciones, tantas provocaciones. Créalo así, Hernán: su mujer lo adora, ya que no ha sido la fé vacilante de una educación frívola y de un ambiente repleto de hipocresías, lo que ha logrado sostenerla. Estos son los triunfos del amor, amigo mío, de ese mismo inmenso amor en cuyo nombre esta pobre amiga suya, quiere sacrificarse hasta

la muerte, para hacer a Ud. feliz. Esa ha sido mi obra al inculcar a Valentina nociones de vida para que reconquistara a su marido. ¡Y me creo que la pobrecita lo irá ya consiguiendo!

"Comprendo que esta determinación de mi parte, le produzca, sin meditarla, alguna desazón, y no dudo que Ud. vá a sufrir con mi alejamiento, pues nuestras relaciones no deben continuar: mi conciencia me señala el camino y, créame, que mi corazón se revela: esto no quiere decir que mi cariño para Ud. vaya a extinguirse. Muy al contrario, Hernán. Ahora, lejos de Ud. por la valla insalvable de la conciencia, estaré más cerca *en espíritu y en verdad,* y a Ud. y a mi adorada Valentina los envolveré en el más profundo y sincero de mis afectos. Esta es mi determinación irrevocable; nada pretenda jamás en contra de élla. Desde hoy Ud. me hará la más feliz de las mujeres, si comprende a Valentina y la lleva de la mano por los buenos caminos de la vida..."

Hernán, con la carta en la mano, azotado por las ráfagas heladas del viento que luchaban sordamente con las olas, siente que sus ojos se arrasan en lágrimas; y allí, ante la majestad soberana del mar, de aquel desierto mar impenetrable y misterioso, adora entre sollozos a aquella mujer que lo redime, victimando su propio corazón.

Santiago de Chile, 1913.

FIN DE LA CACHETONA





